

UACM

Universidad Autónoma
de la Ciudad de México

NADA HUMANO ME ES AJENO

COLEGIO DE HUMANIDADES y CIENCIAS SOCIALES

LICENCIATURA EN CREACIÓN LITERARIA

Trece años en una caja de cartón

Obra creativa con poética

TRABAJO RECEPCIONAL

QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE

LICENCIADO EN CREACIÓN LITERARIA

P R E S E N T A

LUDOBICO CARRANZA ALEMAN

DIRECTORA

DRA. ADRIANA AZUCENA RODRÍGUEZ TORRES

Ciudad de México, mayo de 2026.

SISTEMA BIBLIOTECARIO DE INFORMACIÓN Y DOCUMENTACIÓN



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LA CIUDAD DE MÉXICO COORDINACIÓN ACADÉMICA

RESTRICCIONES DE USO PARA LAS TESIS DIGITALES

DERECHOS RESERVADOS[©]

La presente obra y cada uno de sus elementos está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor; por la Ley de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México, así como lo dispuesto por el Estatuto General Orgánico de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México; del mismo modo por lo establecido en el Acuerdo por el cual se aprueba la Norma mediante la que se Modifican, Adicionan y Derogan Diversas Disposiciones del Estatuto Orgánico de la Universidad de la Ciudad de México, aprobado por el Consejo de Gobierno el 29 de enero de 2002, con el objeto de definir las atribuciones de las diferentes unidades que forman la estructura de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México como organismo público autónomo y lo establecido en el Reglamento de Titulación de la Universidad Autónoma de la Ciudad de México.

Por lo que el uso de su contenido, así como cada una de las partes que lo integran y que están bajo la tutela de la Ley Federal de Derecho de Autor, obliga a quien haga uso de la presente obra a considerar que solo lo realizará si es para fines educativos, académicos, de investigación o informativos y se compromete a citar esta fuente, así como a su autor ó autores. Por lo tanto, queda prohibida su reproducción total o parcial y cualquier uso diferente a los ya mencionados, los cuales serán reclamados por el titular de los derechos y sancionados conforme a la legislación aplicable.

A Juana Alemán, mi madre, cuya imagen en una
escena de su ocaso, me dejó su recuerdo.

A Magdalena Madrid Visoso, mi inolvidable abuela.

A mis hermanas y hermanos.

A Coacan, Gro. El pueblo que escuchó mi primer llanto.

AGRADECIMIENTO

A mi Directora, Dra. Adriana azucena Rodríguez Torres por su apoyo para ver culminado mi proyecto.

Al Dr. Isaí Moreno Roque por dedicar parte de su valioso tiempo a la lectura de mi trabajo.

A la Maestra Ana Leonor Cuadón Alonso por las correcciones hechas a estos trabajos.

Al Lic. Gustavo Humberto Lizarraga Maqueo por el conocimiento compartido.

Gracias a la Maestra Mónica Lavín por esas asesorías prolongadas.

Gracias, Maestra.

CONTENIDO

Poética -----	5
Bibliografía-----	6 y 7
Trece años en una caja de cartón-----	8

POÉTICA

HASTA LOS RECUERDOS TIENDEN A MORIR

Estas reflexiones acompañan al proceso de la escritura de mi novela, es un recuento de la investigación que hice para llevar a buen puerto lo que inquietaba a mi memoria, y de la manera en que trasformo el viaje y la información en la novela.

Combinar el gusto por la escritura y la fotografía fue una experiencia única. Armado de paciencia, aprendí a escuchar historias y anécdotas; se reafirmó en mí el gusto por caminar y, sobre todo, aprendí a conocer y a leer a las personas con las que traté; observar objetos domésticos, útiles e inútiles, y paisajes áridos que son un atractivo para ser fotografiados. Con letras se puede contar y describir todo lo imaginable, con el lente de la cámara se pueden captar imágenes que conservan el momento y las características físicas de las personas, así como su vestuario, de igual manera, las características de los objetos y del paisaje; lo mismo sucede con las ideas cuando se escriben a mano en el papel o en la máquina. El placer por estas dos actividades me llevó a recorrer caminos agrestes y poco confiables; a través de mi osadía, sin enfrentarme a ninguna circunstancia peligrosa, obtuve valiosa información para mi novela e interesantes imágenes para mi archivo fotográfico.

En la mayoría de los poblados de este Estado, si no es que en todos, de febrero a mayo, el clima se calienta, igual que los ánimos de las personas que los habitan. El viento caliente de mayo provoca remolinos, cuya fuerza levanta hojas secas, polvo con buenas y malas semillas e infinidad de basura, y al avanzar en su trayectoria expulsa lejos de su lugar de origen todo lo que levanta. Los problemas sociales, locales, provocan el mismo efecto en los habitantes de los poblados donde estos se originan. En su desplazamiento, algunas familias dejaron todo, lo único que se llevaron fueron sus malos o buenos recuerdos, y se fueron lejos a ensayar otra vida a buen resguardo, pero ya en el poblado o ciudad de su elección, el choque cultural les trató de forma desigual, para ellas ya nada sería lo mismo. Es probable que a los jóvenes y los niños no hayan tenido problema de adaptación en su nuevo hábitat, pero los viejos vivieron con la existencia rota, con la nostalgia del ocaso brotándoles por los lagrimales, añorado la vida pasada en su pueblo. Los miembros de las familias a los que su mal proceder les trajo infortunio, buscaron lugares más lejanos para pasar desapercibidos e intentar vivir lejos del peligro creado por su mal vivir, pero la distancia no los ponía a salvo. El miedo de perder a uno de sus miembros, culpables o inocentes, los mantendría en jaque.

El origen de la comunidad donde se desarrolla la historia, tiene mucho en común con lo que ocasionaban aquellos remolinos sociales. De las familias de migrantes que fundaron la comunidad, nadie, ajeno a ellos, supo de dónde procedían, y en qué condiciones venían; si huyeron de su lugar de origen por haber delinquido, escaparon de la pobreza; o de la delincuencia; este requisito no lo tomó en cuenta quien les autorizó el asentamiento, ni ellos lo divulgaron. Se asentaron en ese paraje para mala suerte de los dueños del terreno, e hicieron una vida irreprochable. Años después, familiares de estos pobladores también serían expulsados de la comunidad por el efecto de un peligroso remolino social que se originó por causas ajenas a ellos; el pueblo estuvo a punto de desaparecer a causa de un

incidente provocado por un pelotón de guachos, quienes tenían la obligación de vigilar el orden y dar seguridad a un pueblo perdido en la montaña del olvido. Y no fue así.

Muchos años después, en otros tiempos convulsivos, de secuestros y muerte, generado en el contexto de las elecciones municipales, días de terror, intriga, desconfianza y muerte, parecidos a los terribles meses que atestiguó mi infancia, yo me moví como gambusino en busca de información por caminos poco transitados, por los que hasta los pájaros se asustaban de ver una figura humana. No sé si esto que hice fue un acto de valor o un desafío a mi eterno miedo, porque el miedo me brota tan natural como el crecimiento de mi pelo. A pesar de que el miedo, desde que yo era niño, ha sido mi constante pesadilla, nunca me he dejado amedrentar por ese sentimiento, decidí llevar a cabo mi proyecto. El motivo que me condujo a tomar esta decisión fue por sacudirme de la cabeza esa ruidosa envoltura del miedo, y sobre todo, tratar de eliminar el remordimiento y los malos recuerdos infantiles que por años me ha jodido la existencia. El miedo está conmigo desde que nací, desde que mi abuela, como partera, me dio la primera nalgada. En cuanto al remordimiento, esta culpa me persigue a causa de un crimen que fue cometido por personas muy cercanas a mí, dicho crimen pude haberlo evitado con sólo unas cuantas palabras, pero por el desmedido temor a mi padre me quedé callado; este sentimiento de culpa anidó como un irresponsable cuco en mi infantil conciencia. En ocasiones, si no son atendidos a tiempo, los remordimientos o culpas nos aniquilan ferozmente. Es imposible que un niño pueda vivir una experiencia de esa índole sin que su vida sea dañada severamente. Estoy seguro que la escritura de la novela me ayudó a liberarme de la angustia que durante años me había hecho suyo, la considero una excelente terapia. A mi miedo lo he retado de distintas formas: caminar a altas horas de la noche por caminos solitarios, esta es una constante. En ocasiones, las más, las sombras nocturnas me paralizaban, mi enemigo me ganaba por nocaut, pero yo no me rendía, mi ánimo se levantaba y continuaba en la batalla. En un momento de abstracción, el vuelo intempestivo de una bandada de codornices me sacó de mis cavilaciones; mis pensamientos volaron, igual como le sucedió a mi personaje Renato cuando abrió la caja de cartón ya estando en la Ciudad de México, junto con la parvada; cuando reaccioné traté de dominar al miedo que ya se había apoderado de mí, intenté caminar más rápido pero, lo accidentado del camino me lo impidió, mis pies tropezaban con las piedras y me tambaleaba, hubiera sido ideal fugarme de ese lugar sobre alguna codorniz, así como Selma Lagerlof hizo viajar al pequeño Nils sobre el pescuezo de una oca en El maravilloso viaje de Nils Holgersson, o desaparecer, así como lo habían hecho mis pensamientos, ahuyentados por el aleteo de la parvada. El miedo me persigue como el cazador a su presa o como el monstruo persigue al Dr. Frankenstein, así como la afición por la lectura y la escritura; esto último es el mejor hábito que he adquirido, ambas cosas son parte importante de mi vida. Al miedo he intentado aniquilarlo, aunque sé que es una tarea difícil porque todos nacimos con ese sentimiento, pero en pocas personas tiene el atrevimiento de vivir como lo hace en mí. Caminando solo, de noche, creo que hasta lo disfruto. Más cuando la luna hace que yo siga mi sombra en el camino. Al placer por la escritura lo cultivo leyendo por enésima vez la prosa de Juan Rulfo en Pedro Páramo, a Eurípides en Las diecinueve tragedias, Homero en La Ilíada, Dante Alighieri en Divina

comedia, Víctor Hugo en Los miserables, Marcel Proust en Por el camino de Swann, William Faulkner en Mientras agonizo y otras de sus obras, y a Paul Auster en La invención de la soledad, y a otros escritores universales. Si Auster escribió esta obra, yo la uso como compañía para no tropezarme con las piedras de mi eterno miedo en estos solitarios caminos.

Después de limpiarme el sudor, que me escurría por la cara, provocándome lágrimas amargas, vi que el camino serpenteante se introducía entre dos pequeños cerros. Entonces me di cuenta que la ruta seleccionada no era recta como lo había pensado, sino tortuosa para la naturaleza y para mi, pero mis tercos pies seguían su instinto hacia adelante. Este camino así había sido trazado por la naturaleza o por mi destino, complicado, ¿o yo lo había construido así?, y mis pies, acostumbrados a los caminos agrestes, caminaban como autómatas, incansablemente.

El primer encuentro que tuve fue con don Silvestre, uno de mis cómplices, que a través de sus recuerdos, me enlazó con pasajes de las vidas de mis antepasados. Don Silvestre ya rebasaba los noventa años, pero aún era lúcido; era un hombre alto y espigado, tenía la piel pecosa, untada en los huesos de la cara y de las manos, cuyos comentarios, ácidos y a la vez melosos, me molestaron; de repente me contaba cosas que yo no me interesaba saber, pero lo escuchaba sin sobresaltos. Escuchar a otra persona se expresara mal de mi familia me produjo un efecto muy desagradable, para hablar mal de mi familia solo yo, pero a eso me exponía, guardé silencio y rápido lo analicé; ya que tenía digerido eso que me había dicho, aunque me molesta, lo acepté como verdad, su verdad. Nunca me había sucedido algo parecido. Quería pensar que los comentarios de don Silvestre eran dichos para ponerme a prueba, pero no caí en su trampa. Después de ese mal momento, la conversación fue más cordial.

Para despedirme, se puso de pie con mucha dificultad. Con su mano derecha, temblorosa, apretó la mía, mientras que con la izquierda palmeó mi hombro, eso nunca lo hizo mi padre, me agradó mucho, como si con este gesto se disculpara por sus agrios comentarios. Yo me le acerqué agradecido por la información compartida, y estreché suavemente sus descarnados huesos. “Quizá no nos volvamos a ver”, me dijo, sonriendo, mostrándome sus desnudas encías.

Di por hecho que estos recuerdos compartidos, aunque desagradables, serían parte importante de mi novela.

Por estos lugares el transporte motorizado es escaso, y hasta extraño; pero no el paisaje de arbustos, potreros cercados con alambre de púas, canto de pájaros y brecha erosionada por el viento y las lluvias del verano. Caminar era un placer.

Días después, yo caminaba por otro camino pensando en las preguntas a formular a mi segundo anfitrión, pero mi sentido iba alerta a cualquier eventualidad. La desconfianza y el miedo no permitían concentrarme en el cuestionamiento, cualquier ruido extraño ahuyentaba mis ideas. Caminaba con temor, paneaba, como las lagartijas, movía los ojos de derecha a izquierda. Entonces me di cuenta que mi camino nunca había sido seguro

para llegar a mi Itaca, esos pequeños o grandes incidentes con los que me encontraba ponían a prueba mi peripecia para salir venturoso de ellos. En su hermoso poema “Itaca”, Constantino Cavafis lo dice de esta forma:

Cuando emprendas el viaje hacia Ítaca,

ruega que tu camino sea largo

y rico en aventuras y descubrimientos.

No temas a los lestrigones, a cíclopes o al fiero Poseidón;

no los encontrarás en tu camino

si mantienes en alto tu ideal,

si tu cuerpo y alma se conservan puros.

Nunca verás los lestrigones, los cíclopes o a Poseidón,

Si de ti no provienen,

Tu alma no los imagina.

Ruega que tu camino sea largo,

que sean muchas las mañanas de verano,

Cuando, con placer, llegues a puerto

que descubras por primera vez.

Ancla en mercados fenicios y adquiere cosas bellas:

Madreperlas, coral, ámbar, ébano

y voluptuosos perfumes de todas clases.

Compra todos los aromas sensuales que puedas;

Ve a las ciudades egipcias y aprende de los sabios.

Siempre ten a Ítaca en tu mente;

Llega allí en tu meta; pero no apresures el viaje.

Es mejor que dure mucho,

mejor anclar cuando estés viejo.

Pleno con la experiencia del viaje

No esperes la riqueza de Ítaca.
Ítaca te ha dado un bello viaje,
Sin ella nunca lo hubieras emprendido;
Pero no tiene más que ofrecerte,
Y si la encuentras pobre, Ítaca no te defraudó.
Con la sabiduría ganada, con tanta experiencia,
habrás comprendido lo que las Ítacas significan.

En estas caminatas en busca de mi Ítaca me ponía en esa línea, era un reto a lo incierto, a mi destino, estaba cierto de ello, y eso me agradaba. Aunque sentía que desfallecía. Desde niño, adolescente y después ya de adulto, aprendí a retar a mi miedo, y a contender con él en el ring de la vida. Varias veces lo enfrenté pero en los primeros jabs, lo repito, me noqueaba, ya con la experiencia que me fue dando la edad, como los viejos boxeadores, dejé de ser su sparring. Es por eso que quiero expulsarlo de mi equipo, e incendiarlo y expandir sus cenizas por estos páramos para que sienta la verdadera soledad; dejar que los pájaros e insectos nocturnos, que no se dejan ver, pero que cantan, atestigüen este ignominioso acto.

En las agotadoras jornadas de medio día, caminaba con sediento por las carreteras de la literatura, por momentos escuchaba, con el sol en el cenit, el golpeteo de los remos de Ulises sobre el agua de mi imaginación, tengo sed; después veo a Aureliano Buendía de la mano de su padre yendo a conocer el hielo, tengo sed, al Coronel que no tiene quién le escriba sentado, abanicándose, esperando su correspondencia que nunca le llegará; siento sobre mi cara una corriente de aire caliente y se me antoja comerme un raspado con sabor a tamarindo, siento su agradable acidez y su dulzura en mi paladar; el calor, para esos personajes y para mí, nos es agobiante; veo a Emma Rouault sentada junto a la ventana abierta escuchando el toque del angelus. Si Ernest Hemingway hubiera escuchado ese sonido, que yo escucho, se habría preguntado ¿Por quién doblan las campanas? Y yo me hago esta otra pregunta ¿Habría difunto en el pueblo? En este momento en mi celular entró una llamada, me detuve, sonó la música de “La mamá”, interpretada por Charles Aznavour, cuya letra dice así:

Ya están aquí,
Llegaron ya a la llegada del amor,
está muriendo la mamá.
Todos al fin llegaron ya,
de todas partes del país,

desde el mayor hasta el menor,
todos en torno a la mamá.

Interrumpí la canción.

Pensé que la visión de las anteriores imágenes había sido producto de la insolación, pero creo que no, mis labios estaban resecos, tomé un sorbo de agua. Mientras recordaba a esos personajes y reproducía escenas de esas obras, percibí en mis pies la vibración del ruido de un motor, entonces, prestos, surgieron el temor y la esperanza. Si al operador no le causo desconfianza, me hará menos cansado mi camino, si sucede lo contrario, el vehículo pasará cerca de mí dando tumbos envolviéndome en una nube de polvo. Sucedió lo último. Mis ojos, nariz y garganta sufrieron las consecuencias de esa descortesía. En la primavera y el verano, estas malas intenciones salpican de lodo o envuelven en una capa de polvo al caminante, y de desconfianza al que conduce un vehículo. Esas actitudes de indiferencia me provocaban un feo enojo, pero lo comprendía, más no lo justificaba. Sin esperanza de un aventón, me resigné a caminar varios kilómetros para entrevistar a mi siguiente confidente. Saqué mi libro de la mochila para tener la certeza de que traía conmigo la fotografía de mi abuela, cuya imagen sería mi carta de presentación. Mientras se acortaba la distancia veía las diferentes caras del paisaje, lo miraba de diferentes perspectivas, me daba cuenta que hasta el terreno más árido tiene su hermosura, y captaba imágenes del llano reseco, y cuarteado, de cerros rasurados por las motosierras y de algunas diminutas flores. Estas eran tan aromáticas que Jean-Baptiste Grenouille hubiera hecho con ellas: “El perfume” deseado.

La entrevista transcurrió cordial, sin ningún contratiempo.

En el solsticio de invierno, la mayoría de los árboles y huizaches parados sobre la tierra seca parece que están muertos, por su rigidez hasta al viento le cuesta mover sus ramas. Me detengo a escuchar y oler el viento, creo que huele a tierra estéril y a huizache muerto.

En febrero comienza el calor seco, abrasador, en la superficie de la tierra se mira la verberación del sol, parece que las piedras y los terrones bailan sobre un enorme comal. A intervalos el silencio es cortado por el canto dulce de alguna ave. Se oye el trino que veloz viaja rompiendo el silencio. Los sorbos de agua se convierten en minúsculas gotas de transpiración que humedecen mi cuerpo. De repente oigo el ruido que hace el cuerpo de un gavián al irse en picada sobre una paloma. El zumbido de sus alas, en menores decibeles, es similar al ruido que provocan los aviones de caza. Esta persecución me recordó la narración que hace Roal Dahl en su cuento “Sólo esto”: Capto con la cámara algunas imágenes de la desigual persecución. Las garras aprisionaron en el aire a la paloma. Algunas plumas son desprendidas de su frágil cuerpo y se deslizan lentamente en el aire. como diminutos papalotes. Segundos después, el halcón de hierro se aleja, satisfecho, dejando entre escombros humeantes el espíritu del piloto esquivo. Igual que el halcón de hierro, el gavián se llevó en sus finas garras la vida de la paloma.

En los días caniculares parece que me muevo dentro de un gigantesco temazcal, atizado por un chamán invisible, la vaporización provocada por el clima invadía mi cuerpo a través de las mangas del pantalón. Pero estas inclemencias del tiempo no me importaban con tal de lograr mi objetivo, aunque las caminatas eran agotadoras, con calor a treinta y ocho grados, llegué hasta donde vivía la siguiente persona que entrevistaría. Cuando tenía éxito en mi propósito, como en este caso, aunque había pasado privaciones de toda índole, bien valía el esfuerzo, por otra parte, esos encuentros me dieron la oportunidad de conocer, ver y fotografiar el mundo particular de esta persona y su familia. Un mundo que me hizo recordar al de mi infancia.

Había momentos que al dejar de conversar con mi interlocutor en turno, de cosas triviales, la máquina permanecía apagada, estaba sorda, pero la memoria de la cámara y mis ojos registraban imágenes de los objetos diversos e inmóviles que nos rodeaban o que colgaban de las paredes de adobe o de bajareque de las casas. Algunos niños corrían y sonreían y otros eran tímidos y no se dejaban retratar. Como dice Julio Cortázar en *Las babas del diablo* en *Cuentos completos* / 1.

Los objetos inmóviles que estaban colgados sobre una pared externa de la casa a nuestro lado derecho eran cántaros, cazuelas y apastes de barro y otros objetos de plástico. Al final de la sesión, cuando les mostré sus caritas a los pequeños en la pantalla de la cámara, se entusiasmaron y sonrieron. Me rodearon. Querían verse. Yo los complací. Las imágenes de mi infancia pasaron galopando frente a mí, su tropel me sumergió en la nostalgia. La algarabía que provocaron los pequeños me sacaron de mi introspección. Entonces me di cuenta que un niño puede ser feliz con una nimiedad, hasta mirándose en una pequeña pantalla. Hace tiempo, a mí, como a estos niños, me agradó mucho verme en la única fotografía que yo tenía, me la tomaron cuando contaba con dos años de edad, pero me robaron mi único recuerdo junto con la cartera. De mis hermanos ninguno tiene alguna foto de su infancia. No hay imagen que dé cuenta de su figura infantil. La única fotografía de mi madre fue abandonada en Cuernavaca por mi hermano en un cuarto de utensilios viejos al vender su casa. Cuando intenté rescatarla la casa ya no existía. La imagen de mi madre, como la mía, se quedaron en la bodega del olvido.

El gusto por fotografiar rostros me nace, principalmente por esta causa, y por la influencia de varios fotógrafos. Por ejemplo Manuel Álvarez Bravo, Juan Rulfo y el cinefotógrafo, Gabriel Figueroa. O personajes de películas: "Blow up, Dir. Michelangelo Antonioni, "Los puentes de Mádison" de Clint Eastwood, y fotógrafos de muchas otras películas relacionadas con el periodismo, cuyos protagonistas también son fotógrafos. Hay excelentes fotografías que hacen que sus autores trasciendan, así como sucede con los escritores. Recuerdo una (entre otras más) de Huynh Cong Ut, llamada "La niña del napalm". Tomada en Vietnam en 1973. La imagen es aterradora. Cuando vi este tipo de películas y fotografías, se acentuó más mi gusto por fotografiar. Sólo quiero que mi trabajo me guste a mí.

Mi promesa de regresar al pueblo con las fotos de los niños la dejé empeñada en su mirar. Pero en la tarjeta de la cámara y en mis ojos me los llevaba a ellos junto con su tímida e inocente sonrisa, así como su entorno y su mundo parecido al mío. Quizá por esto me los llevaba. Un recuerdo que me es difícil olvidar. Y así, cuando nos volvamos a encontrar, y ellos vean sus imágenes, quizá se den cuenta que sus pequeños rostros que vieron en esos momentos, permanecerán quietos a través del tiempo para ser recordados por ellos o por sus descendientes, pero cuando eso suceda, ni ellos ni su entorno serán lo mismo, y yo, quizá, estaré en su olvido, y yo con sus pequeñas imágenes en mi memoria.

Hay modos de vida que han ido cambiando muy lentamente, a pesar de la modernidad y de los años transcurridos, estas personas tienen aún una forma de vivir muy similar a la mía cuando yo tenía la edad de esos niños. Muchos de mis juegos infantiles que me entretenían no han cambiado, esos siguen vivos y son practicados por ellos. Un ejemplo de esto fue ver caminar a dos pequeños con mucha destreza estando dentro de costales. Otros tres caminaba en sancos. Eran dos gruesos otates con un pequeño palo atravesado en la parte baja y amarrados, y colocaban sus pies sobre los pequeños palos

Al terminar de recabar la información necesitaba escribir sentado en una cómoda silla, pero por ahora mis notas las escribía donde me acomodaba. Aunque las caminatas eran agotadoras y el calor era infernal, llegaba agotado hasta donde se encontraba la persona con la que me iba a entrevistar. Independientemente de los recuerdos que obtuve de esta persona, también me dieron la oportunidad de adentrarme en su mundo; sin proponérmelo me enteraba de sus historias familiares. En una familia numerosa, como esta, sus integrantes tienen su historia, y este núcleo no podían ser la excepción. Miré las precarias condiciones en que vivían, al ver este paisaje vinieron a mi memoria imágenes que creía olvidadas, y despertaron en mí, un sentimiento de tristeza. Parte del paisaje que los circundaba también era árido. Un mundo fascinante, aunque agradable, que la lente de mi cámara se dedicó a capturar

Sentado en una silla de madera, en una fracción de tiempo me quedé en silencio con la vista en el vacío, en este momento ya no escuché los suaves murmullos de la voz de don Chon, mi tercer anfitrión. Me vi jugando, corriendo descalzo sobre la tierra caliente, junto al grupo de pequeños que jugaban al fondo del patio. Gritaba, con mi voz infantil, para llamar la atención de mis amigos ocasionales, como siempre lo había hecho. La húmeda lengua de un perro flaco sobre el dorso de mi mano me regresó al sitio del que, un momento antes, me había fugado. Don Chon, extrañado por mi sobresalto, clavó sus pequeños ojos en la cara del perro y lo ahuyentó con un manotazo, luego siguió contándome la historia de alguna de sus hijas, joven viuda, que según alcance a escuchar, se había fugado con un joven y le había dejado dos niños. Yo ya había perdido el hilo de la historia que me contó, pero no pude evitarlo, En ocasiones, la desatención hace inaudibles las historias o palabras importantes por una involuntaria abstracción, este fue uno de esos momentos.

Tres testigos me dieron información muy valiosa sobre Elena. Parte de esa revelación la corroboré con algunos de sus nietos. La otra parte, por recomendación y por seguridad de ellos, no será mencionada.

Juan, uno de los viejos que conoció a Elena me dijo que ella tenía muchos defectos, como todo ser humano: que era soberbia, orgullosa de su origen, y de sus bienes. Que no le gustaba que sus hijos tuvieran novias de sangre indígena, pero ella frecuentaba y ayudaba a las mujeres de esa raza, incluyendo a la esposa del que hablaba. Que las mal aconsejaba, según él, dándoles ideas para que no tuvieran muchos hijos y que dejaran de ser sumisas ante sus maridos. Estas “malas ideas” de Elena, me aseguró, eran mal vistas por muchos esposos, él entre ellos. Se le enojaban y la invitaban a dejar su casa. Antes de que me lo contara, me anticipó: “no te vayas a enojar por estas cosas que te voy a decir, mijo”. Durante el transcurso de la conversación, una hermosa chica, como ahora se ha hecho costumbre por estos lugares, nos ofreció Coca-cola y unos deliciosos panes. El horno de leña estaba frente a mí esperando ser usado. Parpadeé y me imaginé ver a la hermosa chica amasando la masa, dándoles forma a las figuras, y horneando los panes y sacándolos del interior del horno con una pala de madera, mientras nosotros los degustábamos.

Ahora, tanto la grabadora como la memoria de la cámara ya contenían voces y las imágenes que acabo de describir.

Otro entrevistado me dijo que mi abuela era muy buena y muy bondadosa con las mujeres. En especial con las indígenas. Que los habitantes de los pueblos, vecinos al suyo, la consideraban una chamana muy importante. Entonces me pregunté ¿Realmente mi abuela era una chamana? Creo que ese título lo merecía la persona que la inició en esas tareas: la nana. Con ella trabajaba Nicolasa, una mujer que llegó al hogar, sola, al quedar huérfana en la adolescencia. Primero el padre de Nicolasa, pocos años después ella conocieron, por herencia, esos secretos curativos. Desde que llegó a la casa de mi abuela y se ganó su confianza. A cabo de tiempo comenzó a enseñarle a Elena sus conocimientos.. Después fue Elena la que ayudó en muchas cosas a las mujeres a sus enfermos. Sus servicios eran muy solicitados, ya que en esa área no se contaba con un médico. No cobraba, ni aceptaba dádivas. Lo que me causa extrañeza, es que si no aceptaba que ese tipo gente emparentara con sus familia, ¿por qué ella se interesó tanto en ayudarles? ¿Sería que fue una condición que le impuso Nicolasa para poder aplicar ese tipo de conocimiento?

Don Adolfo Hernández, el informante en turno estaba frente a mí, él fue uno de los que encabezaron la gestión para que la propiedad de Doña Elena fuera afectada por la Reforma Agraria. Este señor me dijo que se sentía apenado, tanto con su familia como con la mía, por esa acción. Haber ayudado a quitarle su terreno, a quien en su momento les ayudó, fue una traición. Ella les permitió, a él y a otras familias asentarse en una parte fértil de la planicie, eso le ocasionaba remordimiento a pesar de haberse beneficiado con su buena dotación de tierras. Dijo que ese hecho fue una traición a sus ideas. Mencionó que cuando más la necesitó, ella lo ayudó sin condición, y que él, en agradecimiento, le

correspondió arrebatándole una gran parte de su propiedad. Reiteró que la traicionó vilmente. Que esa acción lo tendría intranquilo por lo que le quedaba de vida. Esto no se lo creí. Mencionó que estaba muy arrepentido porque parte de esa tierra se la quedó, y luego la vendió, un tinterillo del Ayuntamiento, un hombre sin escrúpulos. El mismo que los animó y los asesoró gratuitamente para llevar a cabo las gestiones de expropiación. Ese mismo granuja los traicionó. Un año después, este tinterillo fue baleado por adúltero. Y finalmente, con un gesto de satisfacción comentó: “El hijo de puta se fue a la tumba muy bien pagado, sí, muy bien pagado”.

La ausencia de seguridad en los caminos no amedrentó el afán de hacer las entrevistas. En otros tiempos, transitar por estas abruptas brechas era tan confiable como caminar leyendo Guerra y la paz de León Tolstoi en algún descuidado pasillo de cualquiera pequeño pueblos, Ahora el peligro está en cualquier hondonada. Pero como en mi mundo mi persona no ha estado muy segura, me adapto como es mi costumbre.

Durante mis caminatas, lo único que me preocupaba era encontrarme con algún grupo de maleantes. Las únicas armas que yo portaba, tanto en mi mochila como en mi cabeza para enfrentar ese peligro, eran una libreta, una cámara, mi grabadora, la imaginación y el lenguaje; ah, y mi perro miedo que no me defendía pero que nunca me abandona. Si por desgracia me encontrara a esa gente, a ese perro si me gustaría que lo aniquilaran de manera impía, pero eso no se realizará ni en una pesadilla. La imaginación y el lenguaje, con un mal golpe donde se generan, les sería muy difícil aniquilarlos. Además, ellos desconocen estos atributos. El temor que yo experimentaba no era el único en sentirlo, las aves también lo padecían, ya que al enfocarlas con el lente de la cámara fotográfica huían despavoridas, quizá lo confundían con el cañón de un arma, pero aun así, las captaba en su temeroso vuelo. En este sentido ellas y yo tenemos el mismo sentimiento. Yo sabía que estas herramientas de trabajo, serían una nula defensa y que los malos me las arrebatarían, de eso estaba seguro, esta situación también me preocupaba. Pero aun así corría ese riesgo.

Las elecciones municipales enrarecieron la atmósfera de “tranquilidad” en la que se vivía. Esos días de chantaje a maestros y pequeños ganaderos o a comerciantes, y asesinatos de opositores políticos, tenían en zozobra a los habitantes de los poblados que conforman el municipio. Como decía la voz popular: “a la persona que los delincuentes le ponían el dedo en su relación, era levantada o sacada de su domicilio para pedir un rescate”. Varios comerciantes cerraron sus negocios y huyeron. Nadie se sentía seguro. Este ambiente de peligro estuvo a punto de obligarme a dejar mi proyecto, quería imitar a las personas que dejaron sus hogares y comercios para ponerse a salvo de las garras de los depredadores, pero seguí necio con mi plan sin importarme las consecuencias. Quienes tenían la obligación de darnos seguridad, muchas de las veces, eran ellos los que provocaban la desconfianza y la violencia. Pero estos acontecimientos me dieron, a pesar de mi miedo, ánimo para seguir trabajando, y suficiente material para escribir una novela sobre este tema.

Después de los comicios se supo, por susurros, que uno de los que encabezaban un grupo delictivo era un hermano, de veintiún años, de uno de los candidatos a la

presidencia municipal. En elecciones anteriores, nunca deambularon por los caminos grupos de delincuentes, pero en estas, tal parece que ciertos partidos o candidatos eligieron el camino peligroso para coronarse. Así como ellos eligieron esa ruta, yo elegí una mucho más noble, continuar con la investigación. Debo repetir que, por temor, sí, por temor a que me pusieran el dedo, aunque a mí, lo único que podían quitarme sería mi tranquilidad, ya que no cuento con nada más; o ser baleado por un sicario adolescente atrabancado. Este contexto de violencia me invitaba a dejar el campo de indagación y ponerme a salvo, pero como decía mi abuelo: “No te muevas ni te agaches, si no te toca, la bala pasará rosando tus huaraches”. Por lo demás, como siempre habían sido, quienes transitaban por esos caminos, campesinos en su mayoría, eran personas amigables e inofensivas, y esto daba cierta confianza al transeúnte desconocido, como yo. Pero en poco tiempo, un grupo de personas mataron y sepultaron a la gran señora llamada Tranquilidad. En este contexto de inseguridad, miedo y desconfianza, continué transitado, tomando notas, fotografiando los mapas corporales de mis entrevistados y al paisaje de la tierra desprotegidos, árida y herida por la erosión y la sequía. Todo lo que veo y escucho en el campo me interesa: correcaminos que se quejan; gavilanes que permaneces estáticos como papalotes sobre mi cabeza o que se vienen en picada sobre una posible pieza que saciará su eterno apetito; buitres que despegan el vuelo con el resto de una iguana en su pico. Las parcelas de siembra, de lo resacas que se miran se pensaría que en ellas no nacen ni los chicalotes, pero que en tiempos de lluvia se viste con milpa y se cosecha aunque sea rastrojo.

COLOCACIÓN DE PIEZAS

Debo aclarar que, por muchas razones, esta novela no se apega fielmente a los acontecimientos, algunos hechos no sucedieron ni los viví, hay personajes y sus acciones que son parte de mi imaginación, producto de mi fantasía; los construí con retazos ajenos a ellos, igual que las sobrecamas de cuadritos de distintos colores de tela sobrante que hacían mis hermanas. Esos retazos multicoloridos eran parte de la vida y de la vestimenta usada de ellas y de nuestras vecinas. Una de mis razones es esto precisamente, porque mi vida quedó marcada por esos acontecimientos. La segunda es que agregué personajes ficticios para darle giros atractivos a la historia, con estos elementos intenté hacerla más interesante, al menos eso creo; y por último, la historia transcurre, en la primera parte, alrededor de un personaje, Elena, sus hijos y la nana Nicolasa. Escribí la novela siguiendo los acontecimientos cronológicos, porque así sucedieron los hechos; además, yo tenía la necesidad de deshacerme, por medio de esta narración, de mis hirientes recuerdos, ya que durante muchos años, fueron mi talón de Aquiles; eran parte del grupo de mis demonios que no me permitieron, no me permiten, y quizá no me dejaran ser libre. Me sentía culpable por un hecho que no cometí, era como si yo hubiera sido el causante de esa nefasta tragedia. El remordimiento de culpa me ha perseguido. En ocasiones, cuando narraba ese fragmento de mi adolescencia, me emocionaba tanto que por momentos creía que ellos, mis demonios,, me interrumpían sacando mis lágrimas y ahogando mi voz, pero me daba cuenta que al continuar, con la narración, ellos huían de mi conciencia. Era como si mi valor por continuar se sobrepusiera a ellos. Este acto lo tomaba como si mis escuchas fueran mis terapeutas. Finalmente, a través de la escritura, encontré la forma de eliminar el sentimiento lacerante que por muchos años desequilibró mi estabilidad emocional, creo que escribiendo sobre el tema fue la mejor medicina para curarme. Convertir las imágenes de mis recuerdos en imágenes escritas, en especial ese traumatizante capítulo, indudablemente fue la mejor terapia.

En un principio, viajar con el pensamiento a mi pasado y hurgar en él, como si fuera una biblioteca desordenada, me causaba muchos problemas emocionales. Nunca me imaginé que al escribir esta novela me pudiera causar tranquilidad, pero también desasosiego. Como quería sacar de mi memoria todo lo que me hacía daño, permitió que esas imágenes perturbadoras siguieran fluyeran. Estos sentimientos encontrados hacían que mis dedos, ajenos a mis sentimientos, teclearan libremente. Es así, con titubeos, dejé que fluyera mis recuerdos. Aunque no me es nada agradable darme cuenta que esta idea se ajuste al cliché de que la primera novela que uno escribe tiene tintes autobiográficos. No soy el único que lo hizo. Como dice Mario Vargas Llosa en Cartas a un joven novelista; p 21: La raíz de todas las historia es la experiencia de quien las inventa, lo vivido es la fuente que irriga las ficciones. Esto no significa, desde luego, que una novela sea siempre una biografía disimulada de su autor; más bien que en toda ficción, aun en la de imaginación más libérrima, es posible rastrear un punto de partida, una semilla íntima, visceralmente ligado a una suma de vivencias de quien la fraguó.

AÑORANZAS

Cuando leí el cuento El salto del ángel (El último peldaño de la escalera) de Stephen King, me hizo recordar que atrás de la casa donde yo vivía había un gran árbol. En tiempo de pisca, debajo de él depositábamos las hojas (Totomoxtle) de la mazorca; mis hermanos y yo conocíamos muy bien la distribución de las ramas de dicho árbol, ya que siempre jugábamos en él, sabíamos exactamente en qué dirección las tenía extendidas; cuando jugábamos a la rabia, nos dejábamos caer de lo más alto sobre el montón de hojas, salíamos a gatas, envueltos de pelo de la mazorca y con la pestañas blancas de polvo. Nadie salía lastimado. Para hacer este juego nos cuidábamos de que mi padre no estuviera en casa. Si nos sorprendía haciendo esto, revolvía maíz con tierra y, como castigo, nos ponía a escogerlo. En el momento de cumplir con el castigo, mis hermanos y yo no dejábamos de reír, esta actitud enfurecía aún más a mi padre y tiraba más maíz.

Muchos de mis recuerdos, como ya lo dije, parece que fueron sueños, u horribles pesadillas. Pero estoy plenamente seguro de que si pudiera regresar al pasado para corregir ciertas acciones de mi vida, no cambiaría ninguna de las experiencias que viví, mucho menos correría para evitar los golpes que me propinaba mi padre. No soy masoquista, pero no modificaría ni un ápice de mi vida. Creo que si Gregorio Samsa hubiera sido real, pensaría como yo, tampoco cambiaría nada de su vida. Yo soy dueño de mi voluntad y tengo alas, por eso escapé en busca de la libertad.

Hojeo el libro de mi memoria y hago un recuento, con los dedos puestos sobre el teclado, hurgo en ella y busco lo que puede servir para mi trabajo; coloco un cojín en la silla y me acomodo y me armo de paciencia, el trabajo lo tengo muy avanzado y continuo escribiendo. Sé que muchas cosas de mis recuerdos son agradables y otras no, pero eso le da sentido a mi vida.

Siempre quise escribir lo que yo había almacenado en mi memoria durante muchos años, pero no se había dado la circunstancia, me convencí de que había llegado el momento; convertir en palabras los malos recuerdos y las imágenes a colores.

Al iniciar la búsqueda en mi adormilado memorial los datos de lo que quería escribir, la labor fue ardua, fueron largas horas de notas, de caminatas temerosas y de silencio prolongados para poder recordar muchas imágenes y escenas que se apegaran a lo que yo creía que había sido mi realidad. En muchos acontecimientos la vida no fue como yo recordaba haberla vivido. No, muchas veces tuve que escuchar otras versiones de los acontecimientos para tener certeza de mis recuerdos.

En el preciso momento en que estaba describiendo la escena de la persecución del gavilán a la paloma, sobre el techado de la casa se escuchó el grito de una lechuza. Ernest Hemingway dice en: París es una fiesta, p11: "Estaba escribiendo un cuento que pasaba en Michigan, y como el día era crudo y frío y resoplante", en esa ocasión le sucedió lo mismo en la escena que escribía. A esto se le llama trasplante

¿LO QUE VI FUE REAL O NO?

En la vida, las más de las veces, los acontecimientos que uno presencié, ocurrieron como uno lo recuerda, otros testigos tendrán otra perspectiva u otra versión de los hechos en cuestión, ellos dirán que estos hechos ocurrieron de un modo diferente a mi versión. Un ejemplo de ello ocurre en el cuento “En el bosque” de Ryunosuke Akutagawa, cuyos personajes, como posibles testigos de un asesinato, dan diferentes versiones de lo que vieron o de lo que encontraron en el lugar de los hechos

La mayoría de las veces tergiversamos los recuerdos o los acontecimientos,, los hacemos grandiosos o minimizamos el acontecimiento, pero en la realidad las cosas no sucedieron de esa manera. Muchas veces se llevan a cabo tan rápido que, por nuestra ubicación, no alcanzamos a percibir toda la escena.

Recuerdo que cuando tenía nueve años conocí el pueblo y la casa en que habitaron los padres de mi abuela materna, Elena, esos dos lugares quedaron registrados en mi memoria de un tamaño enorme, siempre tuve la imagen de que la casa estaba sobre una calle muy larga y que desembocaba en un llano; pero, muchos años después, cuando regresé al pueblo, ese escenario no era aquel, el de mi registro infantil, casa y calle eran diferentes. Era como si todo en el pueblo se hubiera encogido como el fragmento de una tela no sanforizada, así como nos sucede a los seres humanos con los años. Pero el pueblo, todo en él, debió haber desarrollado como un niño. Al regresar, años después, y ver otra vez esos dos escenarios me decepcioné. Eso era lo que realmente había visto y no lo que yo creía haber visto. La imagen de la realidad se sobrepuso al recuerdo, pero mi mente es tan necia, que se quedó con la imagen del recuerdo. Como dice Gabriel García Márquez en el prólogo de su autobiografía: “La vida no es la que uno vivió, sino la que uno recuerda y cómo la recuerda para contarla”.

Escuchar otras versiones, en este caso, y cotejar los acontecimientos creo que es lo más prudente que se puede hacer, así el texto adquiere más veracidad; esto corrobora o desmiente lo dicho por una persona que cree que los acontecimientos sucedieron desde su perspectiva

Mis recuerdos siguen siendo un gran acervo de imágenes, pero no tenía claro cómo empezar a ordenarlas. Con mucha paciencia fui editando figuras tras figura, así como lo hacen los editores de películas, hasta darles una continuidad adecuada. Por otra parte, toda la información recibida de otras fuentes la fui clasificando y armé un grueso expediente. Esto fue otro rompecabezas por armar. Yo ignoraba muchos datos de mi familia, al conocerlos me sorprendían y me molestaban, sobre todo, al darme cuenta que estos datos estaban en la memoria de personas ajenas a mí. Estos conocían mucho más sobre mi familia que yo, porque habían escuchado esa información de sus antepasados, ya que en estos pueblos, la vida de todas las personas, sea o no importante, aunque sus secretos sean susurrados entre ellos, es del dominio público. También, como ya lo mencioné, busqué a los viejos más importantes, los que aún vivían y mantenían vivos los recuerdos de mi familia.

Algunos tuvieron buena disponibilidad, otras la negativa fue rotunda, sobre todo con don Antonio Inés, hombre de edad muy avanzada; este se negó a darme sus recuerdos, no obstante que le anticipé el destino que le daría a su información. Me dijo: “no quiero saber nada de ti, mucho menos hablar de tu familia”. Mi interés por conocer de la vida de mi familia no le importó.. No me di por vencido, lo persuadí a través de algún familiar suyo, muy cercano. Mi insistencia se debía a que contaban con valiosa información para completar mi historia, yo no podía ceder. Cuando lo contacté, había momentos en que desviaba la conversación, contaba anécdotas de su vida, de su familia, y sin proponérselo, sus historias se relacionaban con la de mi familia. Como todo se interrelaciona, en esta entrevista no podía ser la excepción. Y ya entrados en materia, era cuestión de jalar el hilo invisible para sacarle lo que a mí me interesaba y quedaba grabado. Mi claro interés en su conversación me dio buenos resultados. A través de sus comentarios concluí que esa persona, en su momento, había tenido rencillas graves con Elena o con alguno de sus hijos. Esa era la causa de su recelo.

La conversación con Ricardo, que era el que tenía una mejor posición económica, fue muy áspera. El rencor hacia mis tíos, con las expresiones de sus gestos y de sus manos, se ponía de manifiesto. Yo me incomodaba, pero sabía que en algunas cosas que les asistió la razón, y dejaba que la grabadora siguiera haciendo su trabajo. Este ataque a mi familia no lo había contemplado, pero me hice el sordo. Cuando se critica la soberbia de alguna persona, y se es igual, como fue en este caso, se actúa de la misma forma, la persona que lo hace no merece conmiseración.

Las mujeres que entrevisté, muchas de ellas ya octagenarias, dos ya no escuchaban bien, eran hijas de las que conocieron a Elena. Y es probable que ellas hayan sido nalgueadas por mi abuela al traerlas sus madres a su espacio. Con dichas mujeres el diálogo fue cordial, las más se portaron muy cordiales cuando se enteraban de mi parentesco con quién sus madres tuvieron, quizá no amistad, pero si una buena relación. La información que obtuve a través de ellas, me permitió conocer aún más a mi personaje, tanto como mujer y sus técnicas de matrona y, sobre todo, como ser humano, que era parte de lo que más me interesaba.

En otra faceta de Elena y sus hijos, los señores también me dijeron cosas muy valiosas y problemáticas en cuanto a datos relacionados con las actividades y problemas con los campesinos; problemas de límites territoriales, de tierras de cultivo, de su bosque protegido de los cazadores furtivos y de la tala clandestina, con lo dicho me quedó claro que con los soberbios hermanos Zuxúnaga nunca hubo una relación de amistad. Por su posición económica, ellos no eran amigos de nadie que fuera de su igual, mucho menos después de la afectación de su terreno. Por esa causa aplicaban un dicho que era muy de ellos: “Peso con peso y centavo con centavo”. La opinión generalizada de estos hombres entrevistados fue que, no todo lo que uno ve en las personas es honestidad. Decían que Elena era impecable como persona, pero que ninguno de ellos veía una pizca de bondad en las acciones de sus vástagos. Esta opinión negativa de mis tíos nadie de ellos me la quiso aclarar, nada más sonreían. Toda esta información me permitió adentrarme más en

la vida de mi familia, y sobre la mujer que la representaba, finalmente ella era la que más me importaba.

ORDENANADO EL CAOS.

Con la información de las personas consultadas ya en la grabadora, y un grueso álbum de fotografías en las memorias de mi cámara de las familias de las personas visitadas, me aventuré en la escritura de la novela. Con las piezas obtenidas comencé a armar las primeras imágenes, los datos y elementos que iba obtenido posteriormente, por mínimos que fueran, los colocaba donde les correspondía, para dar forma o redondear los personajes, a los espacios y a las acciones. La búsqueda continuó; entonces iba tras las personas indicadas para ver si recordaban lo que me hacía falta, y así fui encontrando las piezas faltantes de la novela. Toda la información que me proporcionaban fue oral. No existen documentos que avalen lo que escribo. Todo está basado en lo dicho por las personas mayores o en lo que sabían sus hijos.

Intenté consultar los archivos para precisar fechas. Pero en el ayuntamiento, la secretaria “Chuchita”, del presidente municipal en turno, me argumentó que no contaban con un archivo ordenado, y que además, la mayoría de esos documentos se habían echado a perder a causa de la lluvia. Si esto era cierto, ¡que descuido!, pero no le creí. Esa versión oficial no fue nada halagadora para mi proyecto. Pero, aun así, continué escribiendo.

La curiosidad por indagar sobre mis personajes me ocupó mucho tiempo, pero también me dio muchas sorpresas, como ya dije, agradables y desagradables, más de lo que yo me imaginaba. Me causó cierta incomodidad el conocer sus oscuros secretos que me atañen. No me importaba que fueran cosas buenas o malas, me molestó que toda esa información estuviera en la memoria de personas que no tenía nada que ver con mis apellidos. No todo el pasado secreto de mi familia está escrito en la novela, Me quedé con lo que no me agradó contar. Ahora la información es mía, la rengo escrita y grabada, ya no pertenece a otras personas. No he querido dejar morir sus recuerdos, me aferro a ellos porque han sido y serán parte importante de mí, sobre todo, es parte muy importante de mi pasado y de mi presente, son mis raíces. Si esos recuerdos hubieran muerto, así como estaban condenados, junto con ellos moriría mi pasado, mi memoria y yo.. Memoria de un pasado familiar que rescaté del olvido. Mi afán es mantener vivo su recuerdo a través de esta novela, todo esto es lo que me da una razón de seguir respirando; es un motivo de vida.

Los lugares que frecuentaron, así como las veredas que transitaron, los he recorrido palmo a palmo con gusto y con nostalgia, esos lugares los conozco tanto como al petricor, como al plenilunio o como el canto de las cigarras, y los he fotografiado en distintas épocas del año, eso lo conozco como a las líneas de mis manos; las piedras de los muros de la casa que habitaron aún están ahí, amontonadas, es como si las uniera el sentimiento petrificado de familia. A estas no las puedo recoger, pero las he palmado cada vez que paso junto a ellas, es como si, por ósmosis, quisiera que me transmitieran sus, ecos, vivencias, sus recuerdos. En esos recorridos, que aún sigo haciendo, siento su presencia, escucho el eco de sus pasos, de sus voces tras de mí, creo que, hacer y escuchar esto, hace que los mantenga vivos, y yo me siento de igual manera. Es por ello que, aunque muchas personas los transiten, esos espacios los he hecho míos, me pertenecen, ya son parte

importante de mi vida, y después de la escritura de la novela, lo son aún más. Siento tan vivo su recuerdo que a veces creo que me voy a encontrar con ellos, es como si yo estuviera viviendo en su tiempo y no en el mío. Sobre todo, los de Elena, mi abuela, que desde que comencé a saber más de su vida, ha ejercido en mí una atracción inexplicable. Aparte de mi madre, no admiro a nadie más de mi familia que a ella, a mi abuela. A los demás miembros los conozco tanto como a mí, eso me permite tenerlos en reserva. La vida de la abuela tiene muchas cosas que me parecen mágicas y esto me atrae, el chamanismo por ejemplo, esta que era su actividad principal me atrae sobremanera, pero practicarle me asusta mucho, es por ello que la admiro y respeto lo que hizo. Ella tenía muchos defectos, lo sé: era orgullosa, altiva, racista, altanera y católica; sin embargo, también era muy humana y generosa. Aunque me niegue en reconocerlo, ella y yo tenemos mucho en común. Sé que no soy nadie para reprobar o halagar su conducta, pero eso no me impide semblantearlo.

La selección

Los testimonios recogidos de diferentes fuentes se fueron acumulando, muchos no fueron usados por ser injuriosos o demasiado melosos. Usé lo que consideré que redondeaba la historia. Para construir esta novela, también vi varias fotografías de la señora y de sus hijos, menos de Juana, mi madre. En algunas aparecen montados a caballo, en otras aparecen en grandes óvalos con marcos de madera y vidrios cóncavos. Una de ellas, color sepia, era de la casa que habitaba esa familia. Otra más, fue cuando ya estaban siendo demolida. De la casa original sólo quedaban escombros. De la pudiente familia Zuzúnaga lo único que les quedó en los recuerdos, malos o buenos, en la memoria de algunas personas que los conocieron es la tierra que aún siguen sembrando. En una fotografía se muestran cómo fueron en la vida cotidiana, en otras foto se ven con ropa elegante, de época, estas últimas son de estudio. Si conocí el interior de la casa fue por la descripción de quienes en algún momento estuvieron ahí, mujeres sobre todo. Unos, lo más que conocieron fue la cocina, otros hasta la sala y el comedor. Me dijeron que por orden de Elena, Nicolasa siempre tenía comida para el enfermo y su acompañante. Nadie que hubiera estado en la casa se iba sin satisfacer su apetito. Inclusive, les daban bastimento para el camino.

La historia abarca de 1928 a 1965, es parte de la vida de una mujer, sus cuatro hijos y una pequeña comunidad en proceso de crecimiento. Mi abuela quedó viuda muy joven con cuatro menores de edad. Quizá la he idealizado más de lo debido por lo que he sabido de ella, será porque no la conocí físicamente me inquieta su personalidad. Las prácticas de su chamanismo me atraen sobremanera. Su personalidad, sus buenas y malas acciones que tuvo con muchas personas, los recuerdos que dejó en la mayoría de las mujeres de esa región y sus malos arrebatos me son muy atractivos. Nunca contaba a nadie sus buenas acciones, ni mencionaba la ayuda que daba a las mujeres. Ella decía que lo que hacía una

de sus manos, la otra ni se daba por enterada. Su corazón estaba dividido en dos partes: una era muy dura con quién lo merecía, la otra muy blanda con quién la necesitaba. Su pasión por ayudar a las mujeres indígenas me es admirable.

Leí *Mientras agonizo* de William Faulkner. En esta novela existe una escena en la que la protagonista, Addie Bundren, solicita a su familia que, cuando muera sea trasladada y sepultada junto a sus antepasados, a 65 kilómetros de distancia. El viaje lo hacen en carreta. Esta historia de Faulkner me ayudó a entender que los deseos de las personas que estando o no en estado terminal deben ser cumplidos, no importando los obstáculos que se tengan que sortear. Así, la conciencia no molestará por el resto del tiempo.

En mi novela, hay una escena que contiene muchos elementos parecidos a *Mientras agonizo*. El cuerpo de Elena, la protagonista, también tiene que ser sepultado junto a su esposo, su hermano y su suegro. El panteón, en el que se debía sepultar se encuentra a 15 kilómetros de distancia. El cuerpo fue transportado en hombros de los señores y de los jóvenes ajenos a la familia. Los dolientes, por costumbre, no deben ayudar a cargar el cuerpo por temor a ser, uno de ellos, el próximo cadáver. En estas comunidades existe la creencia de que si lo hacen, a los pocos días, un familiar muy cercano muere. El cuerpo fue trasladado bajo una pertinaz lluvia, a través de un camino agreste. De los acompañantes, que eran muchas mujeres, a nadie le importó caminar bajo esa inclemencia temporal, decían que lo hicieron en pago a los favores recibidos. Esta solidaridad fue sorprendente, pocas veces se había visto por esos lugares tamaña procesión. Quizá la mayoría de los jóvenes que transportaron el cuerpo en sus hombros fueron ayudados a venir al mundo por las manos de quién cargaban.

Cuando leí la novela de Faulkner, y encontré ese parecido, estuve tentado a modificar la escena, no quería que se viera como una influencia, pero, en este mundo ¿quién no está influenciado en este sentido? Finalmente decidí dejarla, ya que en lo único que coincidimos, es en el traslado de un cadáver a una considerable distancia bajo un torrencial. Además, lo que describo fue realidad, por lo tanto, no quiero modificar la escena. Por otra parte, el cuerpo de mi abuela no se descompone en el traslado. El cuerpo es sepultado en el tiempo preciso. Así, a mi abuela Elena y a Addie Bundren les fue complacido su deseo de ser sepultadas junto a los suyos.

LA HISTORIA

La decadencia económica en la familia de mi abuela se dio por muchos factores, entre otros, las constantes y severas sequías, lo que más les afectó fue la Reforma Agraria, en la gran extensión de su terreno en favor de la formación de un nuevo ejido, otra más, la mala administración, y sobre todo, el despilfarro por parte de los jóvenes de la familia. Las circunstancias, y todos los miembros del clan contribuyeron al desastre y al desmoronamiento del núcleo familiar, otrora tan sólido. Luego, varias situaciones familiares que se le salieron de control a Elena la llevaron a tomar decisiones equivocadas que, en corto tiempo, le trajeron muy graves consecuencias, tanto dentro de su familia como en su economía y su salud.

Estando ya en el umbral de la ruina, a la familia Zuzúnaga se les vino una cascada de desgracias, entre ellas el infarto de la abuela, cuya muerte contribuyó a terminar con la mayor parte de sus propiedades. Era evidente que con ello desaparecía la buena administración. Ella equilibraba la armonía entre la familia; y con su ausencia terminaba un matriarcado que con tanto ahínco había logrado consolidar.

Por las grietas del rancho comenzó a fugarse subrepticamente una buena parte del capital. Manos voraces eran las culpables. Entre los hermanos se culpaban mutuamente de ser los responsables de esa fuga. Pero ninguno de ellos se responsabilizó. Parecía que terminar con lo poco que les quedaba de su capital era la consigna. La quiebra ya era un hecho. De lo que no pudieron deshacerse fue del orgullo y de la soberbia. Esos defectos se los llevaron hasta la tumba.

BIBLIOGRAFÍA

- ALIGHIERI, Dante, *La divina comedia, traducción, Ángel Crespo*. España, Círculo de Lectores, 1981
- AUSTER, Paul, *La invención de la soledad, traducción, M., Eugenia Ciocchini*, México. Seix Barral, 2017.
- BERISTAIN, Elena, *Diccionario de retórica y poética*. México, Porrúa, 2006
- CONSTANTINO, Cavafis, *Poemas completos, Itaca, pagina 44*, traductor Juan Carvajal. México. Ediciones Casa Juan Pablos, 2003.
- CORTÁZAR, Julio, *Las babas del Diablo en Cuentos completos, pagina 214*. México. Alfaguara, 1996.
- DAHL, Roal, *Sólo esto, en Cuentos completos*, página 29, traducción de Elvira Lindo. México. Editorial Alfaguara, 2013.
- ECO, Humberto, *Confesiones de un joven novelista, traducción de Guillem Sans Mora*. México. Lumen/FuturaO 2011.
- EURÍPIDES, *Las diecinueve tragedias, traducción de Ángel Ma. Garibay K*. México, Porrúa, 1998.
- FAULKNER, William, *Mientras agonizo, traducción de Mariano Antolín Rato*. España. Alianza Editoriales. 2011.
- FLAUBER, Gustave, *Madame Bovary*, traducción de Carmen Martín Gaité. México. Editorial Origen, 1983.
- FRANZ, Kafka, *La metamorfosis, traducción de Beatriz de Martínez y Guillermo Letemendía*. México, Ediciones Nuevomar, S.A de C. V, 1979.
- FRANZ, Kafka, *Carta al padre, traducción de D. J. Vogelman*. México. Premia Editora, 1980,.
- GARCÍA, MARQUEZ, Gabriel, *El coronel no tiene quién le escriba*. España, Ediciones Orbis.1982.
- HEMINGWAY, Ernest, *Por quién doblan las campanas*, traducción cedida por Planeta, S. A. México. Editorial Seix Barral, S. A. 1984.
- HEMINGWAY, Ernest, *Paris era una fiesta*, Gabriel Feranter. México. Lumen 2019.
- HOMERO, *La iliada, Estudio preliminar de David García Bacca*. España, CONACULTA OCEANO, 2005.
- HUGO, Víctor, *Los miserables, traducción de H. G. Simón*. España. Círculo de Lectores, 1983.
- KING, Stephen, *El último peldaño de la escalera en El umbral de la noche, pagina 362*, traducción de Gregorio Vlastilica y Eduardo Goligorsky. México, Penguin Random House Grupo Editorial. 2024.

LAGERLOF, Selma, *El maravilloso viaje de Nils Holgerson*, traducción de Carlos Antonio Talavera, México. Editorial Diana, S. A. 1952.

MURAKAMI, Murakami, *De qué hablo cuando hablo de correr*, traducción de Francisco Barberán. México, TUSQUETS 2013.

PROUST, Marcel, *Por los caminos de Swan*, traducción de Mercedes López Ballesteros. México, Editores mexicanos unidos, 2016.

RULFO, Juan, *Pedro Páramo*, México, Fondo de Cultura Económica SEP, 1984.

SHELLEY, Mary, *Frankenstein*, traducción de Francisco Torres Oliver. México, Ediciones Leyenda, 2005

SÚSKIND, Patrik, *El perfume*, traductor Pilar Giralte Gorina España, Seix Barral, 1993.

TOLSTOI, León, *Guerra y Paz*, traductores Francisco José Alcántara y José Laín Entralgo. España, Editorial Argos Vergara, 1979.

VARGAS LLOSA, Mario, *Cartas a un joven novelista*, México, Editorial Planeta Mexicana, 1998.

Epígrafes.

Hoy ha muerto mamá.

O quizá ayer. No lo sé

Albert Camus, El extranjero

Mi madre murió en el momento en que yo nací, y así, durante toda mi vida, no hubo nada entre yo y la eternidad.

Jamaica Kincaid, Autobiografía de mi madre.

TRECE AÑOS EN UNA CAJA DE CARTÓN

—Profesor, le voy a pedir un favor, no quiero que siente a nadie de estos niños junto a mis hijos, en la vida como aquí en mi escuela, cada quien tiene su lugar. ¿Me entiende, verdad?

El profesor que estaba parado con el gis en la mano, se quedó inmóvil, no acertó a decir una palabra; únicamente asintió con la cabeza. La señora, sin agregar más, dio media vuelta y salió de la improvisada aula. Liborio la siguió con la mirada, entonces tuvo la certeza de que él nunca podría pertenecer a un mundo ajeno, un mundo que no era el suyo; pensó que su lugar estaba junto al de los nuevos alumnos. Ese mandato segregacionista provocó que la brecha entre esos dos grupos se hiciera más escabrosa, estaba seguro que esa disparidad jamás se nivelaría. Su condición de mentor lo había hecho creer que podía pertenecer a ese o a otro grupo similar, pero esa orden divisoria hizo polvo su idea. También se dio cuenta que su conocimiento no era suficiente para pretender ingresar a otro núcleo, le faltaba otra cosa de más peso; él seguiría siendo un trabajador más, el mentor pagado por sus servicios. Así, ese pequeño incidente lo obligó a mirar hacia fuera del aula, a hacia las lejanas montañas, tenía que atravesarlas si quería vivir en otros horizontes. Pero mientras eso sucedía, con toda su ira reprimida, puso en práctica la orden recibida.

Como esa enfermedad silenciosa que invade un cuerpo, así se inició la ruina económica de la familia en el año de 1928, esa debacle fue pronosticada por los herederos, pero Elena hizo caso omiso de ese fatídico presagio. Elena Quiroga era dueña, por herencia de su marido, de diez mil hectáreas de terreno y un buen número de cabezas de ganado vacuno y caprino.

La señora, por conmiseración, permitió que cinco padres de familia, migrantes de las tierras sureñas, se asentaran en la planicie llamada La providencia, ubicada dentro de su propiedad. En ese grupo de señores se encontraban: Concepción y Gilberto Ávila, Adolfo Hernández, Erasto Alcocer y Teódulo Martínez.

Antes de que llegaran estas cinco familias, la zona era apacible, hasta entonces ningún animal había sido molestado en su hábitat. Esa tranquilidad se daba en las dos áreas más importantes de la naturaleza. La fauna era muy diversa; los venados se dejaban ver por sus comederos y los arroyos, sin ser esquivos. El eterno fluir del agua era compartido por todos los animales, por la tarde, las parvadas ahí se dejaban caer. Ninguno de ellos era asustadizo; desconocían el miedo que infunde el ser humano. A los tejones y a los mapaches no los asustaban ni las camisas que los hermanos Zuzunaga Quiroga ponían a guisa de espantapájaros, hacían caso omiso de ese descabellado atrevimiento y disponían de la cosecha como si fuera su propia despensa. Antes de llegar la noche los conciertos de las aves se multiplicaban, daba la impresión de que todos esos plumíferos estaban de fiesta celebrando el ocaso para dormir. No había acción humana que interrumpiera sus tonadas, ni su sueño. Parecía que sus cantos eran para agradecerle a la

naturaleza su generosidad cotidiana. Los dueños de ese gran foro lo tenían protegido contra los depredadores furtivos. De esta gran reserva, nadie se llevaba ni una pluma, mucho menos una piel, como trofeo.

La mayoría de los árboles eran vigilados como el tesoro del bosque; en especial los caobas, cuya madera era muy codiciada por los taladores, estos eran susceptibles al acecho, y los guardianes los tenían en la mira; pero también eran vigilados porque en ellos, una gran cantidad de pájaros, tejían su hogar. Descuidarlos significaba perder ese añejo tesoro, y acabar con los grandes coros inarmónicos.

El manantial estaba acondicionado para un adecuado brebaje de los animales domésticos, y para que los caminantes ocasionales hidrataran sus labios surcados por la sed.

El equilibrio de ese bosque estaba sin quebranto. Todo seguía el orden natural, hasta el tiempo que fluía lentamente estaba bien definido por las cuatro estaciones. Pero los depredadores más temerarios estaban por hacer suyo ese terreno, y las consecuencias serían desastrosas. Treinta manos iban a ser suficientes para acabar con esa cuidada y añeja armonía.

Las ramificaciones del desequilibrio se irían extendiendo por la zona como células cancerígenas, y este mal se extendería por todo ese campo desde el momento en que los nuevos habitantes hicieran suyos esos montes. Lo primero que harían, sería poner en la mira de sus armas los cuerpos de los animales comestibles, y también la mayoría de las especies que no son aptas como alimento estarán en grave peligro. Les dispararan a todo lo que vuela o se mueva en la maleza o corra sobre la tierra. Las hachas y los serruchos darán cuenta de los añejos tesoros; los nidos y sus pollos se estrellarán estrepitosamente en el suelo junto con sus ramas; las aves padres, los que puedan salvarse de ser cazados, migraran hacia otras tierras menos aterradoras.

Un día antes de que Elena cumpliera 40 años, su esposo Cándido y dos vaqueros cabalgaban por el llano tras el novillo que sería sacrificado. En esa persecución, el brioso caballo se desbocó en una imparable carrera tropezando con unos tocones, Cándido fue expulsado de la montura cayendo en una profunda zanja, la caída le provocó una grave fractura en el cráneo. La irritación del animal y la caída mortal desató suspicacias entre los trabajadores, se rumoró que el caballerango le había inoculado alguna sustancia extraña al caballo, pero nada se le pudo comprobar y no fue despedido, pero fue relevado de su rango.

La muerte de su esposo ocasionó que Elena entrara en una fuerte crisis depresiva que la mantuvo recluida en su habitación durante el tiempo que duró el novenario.

Durante esos días de aislamiento, tuvo la oportunidad de recapitular la etapa más complicada, pero también la más importante de su vida: la del exilio de la casa paterna y la de su arribo a una casa que jamás se imaginó que sería suya. También evocó la forma cruel en que fue sacada, por su padre, de la casa paterna: salieron de madrugada de manera sigilosa como dos bandoleros en fuga, tratando de evitar que el tropel de los caballos despertaran a los vecinos. El largo trayecto lo

hicieron en silencio como extraños. Los dos iban dolidos y resentidos entre sí: ella por el maltrato verbal y corporal del que había sido objeto, y por la forma en que le fue arrebatado el derecho de cuidar de su hijo, él por la deshonra que ella había ocasionado a su familia. Durante el viaje cabalgaron juntos, pero solo los caballos cortaban el silencio con el ruido del tropel y sus resoplidos. Elena, como siempre lo había hecho, se dejó conducir con obediencia por su padre, por un camino escarpado, como si él conociera los secretos de ser un buen guía, pero se extraviaron dos veces y les costó encontrar la ruta. Jesús era capaz de recorrer largas distancias con rencor, pero pocos pasos con ternura. Este último sentimiento no lo registraba su mapa cerebral. Ella había sido llevada al rancho después de ser sacada de la casa bajo amenaza, como ayuda en las actividades domésticas. Al principio, hacer esos quehaceres en una casa ajena le incomodó, nunca lo había hecho en otro lugar que no fuera su hogar, pero, al paso del tiempo aprendió y se acostumbró. Con responsabilidad y discreción, se ganó la empatía de la dueña de la finca, después, por ser hija del amigo de su esposo, Agripina le asignó otras actividades. Elena la auxiliaba en todas sus cosas personales. Atender al matrimonio y a su hijo en el comedor; hacer este y otros servicios le permitió cambiar su arreglo personal. Fue en esa cercanía con Agripina, que Cándido comenzó a enamorarla.

Agripina supo, por la indiscreción del padre de Elena, que ella había dejado un hijo en el pueblo, pero a esa información la señora no le dio importancia, así como no hizo ningún comentario al respecto, mucho menos interfirió en la relación de la pareja, en vez de haber hecho algo adverso, los apoyó.

Mi suegra me dio lo que mi padre me negó. Ella no fue soberbia como mi padre y yo, que nada nos agradaba, como si la perfección hubiera existido en nosotros, ella contaba con cualidades que no existieron en nosotros; me he dado cuenta que nada aprendí de su ejemplo, ni he aprendido de la vida. Hubo muchas cosas que debí hacer, sin embargo no las hice ¡Qué vergüenza, Señor, que pena!, se dijo Elena susurrándose, temerosa de que alguien la escuchara. Luego, con su mano derecha se jaló los caireles como si con ello se quitara de la cabeza esos pensamientos que la lastimaban, se acurrucó en un extremo de la cama y se cubrió la cabeza con un pedazo de manta de cielo y cerró los ojos. Quería dormir el resto de la noche o quedarse eternamente dormida, pero como la veladora del santo de su devoción aún estaba a la mitad, ella se resignó respirando pausadamente.

Al principio de su depresión, las mágicas mixturas de Nicolasa no fueron aceptadas por Elena, a pesar de la insistencia de la nana, ella se resistió a tomar esos brebajes, aduciendo que no los necesitaba, pero finalmente, el buen oficio de la nana dio buenos resultados. Cuando Elena recuperó su estoicismo y abandonó su habitación, se encontró con que la vida del rancho también estaba al borde del colapso; hizo con el rancho lo que Nicolasa hizo con su estado anímico; se montó en la administración, tomó las riendas y lo condujo como en su momento lo había hecho su esposo Cándido; después, junto con el profesor Liborio, organizó la educación de sus hijos, tres hombres y Juana, la más pequeña. Al mismo tiempo que sus hijos aprendían a leer, la vida del rancho funcionaba como lo había planeado. La mujer, como hay muchas, era incansable, pero al

final del día se encerraba en su reducido mundo; nadie sabía lo que hacía, el silencio era total. Esta rutina de luto duró hasta que ella cumplió los cuarenta años.

Los cuatro pequeños Zuzúnaga, desconocían la existencia de Mateo, el primer hermano. Su madre, por pudor, y por no dar explicaciones de su primera relación con un delincuente, no se los había mencionado, ni tenía contemplado hacerlo. Se avergonzaba de no haberse revelado en contra de su padre cuando la echó de la casa sin su hijo recién nacido. Sabía que ese recuerdo de debilidad eran imposible barrarlo de su memoria; ese remordimiento de abandono obligado, iba a permanecer con ella hasta el final de su existencia. Por creer que aquel momento de debilidad de carácter era un mal ejemplo para sus hijos, decidió callar. Pero hay secretos que deben ser narrados por su protagonista, aunque duela, y no por otra voz que puede distorsionar los hechos.

Mateo el primer hijo de Elena, nació sordo. Su abuelo materno, Jesús Quiroga se dio cuenta del problema cuando el niño comenzó a ir a la escuela, no aprendió a leer porque no fue atendido de su problema. Se hizo hombre trabajando en la casa del abuelo, un hombre de modales rudos. Desde antes de que Mateo naciera, Elena y Jesús, su padre, se habían distanciado a causa de su desliz: Jesús esperaba que su hija, siendo tan bonita, contrajera matrimonio con algún joven rico y de buena familia, pero ese anhelo se lo frustró un peligroso delincuente.

Un mes antes de que Mateo naciera, su padre, Remigio del Valle, un tipo alto, blanco, fornido y barbón, apareció ahogado en un charco de sangre, tenía el tórax deshecho; quienes lo encontraron dieron parte al alcalde del pueblo, pero nadie hizo una denuncia formal del hecho, las autoridades, al no contar con ese requisito, hicieron caso omiso por averiguar el asesinato. Los restos del forajido fueron reclamados por una anciana que nadie conocía, en cuanto le entregaron el cuerpo, le ayudaron a depositarlo en una caja de rustica madera de dos metros, la señora se montó en una carreta tirada por una mula famélica y se fue con rumbo que a nadie le importó conocer. La señora Del Valle no se enteró que la persona que se llevaba dejaba un hijo en el pueblo. Los ganaderos y las personas pudientes de la región, se congratularon al enterarse de ese acontecimiento, ya que Remigio y su banda eran unos temidos bandoleros que, durante mucho tiempo, los habían estado extorsionando y asaltando.

Para evitar más escándalos y mayores afrentas a su padre, Elena obedeció su orden de ir a trabajar en el servicio doméstico al rancho de sus amigos, ubicado a una considerable distancia de su pueblo. Tenía la certeza de que alejándose del pueblo se terminarían las mordaces murmuraciones en contra de su familia. Y así sucedió, la considerable distancia entre Tecolotla y el rancho Los Ciruelos, terminó con las murmuraciones, pero fortaleció el alejamiento familiar, tanto que la relación de Elena con su padre se tornó tan difícil como querer poner un dedo en el fuego. Nueve meses después, Elena, que era más bonita que su hermana Catalina, tanto que no tenían ningún parecido, contrajo matrimonio con el heredero del rancho, hijo único de Agripina Chávez y de José Gabriel Zuzúnaga. A Jesús Quiroga, que por fin veía realizado su sueño, aunque nunca se lo dijo a su hija, le satisfizo ese enlace, y a invitación de sus amigos, los Zuzúnaga Chávez, asistió al oficio religioso y de puro gusto se emborrachó en la recepción. Padre e hija permanecieron distanciados durante el evento, como si él hubiera sido un invitado desconocido para ella.

La primera y última vez que Elena regresó a la casa materna, después de que su padre la obligó a salir de ella, fue para participar en la ceremonia fúnebre de él. Durante el velorio y el sepelio en ningún momento se le vio derramar alguna lágrima. Las mujeres, vecinas y amistades que asistieron la miraban con desprecio y murmuraban entre sí. Ella, más orgullosa, y ahora con mejor posición económica que las que murmuraban, les sonreía con cortesía, pero con altivez. Después que terminó el novenario, regresó al rancho sin haber intercambiado diálogo alguno con alguna de esas señoras.

Juana, de ocho años, que era una niña muy blanca, la menor de sus hermanos, tenía los ojos grises y el pelo dorado como el de su abuela Agripina. La pequeña era hermosa, pero orgullosa como su estirpe. Alfredo, el primogénito, de quince años, muy moreno, delgado, de ojos grandes y saltones, era muy callado, pero de carácter explosivo. A sus trece años, Pablo ya tenía el bozo marcado, y era de carácter irritable. Justo, quien tenía once años, era, después de Juana, el más mimado, rebelde y voluntarioso. En los cuatro hermanos se conjuntaron todos los defectos de esa familia. Por ese carácter que tenían esos adolescentes, nunca estuvieron de acuerdo en que su madre hubiera permitido a los migrantes asentarse en su propiedad. Ellos tenían la certeza de que jamás lograrían sacarlos de sus tierras y de su vida, así se lo hicieron saber a su madre. Desgraciadamente, doña Elena, siguiendo el dictado de su conciencia, no tomó en cuenta las proféticas opiniones de sus hijos.

Por orden de Elena se había construido una amplia cabaña de madera que servía como salón de clases para sus hijos. El profesor Liborio Cano, cuyo salario era cubierto puntualmente, como si trabajara todos los días, ahí los instruía los fines de semana; les enseñaba lo que él creía más esencial: matemáticas, gramática y geografía.

Después de que los migrantes se acomodaron en el lugar, el profesor, por orden de doña Elena, fue a persuadir a cada uno de esos papás para que permitieran a sus niños asistir a clases. Nadie de ellos se negó, al contrario, creyeron que esa era una oportunidad para que sus hijos se hicieran amigos de los niños Zuzúnaga. Doña Casimira mandó a tres, Francisca a cuatro y Gertrudis a dos. Para satisfacer la necesidad de un lugar para el trabajo escolar, Elena mandó construir cuatro mesas y doce sillas para los nuevos alumnos. En la clase, el profesor Liborio distribuía al grupo, según lo creía conveniente, de tal manera que los hermanos Zuzúnaga quedaran mezclados con los demás niños. Aunque estos no lo aceptaban, obedecían la orden.

En una ocasión, sin avisar, Doña Elena fue a la cabaña, se paró en el umbral de la puerta, paneó el salón con su mirada, con desagrado vio que sus hijos no estaban en el lugar en el que ellos tenían asignado, después de saludar, agarró del brazo al profesor y se lo llevó a una buena distancia de los alumnos, y le dijo con voz enérgica pero con educación:

—¡Óigame bien, profesor! Le voy a pedir un favor. No quiero que siente a nadie de estos niños junto a mis hijos, cada uno de ellos tiene su lugar, por eso el carpintero les hizo sus sillas. ¿Entiende lo que le digo, verdad? —el profesor, a quien la personalidad de Elena lo intimidaba, únicamente logró asentir con la cabeza. La señora soltó el pequeño brazo del mentor y, sin despedirse, dio la media vuelta y salió, dando largas zancadas, de la improvisada escuela. El enojo

se le notaba hasta en la forma de apoyar los pies en la tierra. La bastilla de la enagua que vestía arrollaba las chamizas de la vera del camino.

En 1934, al amparo de la Reforma Agraria, los arrimados, como los llamaban los niños Zazúnaga, se apropiaron de nueve mil cuatrocientas hectáreas, transformándolas en un ejido. En este terreno estaba ubicada La Providencia, la fértil planicie en la que vivían las cinco familias. Esta gran pérdida ocasionó un fuerte descalabro económico, y marcó el inicio de la caída económica de la otrora pudiente y orgullosa familia, esto provocó que el rencor que los hermanos Zuzúnaga Quiroga, sentían por los habitantes de la joven comunidad creciera centímetro a centímetro, a medida que ellos se iban haciendo hombres.

Los jóvenes culparon a su madre de esa gran pérdida y, en su oportunidad, se lo reprocharon.

—Ahora sí ya se dio cuenta que lo que le dijimos en aquel tiempo resultó cierto, ¿verdad que sí? Usted tiene la culpa de que esos méndigos hambrientos se quedaran con lo que era nuestro. — aseveró Pablo apuntando a su madre con el dedo índice y con el enojo reflejado en sus gestos— Si no quiso correrlos antes, no permitió que nosotros lo hiciéramos, ahora es imposible que los echemos de La providencia; pero algún día yo los correré y entonces ellos se sentirán como yo me siento ahora. Eso ténganlo por seguro, mamá. —con la ira reflejada en las arrugas de su frente, aseveró muy molesto. Las caras de madre e hijo estaban tan cerca que ambos sentían el calor del aliento. Cuando Pablo terminó de hablar, ella le dio una fuerte bofetada que le estremeció la cara. Pablo, mascullando su dolor y enojo, se alejó de su madre.

Elena, silenciosa, recibió también los reproches de sus otros hijos. Luego habló con voz quebrada

—Claro que yo tengo la culpa. Discúlpeme por no haberlos escuchado. Esto que les voy a decir no es una justificación. Si estas personas no se hubieran asentado aquí, otros sin tierras, hubieran hecho esa gestión; y las autoridades agrarias tarde o temprano nos las hubieran expropiado. Dicen que las autoridades están haciendo lo mismo en todo el país. Sé que esto es una gran pérdida, pero contra las disposiciones del gobierno, nosotros no podemos hacer nada. Lo único que les pido es que nos resignemos, nada solucionamos con pelearnos entre nosotros, culpándonos. — Sus hijos la escucharon cabizbajos, quizá cavilaban lo que acababan de oír o pensaban en la pérdida de su poder económico.

-Y tú, Pablo, investiga lo que está pasando, así comprenderás lo que acabo de decir.

Cuando los habitantes de otras comunidades, que no tenían donde sembrar, se enteraron que en La Providencia estaban repartiendo terreno de cultivo y para vivienda, comenzaron a llegar como abejas al polen. Los cinco padres de familia que llegaron primero, fueron los privilegiados, se apropiaron de los mejores y más fértiles terrenos ya que ellos fueron los que gestionaron la afectación. Parte de la tierra sobrante la repartieron las autoridades municipales, con la anuencia de los cinco fundadores de la incipiente comunidad, entre algunos de los numerosos ponentes, a cambio de una generosa dádiva. Muchas hectáreas quedaron en manos de los que ostentaban el

poder aunque no vivían ahí, el resto no la repartieron, las dejaron como uso comunal, como reserva para las futuras generaciones.

La mejor tierra, la más fértil, ya tenía nuevos dueños. Finalmente todo ese terreno que pertenecía a una sola familia, quedó constituido, oficialmente, como un ejido, y la comunidad como La Providencia. La celebración de triunfo de los sin tierra fue en grande, la algarabía duró dos días con sus noches. Al ritmo de las guitarras y los violines, la banda con su estridente tambora, el mezcal corrió por sus gargantas como el agua corre por los pequeños arroyos. Este acontecimiento dio mucha seguridad a los nuevos ejidatarios, de un mes a oro dejaron de ser huérfanos de tierra para convertirse en propietarios. El rencor, como una espina, quedó clavado en los corazones de los jóvenes Zuzúnaga, otrora dueños de la vasta propiedad. Los ahora ejidatarios esperaban que el tiempo se encargara de eliminar las malas ideas de sus vecinos. Así, gracias a doña Elena, la paz reinó por algunos años.

A las diez de la noche de la navidad de 1938, el comedor de la familia lucía la mejor vajilla y copas que tenían guardado en la bodega. La mesa vestía un mantel blanco con flores azules, tejidas en los bordes; en el centro estaba muy firme un candelabro de plata con seis velas de cera amarilla, también hechas en la casa. La vajilla era blanca con motivos dorados, los cuchillos y los tenedores eran del mismo material del candelabro herencia de la abuela Agripina. Los cinco miembros de la familia y Nicolasa que ocupaba un espacio al lado de Juanita, ya estaban sentados a la mesa cuando Pablo se puso de pie, se notaba nervioso, titubeante, carraspeó. Con los nudillos de sus dedos golpeó tres veces sobre la mesa, al no lograr su objetivo, pidió atención con la ronca voz. Doña Elena y sus otros hijos, atentos, lo regresaron a ver, creyendo que les iba a dirigir algunas palabras alusivas a esa festividad, aunque él nunca daba mensajes en esas ocasiones, esperaron que sus palabras fueran alusivas, pero no fue así. Lo que no se imaginaron es que el mensaje estaba por darles iba a enrarecer el ambiente previo a la epifanía, y la decisión por él tomada, traería graves consecuencias a su familia.

—Mamá. A lo mejor este no es el momento más apropiado para decirles lo que quiero que escuchen, discúlpennme, pero finalmente se lo tengo que decir. Creo que me será un poco difícil encontrar otra oportunidad apropiada —Pablo hizo una pausa y, como si las palabras que quería decir se negaran a salir de su boca, parecía que las obligó a salir. —Les aviso que me voy a casar— esto último lo dijo tan rápido que daba la impresión de que no quería que su familia entendiera nada de lo que les decía. Pero el silencio era tan cortante que cada palabra que decía se escuchó muy bien

—¿Qué? —Elena exclamó, sorprendida, como si no hubiera escuchado lo que acababa de decir su hijo. Daba la impresión de que quería que su hijo lo repitiera palabra por palabra.

—Que me voy a casar. —Pablo, pasado el momento más difícil, repitió lo dicho, y continuó con la noticia—. Ya pedí a mi novia, y me la dieron. También ya fijamos la fecha de la boda — cuando Pablo terminó de decir esto último, los hermanos se quedaron más estáticos que los árboles sin viento, entonces, al unísono, las miradas se centraron en la cara de Elena; estaban atentos para ver cuál iba a ser la reacción de su madre, ninguno de ellos esperaba esta sorpresa,

mucho menos Elena. Aunque era invierno, la noche era tibia, pero esa noticia los dejó fríos. Los tres esperaban que el enojo de su mamá fuera muy violento, ya que su hermano, como es costumbre en estos casos, no la había tomado en cuenta para solicitar la mano de su novia. La dueña de la casa reaccionó después de largos segundos de silencio, entonces cuestionó a su hijo.

—Muy bien hijo, te felicito. ¡Conque el muchacho ya tiene todo arreglado! ¡Vaya!, ¡vaya! Ya eres independiente, eso me agrada. Ya te sientes todo un hombre. ¿Y quieres hacer el favor de decirnos con quién carajos te vas a casar? —Sin esperar respuesta continuó— ¿Cómo es posible que esos viejos alcahuetes, los papás de esa muchacha, te den a su hija sin exigir que tu madre te acompañe a pedir su mano? Por qué esa es nuestra costumbre, o ¿ya cambió todo y yo no me di cuenta? No tendrás padre, pero aún te quedo yo, tu madre, y eso que hiciste no es correcto, hijo. Es tan incorrecto como lo que hicieron esos viejos pendejos. Yo como madre de esa muchacha, nunca, óyelo bien, nunca hubiera autorizado una boda en esas circunstancias. Tal parece que les urge deshacerse de su hija, como si la estuvieran subastando ¿A ti no te parece que es así? ¿Tú como padre hubieras hecho lo mismo?

—La manera de actuar y de pensar de ellos no es de mi incumbencia, madre. Lo que sí le puedo decir a usted es que me voy a casar en la fecha que hemos acordado. Ella se llama Eloísa, es hija de don Heriberto Reséndiz y de doña Concepción Lótzin. Esos señores viven en Copala, es probable que usted los conozca.

Doña Elena cerró sus ojos y golpeó la mesa con su puño derecho, con ese movimiento liberó su cólera.

—¿Conocerlos? ¡Por supuesto que los conozco! Y desde hace mucho tiempo. Supongo que ya tienes idea con qué tipo de familia vas a emparentar. Ese viejo trabajó con tu abuelo, y lo corrió por ladrón, le robaba los becerros y todo lo que podía; en una ocasión lo encontraron hasta con un arado sobre su hombro, ya se lo llevaba; después, por resentimiento, fue uno de los que azuzó a los sin tierra, como ustedes les llamaban, para que la Reforma Agraria nos afectara; a él le debes parte de tu ruina, pendejo —esto lo dijo mirando fijamente a los ojos de su hijo—: si no sabías quién es tu futuro suegro, ahora ya estás enterado. Y para rematar tu osadía, tu suegra se apellida Lótzin, esto es el colmo. Por otra parte ¿Ya pensaste que características van a tener tus hijos? Creo que es en lo que menos has pensado. ¿Verdad? —le preguntó aún más molesta la señora.

—Dejémonos de complejos raciales, mamá. Nuestra familia no ha tenido ni tiene de qué alardear. Ustedes le han creado esa aura de grandeza ¿Acaso ya se le olvidó que mi abuelo José Gabriel, después de quedar viudo se juntó con la sirvienta de mi abuela? ¡Con una indígena que hablaba náhuatl mamá, una mujer que ni siquiera hablaba nuestra lengua! y ¡No me diga que los hijos que ellos tuvieron son un dechado de belleza! Según dicen, a mí eso no me importa, todos ellos nacieron con el coxis morado. Ese lunar oscuro que tanto asusta y asquea a los miembros de nuestra familia, y que para ellos y nosotros es sinónimo de indígena. ¿Se acuerda de eso? Pues bien, así como a mi abuelo no le importó lo que dijera nuestra orgullosa y discriminadora familia; a mí tampoco me importa lo que digan ustedes, ni los otros. La decisión ya la tomé y me voy a casar con Eloísa, aunque a usted no le guste, sí, eso haré. Ah, otra cosa ¿Cómo es que usted no quiere

emparentar con los indios y bien que ayuda a parir a sus mujeres, y luego, cuando están enfermos sus niños, usted se los cura? Y para hacerlo aún más difícil de entender, todo eso usted lo hace gratis, gratis, mamá. —dijo Pablo ya muy alterado.

—¡A mí no me hables de esa manera, muchachito pendejo! ¡Yo soy tu madre por si ya se te olvidó, y me tienes que respetar aunque tengas bigotes! ¡Me entiendes! Respecto a la ayuda que doy a esas mujeres, ese es un asunto mío, incuestionable; es algo que ni a ti ni a ninguno de tus hermanos les importa. Eso que quede claro. Y eso que dices de tu abuelo tampoco a mí me importa. Lo único que me interesa es lo que tú haces. Y ya que mencionas a esa familia, te diré algo que quizá ninguno de ustedes sepa. Esa unión fue un desastre, toda esa gente, incluyendo a los hermanos de la señora, son los culpables de que tu abuelo quedara en la ruina. Sus cuñados se llevaron hasta los platos de barro y la vajilla de porcelana que tu abuela guardaba con tanta precaución en el aparador de su comedor, ella nunca la usó porque era herencia de su suegra, de tu bisabuela. La tenía de adorno en su mueble, pero eso a ellos no les importó. Cargaron con todo lo que se les atravesó. Se llevaron hasta las sabandijas ocultas en las cajas de los trebejos; parecían remolinos en descampado. Afortunadamente, tu abuela, antes de morir, heredó a tu padre con lo que a ella le correspondía. De otra manera, tú no tendrías ni un cuarto de moneda para costear tu casamiento, ¡Ojala a y ti te vaya mejor en tu matrimonio que a tu abuelo con esa señora, y que la familia de tu novia no sean igual de rapaz como esa segunda parentela de ustedes!

—No toda la gente es igual. Créame que dudo mucho que esta familia sea así como usted dice. Pero pase lo que pase, mi decisión ya está tomada y, correré el riesgo. Me voy a casar en la fecha que acordé con ellos —dijo el muchacho a punto de llorar de coraje.

—Pues si ya lo decidiste así ¡hazlo! Dispón de lo necesario, pero una cosa te digo, no cuentes conmigo. Yo no voy a ser la burla de nadie, y mucho menos de esa creída de tu tía. Ah, otra cosa: hazte una casa, yo no quiero aquí a esa cara de luna llena. —Luego que terminó de hablar, doña Elena miró a cada uno de sus otros hijos que seguían sentados, sin comer bocado. Estaban callados, cabizbajos, con la vista perdida entre la comida fría de los platos.

—¡Claro que me haré mi casa, mamá! No quiero causarles ninguna molestia. Créame que en ningún momento pensé que viviríamos aquí, en esta casa.

Cuando Pablo terminó de hablar, hizo a un lado la silla y salió del comedor dando largos pasos sin ninguna cortesía. La señora se quedó mirando hacia la puerta por donde se había ido su hijo. Quizá no quería aceptar que él ya era un hombre. Que ya podía tomar sus propias decisiones. Sus ojos zarcos se llenaron de agua y se le derramó por los párpados. Su hija le extendió una servilleta blanca, ella la cogió y la oprimió suavemente sobre sus mejillas, su vista estaba extraviada en el espacio donde siempre había comido la familia, luego puso la servilleta sobre su pierna derecha. Por unos instantes, el silencio de la noche se apoderó del comedor, sólo los ruidos naturales se escuchaban afuera de la casa. Luego, la señora esbozó una sonrisa forzada, nerviosa, levantó la mano derecha y con el dedo índice señaló, como haciendo una raya, a los que quedaban en la mesa y les dijo:

—Ustedes y yo sigamos cenando. Este no es motivo para amargarnos la existencia. La vida es como cuando uno está en un gran almacén, cada quien elige lo que quiere, y en este caso, su hermano ya seleccionó lo suyo. Ustedes también podrán escoger de esa gran tienda lo que más les guste, nada más que elijan bien, porque de no ser así, en ella no se admiten devoluciones. Por ser esta noche muy especial, le pido a Dios que su hermano haya elegido lo mejor de la tienda y que le vaya bien. —Enseguida agarró con la mano izquierda una copa de cristal, la levantó, les dijo salud a sus hijos y continuó hablando: —Ahora les voy a pedir un favor. ¡Ayuden a su hermano, no lo dejen solo! Mis problemas con él no los hagan suyos, eso es un asunto entre él y yo. Dispongan de lo que necesiten. Pónganse de acuerdo y que todo les salga como ustedes quieran.

—Sí, mamá, ¡salud! -dijeron los muchachos al unísono y bebieron el contenido de sus copas. Ahora, a los cuatro se les veía contentos como al principio de la celebración, sólo que a la familia, desde ese momento, ya le hacía falta uno de sus miembros. Y así como Silverio, los demás se irían planeando por los cálidos vientos de la vida.

Nicolasa, sorprendida, tenía las cejas levantadas y sus ojos negros muy abiertos, también se unió al brindis, aunque había permanecido callada como los demás muchachos, estaba atenta a lo que le ordenara Elena.

—Nico, por favor, pon en la vitrola el disco que está sobre su tapa —ordenó doña Elena más calmada.

—Sí señora, enseguida lo pongo —Nicolasa, que lucía vestido blanco hasta los tobillos y el pelo negro, largo, atado con una cinta del mismo color, se levantó de la silla y se dirigió a cumplir la orden. Abrió la caja, giró varias veces la manivela del aparato para darle cuerda, luego colocó el disco. Los acordes del primer movimiento de El Mesías rompieron el ambiente tenso y silencioso que existía en el comedor. Como si el sonido de las cuerdas se hubiera apoderado del estado de ánimo de la familia y se los hubiera modificado. ¿O era el oratorio que tanto gustaba a Elena el que estaba ocasionando ese prodigio? Nicolasa regresó al comedor, se sentó e hizo lo que hacían los demás, cenar.

La charla y las risas nacieron entre ellos, como si el incidente no hubiera interrumpido la cena más importante para la familia de doña Elena. Después de que terminaron de tomar café, los muchachos se quedaron sentados escuchando el Oratorio hasta el final, luego se retiraron a dormir. Doña Elena y Juana ayudaron a Nicolasa, a recoger el servicio del comedor.

Antes de ponerse la ropa para dormir, doña Elena, en la soledad de su pequeña habitación, se sentó en una mecedora de madera y fijó la vista en el altar donde mantenía al Santo Niño de Atocha desde que su suegro José Gabriel lo trajo de Puebla. Comenzó a mover sus labios en silencio, mientras por sus dedos blancos iban pasando de una en una las brillantes cuentas de plata de su rosario. Después de cincuenta minutos de rezo se cambió de ropa, apagó el quinqué y se acomodó en la cama.

Como todo cambia y se mueve, la tierra gira y los días y las horas la siguen en esa traslación sin fin en que ese movimiento no se pueda impedir, con este transcurrir del tiempo llegó la fecha de la boda de su hijo Pablo. Elena ya tenía la fecha en la sala de su cerebro, martirizándola y acosándola de manera inmisericorde. Aunque ella se resistía a no caer en ese estado, la soledad y el remordimiento se iban apoderando de su persona. El silencio en el comedor era martillado por las manecillas del reloj; inquieta las veía y escuchaba el monótono tic tac, como si fuera el tropel desbocado del caballo que escribió el final de la vida de Cándido. El tiempo corría. La boda estaba por celebrarse, el incansable ruido de las manecillas disparejas del reloj, burlonas, se lo recordaban. “Cómo detener al tiempo en su vertiginosa carrera”. Pensó.

Sus cuatro hijos se fueron de madrugada un día antes de la boda. El momento de la unión ya se aproximaba. Se levantó de la silla y caminó alrededor del comedor, cogió un trapo y se dedicó a limpiar, a tallar con las dos manos la cubierta de la mesa, no quería pensar más en eso que, desde que se lo comunicó su hijo, la atormentaba, pero sabía que era inevitable. Pensó que si eso era así, entonces, ¿por qué seguir pensando en ello? Se quedó quieta, un poco inclinada hacia adelante con las palmas de las manos sobre la mesa, veía su figura reflejada sobre la cubierta. Aventó el trapo con enojo y con él tiró al piso un vaso de vidrio mal colocado, los vidrios se expandieron con un sonoro ruido, así los dejó. Enseguida se preparó un té con hojas del árbol de limón, después se acomodó en la silla que siempre había usado Nicolasa en la hora de la comida. Mientras iba dando pequeños sorbos a su aromática infusión, pensaba en Pablo, pensaba que ella había querido otro tipo de mujer para su hijo, y no a esa que él escogió. Otra vez regresó a ver el reloj, sus manecillas seguían avanzando y sonando como siempre lo habían hecho. Quizá ella nunca había puesto atención en ese monótono sonido, tal vez porque nunca le había importado que el tiempo transcurriera. Pero ahora, ese maldito sonido se hacía escuchar para recordarle que el tiempo corría como el agua en el río, que siempre había estado en movimiento sin que ella se diera cuenta, y que no podía hacer nada por detenerlo para suspender ese matrimonio que desde que tuvo conocimiento que se iba a llevar a cabo le molestó y le fue difícil aceptar. En su vida matrimonial y en la de sus hijos, siempre se había hecho su voluntad, pero todo eso estaba cambiando, ella lo sabía. Aceptar lo inevitable le incomodaba y la inquietaba mucho más. Pero paulatinamente el tiempo iría acabando con su costumbre de imponer sus ideas y su voluntad. El reloj, voraz del tiempo, seguía haciendo sonar sus manecillas, seguía marcando tiempo. Ahora se daba cuenta que su autoridad, después de una agotadora carrera estaba llegando, debilitada, a la meta, aunque no lo quería aceptar, lo sabía, y eso le dolía. Ya había llegado el momento en que sus hijos controlarían todo lo que la rodeaba; ellos tomarían la estafeta, delegar el liderazgo en ellos la entristecía.

La ceremonia religiosa se iba a llevar a cabo, en unos minutos, en el templo del siglo XVI de Copala. De la puerta principal estaba ausente la estrella, sólo colgaban de un hilo tejido con hojas verdes unas cuantas flores blancas. Tampoco la estrella familiar brillaba en el atrio de la parroquia, la soberbia y el orgullo la habían eclipsado. Las dos hojas de la añeja puerta de madera estaban abiertas esperando a los protagonistas en esa tarde calurosa. El decorado del interior de la nave era muy austero, pero no por ello dejaba de verse hermoso. Al entrar, lo primero que se veía era

el gran Cristo que pendía del altar principal, su rostro no se veía inerte, parecía que miraba a sus feligreses. Aunque su estructura corporal, rompía con la armonía del decorado de la nave, él era el que atraía las miradas de los creyentes. Así como sucedería, en un momento, con los novios que estaban por entrar. El altar estaba recubierto de mármol blanco, sus numerosas velas, ya encendidas, despedían aroma y un resplandor muy especial, era como si detrás del púlpito estuviera emergiendo el sol. Los grandes floreros de cobre, laterales y frontales, en esos momentos rebozaban de flores blancas, su aroma se podía palpar, se respiraba por toda la nave. El pasillo estaba sin ningún adorno lateral, únicamente una alfombra azul, desgastada, cubría los preciosos y añejos mosaicos.

Porfiria Toledo, prima hermana del padre de sus hijos, apareció en la puerta prendida del brazo de su sobrino Pablo, ella vestía de azul claro, su pelo entrecano lo tenía untado sobre su cabeza y un poco arriba de la nuca lo juntó en un chongo. Un rebozo de seda blanca le cubrían los hombros. Adornó su cuello con un grueso collar de oro, y de los lóbulos pendían dos grandes aretes del mismo material. Los zapatos con tacón mediano, eran del mismo color del vestido, calzada así rebasaba el hombro de su sobrino que era muy alto. Su rostro redondo con la nariz aguileña la hacía ver radiante, no miraba a nadie, sonreía desdeñosa y arrogante ocupando un lugar que no le correspondía. Pablo, con un gesto de ausencia, caminaba con la vista fija en el altar, pero sus pensamientos estaban fijos en la figura de su madre. Su imagen ahora era diferente, se quitó la patilla y se recortó el bigote, pero los rizos del pelo, sin haberlos peinado, naturales, le caían hasta las cejas. Vestía pantalón negro, camisa blanca y una chaqueta de piel, negra; este conjunto lo hacía verse más esbelto.

La novia entró después, del brazo de su papá, don Herminio. Sus rasgos indígenas y el color moreno de su cara, contrastaban con el blanco del velo, eso la hacía ver majestuosa. La larga cola de tul se deslizaba suavemente sobre la alfombra azul. Parecía un blanco pavorreal. Dos niñas morenas de pelo negro, vestidas de blanco, fajas color rosa, levantaban los extremos del final de la cola. Ella caminaba del brazo de su padre, un hombre de estatura baja, enjuto, moreno, pelo lacio y los bigotes ralos sin afeitar. En la mano derecha le colgaba su sombrero. Eloísa, efectivamente, parecía luna llena moviéndose en un hermoso cielo despejado. No había nubes ni en los floreros que opacaran su belleza. Atrás de ellos caminaba Juana muy erguida, se movía con garbo, parecía que caminaba sobre una pasarela, su vista la tenía fija en el altar. Parecía un hermoso cometa navegando por ese reducido universo clerical. Las miradas de los jóvenes feligreses estaban puestas en su resplandor. Entre esa mayoría de ojos estaban los de Eduardo Riquelme, que la veían sola, sin su chaperona, creyó que había llegado la oportunidad de acercarse a ella. No le despegó la vista hasta que lo volteó a ver, él le sonrió e inclinó su cabeza. Juana, en señal de respuesta, esbozó una sonrisa. La chica portaba un traje rojo escarlata, sus zapatos eran de color negro, su larga cabellera rubia le caía por la espalda como una hermosa cascada de verano. La acompañaban sus hermanos, Alfredo y Justo, vestidos con pantalón y camisa gris y chaqueta color café. Don Herminio entregó a Alfredo la mano de su hija, acto seguido, el sacerdote les da la bienvenida y conduce al altar. Todos se acomodaron en sus lugares e inició la

ceremonia. La misa transcurrió como todas las de esa índole, los cantos y los rezos hicieron eco en la hermosa bóveda del templo.

Después de la ceremonia, los tres hermanos Zuzúnaga se salieron al atrio, ahí esperaron a que salieran los novios, a cada uno le dieron un abrazo. Alfredo lamentó y lloró la ausencia de su madre en los brazos de sus tres hermanos, a ellos les agradeció el apoyo que le dieron. Después de las felicitaciones se fueron con los invitados a la casa de doña Porfiria, ahí, bajo los frondosos laureles, en el jardín, se celebró la recepción. La fiesta no duró mucho tiempo, pero Juana, en ausencia de la severa vigilancia materna, bailó toda la fiesta con Eduardo Riquelme, el hijo de un amigo de su tía Porfiria. Nicolasa, por andar ayudando en el servicio, ni cuenta se dio de lo que estaba sucediendo en el jardín. A los hermanos de Juana, lo único que les preocupaba era verla dentro del grupo familiar. Ellos creían que ahí estaba segura.

Ese momento de descuido, único y excepcional en la vida de la chica, y de su joven pareja, le traería grandes problemas a la familia Zuzúnaga. Elena y sus hijos se lamentarían por ese grave descuido. Los errores siempre tienen sus consecuencias y, este no iba a ser la excepción, Elena se arrepentiría de no haber doblegado su orgullo. El encuentro de su hija con Eduardo le iba a costar más de lo que ella y sus hijos se imaginaban.

Tres meses después de la boda de Pablo, sucedió algo que rompió otra vez con la armonía familiar. Cuando Juana ayudaba a su mamá a ponerse la ropa de dormir. De repente, sin preámbulos, le dijo a su mamá que tenía problemas con la regla, que no le bajaba desde hacía dos meses. Doña Elena la miró con incredulidad, esa confesión la tomó por sorpresa, entonces, con coraje, se reprochó, ¿cómo era posible que siendo ella experta en parturientas, no se había dado cuenta del cambio que se estaba generando en el cuerpo de su hija? Esa inesperada confesión era como una soga que ahorcaba su conocimiento y su orgullo. Se le quedó mirando, sus grandes ojos se fueron empequeñeciendo, se resistía a creer que lo que había escuchado no era verdad. Pero ese retraso nunca se había dado desde que se inició el periodo de su hija. Cómo era posible eso, si Juana nunca estaba sola, ¿cuándo, con quién y en qué momento sucedió esa pendejada? Sus mejillas se fueron tornando como la piel de una manzana. Sin esperar más palabras de su hija, alternando las manos, le dio dos fuertes bofetadas que la derribaron al piso. Luego se puso las dos manos en el pecho, hizo gestos de angustia, su respiración era dificultosa, levantó la cara tratando de encontrar el oxígeno arriba de su cabeza, pero todo fue inútil, buscó donde apoyarse y se sentó en la cama. La joven estaba sobre el piso agachada, el pelo le cubría la cara, con la mano izquierda se la descubrió y volteó a ver a su mamá, en ese instante se dio cuenta del estado en que se encontraba su madre. Rápidamente se puso de pie y comenzó a gritar mientras le ventilaba la cara con la palma de la mano. Como nadie acudió con prontitud, se encaminó hacia la salida, ya cruzaba el vacío de la puerta de la recámara cuando vio a sus hermanos, Alfredo y Justo, corriendo por pasillo.

— ¿Qué pasa? ¿Por qué tanto grito? No alarmes —dijo Alfredo, pero al ver el rostro pálido de su hermana se acercaron a ella.

—Mi mamá no podía respirar, ya se andaba cayendo, está muy mal —les

dijo, llorando su hermana, estaba muy angustiada.

Ellos se acercaron a su madre, Justo preguntó muy preocupado, temía lo peor..

—¿Cómo se siente mamá, ya respira mejor? ¿Quiere que la llevemos al médico? Díganos, ¿qué quiere que hagamos?

—No pasa nada, hijos, —dijo doña Elena tratando de verse normal—. Sólo fue un pequeño problema en mi garganta. Creo que me atraganté con el agua.

Doña Elena ocultó el motivo por el que estaba en ese estado, sabía que en el momento en que sus hijos supieran lo que le confesó su hija, esa noticia se iba a convertir en un grave problema. Sus hijos no iban a tolerar que un don nadie se burlara de ellos, de su apellido; hasta ese momento nadie lo había hecho, ellos eran muy respetados. Los hermanos Zuzúnaga, aunque eran altivos y orgullosos, gracias a su madre, no eran rijosos, respetaban y eran muy respetados. Pero ahora, la señora estaba segura que esa afrenta a su familia no la iban a tolerar. Todo iba a cambiar. Tenía que pensar qué iba a hacer. ¿Cómo enterar de eso a sus hijos sin poner en riesgo la estabilidad familiar? ¿Qué hacer? Se preguntaba. Tenía que actuar con rapidez. No había mucho tiempo que esperar. Por lo pronto intentó calmar la preocupación que más les inquietaba, y tratar de ocultar el maldito mal que le había resucitado.

—Ya pasó este malestar, hijos, pueden retirarse a dormir tranquilos. Su hermana se va a quedar a dormir conmigo. Mañana veremos si voy al médico. Espero que esto no sea nada grave —cuando los muchachos se retiraron. Doña Elena le dijo a su hija—, Ahora, siéntate aquí, junto a mí—. La muchacha la obedeció y se sentó a su lado— así está bien. Ahora quiero que me digas quién es ese hijo de la chingada que se atrevió a burlarse de nosotros, no de ti, sino de mi familia. Quiero que tú me lo digas. No lo quiero saber por otra boca. ¡Habla ya! —Juana se cubrió la cara con las manos y comenzó a llorar, pasaban los segundos y no decía nada, doña Elena con impaciencia esperaba la respuesta, comenzaba a desesperarse, luego le dio un fuerte jalón de cabellos y así comenzó la confesión:

—Mi novio es Eduardo, el hijo de don Lorenzo Riquelme —cuando su hija mencionó esos nombres, a Elena le temblaron los labios, sus ojos se le hicieron muy pequeños y con gritos reprimidos preguntó.

— ¿Tuviste la desvergüenza de enredarte con ese parásito borracho?, ¿ya no encontraste otro peor? ¿Me pregunto, dónde o desde cuándo te revuelcas con ese desgraciado? Si tú siempre andas conmigo o con Nicolasa. ¡No es posible Dios mío, no es posible que me castigues de esa manera! Burlaste nuestra vigilancia y nos viste la cara de pendejos. Ahí está la foto de tu padre como ejemplo, carajo: ¡Mírala! —Elena le agarró la cara y la colocó en dirección de la fotografía—. Él no se compara con esa basura. No cabe duda que los gustos de ustedes van empeorando cada día. Primero tu hermano se enredó con esa cara de luna llena, ahora tú elegiste a ese inútil. Aquí hay espejos, ¿antes de entregarte, no te miraste en uno de ellos? Ese hombre ya tiene una hija con una señora que lo dejó por golpeador, vicioso e irresponsable. No le gusta trabajar, anda de

fiesta en fiesta emborrachándose, jugando en los naipes lo que le da su padre. Esos, ya acabaron con todo lo que tenían, con el ganado, con las tierras; ya nada más falta que vendan su vieja casa. Dime, ¿con qué crees que te va a mantener ese pendejo? ¿A ver, dime con qué? Con lo que tenemos nosotros no cuentas, eh, de esto no te voy a dar ni el mal aroma de las monedas. En todo caso, lo que te toca de herencia lo depositaré en un banco para tu hijo, pero ese vago, mientras yo viva, así vea que se está muriendo de hambre, no le permitiré que se coma ni una tortilla de nuestro cesto. ¡Eso te lo juro! Lo que tenemos, primero lo trabajaron tus abuelos con mucho esfuerzo y privaciones, después, tu padre y yo lo acrecentamos, por eso, no voy a permitir que llegue a mí casa un mantenido a malgastar lo que no ha trabajado. ¡Eso nunca! Y estoy segura que tus hermanos pensarán lo mismo. Cuando conozcan tu gracia, van a explotar de coraje. ¡Ya lo verás! No lo quiero ni pensar.

—Perdóname mamá, perdóname por favor. —Juana la abrazó, ya no tuvo más palabras que decirle. Luego se le arrodilló, recargó la cara sobre las piernas de su madre y siguió llorando. Doña Elena miró a su Santo niño y movió sus labios. Mientras se estrujaba los largos dedos de las manos, sus ideas, como un manantial, empezaron a fluir en su cabeza. Pensaba en que algunas acciones de los mayores se repiten en los hijos. En Juana se repetía lo que a ella le había sucedido con el padre de Odilón. Pero sacudió su cabeza e hizo a un lado ese pensamiento que tanto le avergonzaba, como si con ese movimiento borrara esos vergonzosos recuerdos; hizo lo que hace un lector que lee un libro que no lo atrapa: cerró su libro memorial de un manotazo. Luego, trató de escribir en su memoria un libro con otra historia aún más complicada: ¿cómo ahuyentar a la cigüeña de su casa? ¿Cómo evitar que anide en el interior de su casa? ¿Asustando al ave picuda con manojos de hiervas o con otros métodos conocidos por ella? Esa era la disyuntiva a elegir. Ella conocía de yerbas efectivas para esos menesteres, aunque jamás las había usado, sabía cómo emplearlas en estas circunstancias, pero, ¿experimentar eso con su hija cuando con otras mujeres, negándose, nunca lo había experimentado? ¿Le daría un buen resultado sin dañar

su salud? ese era un riesgo que en su vida había corrido, aun así lo consideró como una posibilidad. ¿Con disparos? Ahora, al pensar en eso, con la palma de su mano se dio un fuerte golpe en la mejilla para sacar de su cabeza esos malignos pensamientos que ahí bullían. Por otro lado reflexionó: si ella ayudaba a las parturientas indígenas a buen parir, ¿por qué tendría que hacer lo contrario con su hija? Se santiguó y pidió perdón a su Santo Niño por pensar o considerar esos desvaríos ajenos en ella. Luego balbuceó muy quedito: —Ahora va a venir lo más difícil. Me preocupa la reacción de tus hermanos cuando se enteren. ¡Son tan impulsivos que no quisiera que de este problema nunca se enteraran! Pero ocultar esto, es imposible. Bueno, es tiempo de acostarme pera, para me será imposible dormir, mañana será un día muy difícil para nosotras, — las dos mujeres se arreglaron y se acostaron en la misma cama como cuando Juanita era una pequeña. La rubia chica era la gran debilidad de doña Elena, y no podía abandonarla en este momento tan crucial para su gran amor. Por otro lado, tenía por sabido que sus hijos iban a reaccionar de una manera muy violenta, en contra de Eduardo Riquelme, ahora ellos ya eran hombres y hacían lo que creían prudente, ella ya no tenía control sobre su voluntad como cuando eran niños. Pero Elena sabía que su obligación era intentar contener cualquier intento de violencia

en ellos, como siempre lo había hecho desde que enviudó. Hacer que su familia saliera librada de los estragos tormentosos había sido su gran preocupación, y de este problema que se avecinaba, a toda costa, sus hijos tenían que salir limpios.

Al día siguiente, los rayos del sol aún no se filtraban por las cortinas de la recámara, pero las dos mujeres ya tenían un rato que se habían despertado. Afuera los animales ya habían comenzado su algarabía. En la recámara materna todo era silencio, durante la noche se había dado el rompimiento entre madre e hija. Juana estaba hecha un ovillo pegada a la espalda de su madre. De la noche a la madrugada había dejado ser la hija protegida, mimada. El amanecer, a pesar de estar tan cerca, había alejado más a las mujeres, ya existía una considerable distancia, a pesar de la cercanía, entre un cuerpo y otro. En ese instante, Juana sospechó que esa sería la última vez que amanecía acostada en la cama de su madre.. Ahora empezaba a tomar consciencia de su situación. Ya tenía dos meses que había dejado de ser la niña de esa casa. A partir de ese momento todo cambiaría. Ahora, su obligación era pensar en su futuro, y en el de su pequeño que aún no tenía ni la menor idea de lo que estaba sucediendo en el exterior. Ahora pensaba que fuera de la casa familiar, todo sería distinto e incierto. Ella en ningún momento reflexionó en esa situación antes de dar el paso equivocado. Todo lo había hecho al arrebató, sin pensar en nada. Se entregó a Eduardo por deseo, a cambio de nada, ni siquiera de promesas. Su pesadilla, como su criatura, estaba en proceso de gestación. Esta se iniciará en el momento en que se baje de la cama materna y deje ese espacio protector. Al salir de ese lugar, en el que durante diecinueve años había obtenido la seguridad para ser la soñadora, la altiva, la soberbia y orgullosa hija de Elena, entonces se dará cuenta que transitar por un camino individual, no será nada sencillo como siempre lo había visto desde la sombra materna. Otra cosa que Juana no quiso tomar en cuenta ni escuchar antes de entregarse aquella noche de tormenta, fue que Eduardo era dipsómano, y, según decían algunas personas allegadas a él y a su papá, ellos tenían otro grave problema: les gustaba golpear a las mujeres. La difunta Ximena, madre de Eduardo, con frecuencia andaba con moretones en su cuerpo visible, hematomas provocados, según ella, por caídas o golpes que se daba accidentalmente. Pero la realidad era otra, el señor Riquelme era el que se los provocaba en estado de ebriedad. Aún sin haber vivido esa experiencia, Juana ya se arrepentía de no haber tomado en cuenta los comentarios de advertencia que le había hecho Nicolasa. Unos leves golpes en la puerta la regresaron a su realidad, los tres jóvenes ya estaban parados frente a la puerta de la habitación de su madre. Juana apartó la sábana y salió de la cama y abrió la puerta. Cuando miró a sus hermanos, su cuerpo comenzó a temblar. Aunque ellos nunca se habían metido en su vida, Elena era la que lo hacía, su presencia le causaban temor y respeto. Inmediatamente se giró y regresó sin dilación al tibio lugar del que había salido. Ahí sentía que la figura materna le daba seguridad y protección de las miradas inquisidoras de sus hermanos,

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Por qué tiembles? —preguntó Pablo, cuya mirada la había seguido con curiosidad.

—No me pasa nada, es que sentí frío —le respondió su hermana al mismo tiempo que se acomodaba detrás de la madre.

—¿Frío, a esta hora? ¿Qué te pasa? —preguntó Alfredo.

—¿Cómo amaneció, mamá? —terció Justo, el menor de los hermanos, rompiendo el diálogo entre sus hermanos.

—Creo que ya estoy bien, ya respiro sin ninguna dificultad. Gracias hijos, por preocuparse por mí —les respondió doña Elena.

—¿Quiere ir al médico?, dígame para que prepare su caballo, nos vamos después del almuerzo —le dijo Pablo.

—No, no. Ya me siento mejor. Nomás de pensar en el golpeteo de la montura durante tantas horas de viaje no me anima. Y luego el regreso, otro tano.. No, Gracias, hijo.

—Creo que es necesario que la cheque el doctor, mamá, así quedaremos más tranquilos, y usted también. —dijo la jovencita.

—Mejor nos llevan la próxima semana, así nos checamos las dos, ¿te parece bien, Juana? —dijo doña Elena, mirando en complicidad a su hija.

—Sí, mamá, vamos y me compras ropa —Juana se apresuró a responder.

—¿Y a ella que le van a checar? ¿Qué le duele? ¿Le van a checar el frío que le da cuando nos ve? —cuestionó Justo.

—No hagas preguntas indiscretas hijo. Esto es cosa de mujeres —le respondió doña Elena muy dueña de la escena —ahora sálganse que nos vamos a vestir. Ya es muy tarde y creo que Nicolasa se quedó dormida, no se oye ningún ruido de cacerolas en la cocina.

—Ustedes son las que no se han podido despegar del colchón. Nicolasa desde hace rato tiene el concierto de las cazuelas en la cocina. Levántense que yo ya tengo mucho apetito —dijo Alfredo, ya más tranquilo.

—Antes de que nos vayamos —dijo Alfredo—, quiero darles una noticia. Eloísa ya tiene dos meses de embarazo. ¿Qué les parece? Usted que conoce de eso, por favor, se la encargo, mamá —dijo Alfredo muy contento.

—Me da mucho gusto y haré lo que me pides hijo, no te preocupes. ¡Felicidades! —dijo doña Elena no muy convencida de la solicitud. Aun no aceptaba a su nuera ni lo haría nunca, ella se preguntaba ¿cómo sería su nieto? ¿Se parecería a su madre? ¿Tendría el lunar prieto en las nalgas como todos los de su raza? Ya no quiso seguir martirizándose con esas cosas y centró su atención en lo que más le preocupaba, la situación de Juana.

Sus hermanos abrazaron a Silverio y luego la señora se puso de pie, lo estrechó entre sus brazos un buen rato. Juana, al ver esa escena, con tristeza pensó que su situación sería distinta, no se levantó de la cama, pero felicitó a su hermano.

—En su momento lo celebraremos. Espero que todo salga bien. Quiero que mis nietos, cuando me visiten, griten y rían en mi casa, me dará mucho gusto oírlos romper este silencio que se ha apoderado de este lugar. ¡Si tu padre viviera, qué feliz sería, hijo! ¡Qué feliz! —dijo doña Elena con un suspiro prolongado.

—Tranquila, mamá, este es motivo de celebración, no para entristecerse. Además, si yo la quiero muchísimo y mi hijo la va a querer mucho más. Bueno, pues vámonos ya, si no nunca vamos a salir de aquí —dijo Pablo aún más emocionado, al mismo tiempo que agarraba a sus hermanos de los brazos y se encaminaban hacia la salida.

Antes de que sus hijos llegaran a la puerta, doña Elena le habló en voz alta a su hijo mayor.

—Ah, Pablo, te espero hoy en la noche a la hora de la cena, quiero hablar contigo y con tus hermanos, por favor no faltes.

—Sí mamá, aquí estaré. ¿Qué, hay más buenas noticias? Nos vemos en la noche.

Los jóvenes salieron tranquilos de la recámara, por un momento se olvidaron del estado en que se había puesto su madre la noche anterior. Cada uno de ellos se fue a terminar sus actividades matutinas para luego sentarse a la mesa.

Durante el almuerzo los cuatro estaban sentados en el comedor. Justo notó algo extraño en el comportamiento de su mamá. Ella siempre buscaba temas de conversación, hacía hablar a cada uno de sus hijos, aunque fueran temas sin importancia. Lo que a ella le importaba era que hubiera comunicación entre ellos. Sólo de esa manera podía conocer más a su familia. Pero hoy estaba rompiendo con esa costumbre, sus pensamientos no estaban con ella, ahí, en el comedor. Justo la miraba discretamente, quería a sus pensamientos y navegar por ese laberinto de preocupaciones, de opciones y soluciones. Deseaba atrapar sus pensamientos para conocer el motivo de esa ausencia. Doña Elena estaba tan absorta en sus cavilaciones que no se daba cuenta de lo que hacía su hijo. Finalmente, Justo no aguantó su curiosidad y de sopetón le preguntó.

—¿Le preocupa algo, mamá? La noto ausente, no es la misma de todos los días —con su voz gruesa rompió sus cavilaciones, la hizo volver al espacio donde ambos se encontraban..

—No, no. Nada. Es que estaba pensando en el embarazo de tu cuñada, el ser abuelo hubiera hecho muy feliz a tu papá. Además, él me hace ¡tanta falta!, más en estos momentos. —La mujer, con la cox cortada, estaba a punto de soltar el llanto pero se contuvo.

Justo se dio cuenta del estado de su mamá, tanto que se arrepintió de haber hecho su pregunta, y rápido trató de tranquilizarla. Extendió el brazo, le agarró la mano y se la oprimió con mucha ternura. Alfredo, sin entender lo que sucedía, hizo lo mismo. Justo continuó hablando.

—Deje esas preocupaciones en cualquier rincón de la casa, que aquí nos tiene a nosotros, siempre la hemos apoyado en todo. Si tiene algún problema en el que podamos intervenir nosotros,

díganoslo, entre todos vemos cómo le damos solución, pero ya deje de atormentarse. Recuerde cómo se puso anoche.

—Gracias, hijos, gracias. Yo sé que su padre no pudo dejarme en mejores manos. Ustedes son la columna de esta casa y la mía, espero que así siga siendo —dijo doña Elena.

—Sí, mamá, y usted es el alma de nosotros. Sin usted, esta casa y todo esto que nos rodea, no existiría. Por eso mismo, todo lo que le aqueje tiene que decírnoslo, usted nunca ha estado sola y no lo estará. Ahora díganos, ¿qué es lo que la tiene así? —preguntó Víctor otra vez.

—En la noche hablaremos al respecto, por eso le dije a Pablo que venga. Hay algo muy delicado que ustedes tienen que saber. Y de esto, por el momento, ni una palabra más ¿de acuerdo? —expresó Elena.

—De acuerdo mamá, pero ahora ya me preocupó más, ¿es muy grave ese asunto del que no quiere hablar? —preguntó Alfredo.

—¡Ya déjala en paz, amigo! Ya vámonos ¿qué no oíste que en la noche nos lo dirá? —le dijo Justo a su hermano. Y pasaron las horas en la rutina cotidiana.

Serían las ocho de la noche cuando llegó el último de los hermanos y se sentó en el sillón junto a su mamá. Juana, por instrucciones de la señora no estaba presente. A Justo y a Alfredo se les miraba impacientes por conocer el problema que tanto aquejaba a su madre. Alfredo sospechaba que ese problema era familiar..

—Y bien, ya estamos los tres aquí mamá ¿Qué quiere decirnos? A mí me tiene muy preocupado, sospecho que es algo muy grave —cuestionó el menor de los hermanos.

Doña Elena se acomodó en su asiento, luego, como si no quisiera enfrentar ese problema, aclaró su garganta con una tos que no lo era y habló.

—Créanme que lo es, y no sé cómo plantearlo. El asunto me tiene muy preocupada por la forma cómo van a reaccionar ustedes. Espero que sean muy prudentes, y que antes de cometer alguna barbaridad, lo piensen muy bien. Yo sé que este acontecer, ustedes lo van a sentir como una afrenta muy grave hacia la familia, pero tenemos que tomarlo con mucha cautela. Eso espero de ustedes. —Elena ocultaba sus manos para que sus hijos no se dieran cuenta que le estaba temblando—. Bueno pues el problema es que Juana está embarazada. Y el causante de esa estupidez es el parásito de Eduardo, el hijo del borracho de Lorenzo Riquelme.

En ese instante, como impulsados por un resorte, los tres hermanos se pusieron de pie y se quedaron estáticos como tres cactus erguidos, Su cara adquirió un color cenizo por el enojo, les parecía imposible lo que acababan de escuchar.

—¿Ese desgraciado se atrevió a manchar nuestro nombre, madre? Miren nada más quién lo hizo. ¡Un pendejo borracho! Se burló de nosotros el que ni en cuenta tomamos. Eso no es increíble, uno de los peores hombres que conozco nos dio donde más nos duele. Ese atrevimiento no se lo voy a perdonar. Le juro madre, que eso se lo voy a cobrar muy caro —dijo Justo hecho un energúmeno.

—Tranquilo mi hijito. Antes de hacer cualquier cosa se piensa, así no te arrepentirás de sus consecuencias —doña Elena así habló a su hijo, aunque no se le veía muy convencida de lo que le decía.

—Disculpe, si no hacemos nada en contra de este imbécil, cuando a mi hermana se le vea la barriga, cualquier desgraciado se burlará de nosotros, eso yo no lo soportaría ¿Se imagina en qué posición quedaríamos? Nada más le voy a pedir un favor. No permita que mis hermanos se metan en esto. Déjenmelo a mí. Yo veré como le arreglo su asunto a ese tipejo —por sus palabras, a Justo ya no se le podía decir otra cosa. Su madre lo conocía muy bien y sabía de lo que era capaz. Ella ya no podía controlarlo como cuando era niño.

—¡Escúchame, muchachito pendejo!. ¡Dime!: ¿Tú conoces los problemas personales a los que se enfrenta una persona que priva de la vida a un ser humano? ¿No tienes ni idea, verdad? Te aseguro que ni te lo imaginas. Si no es así, estás muy mal entonces. Piensa en ello detenidamente. Nuestra familia siempre protegió la vida de nuestro bosque y de todo lo que en él vivía. No permitimos que nadie se metiera en él ni para matar una araña. Tú no has matado ni a una tortola. ¿Cierto? ¿Por qué ahora, a tu edad, quieres asesinar a un hombre? Dime, ¿por qué? Me imagino que cargar en la conciencia con un crimen debe de ser terrorífico. Entiéndeme, lo que yo no quiero es que tú sufras esa angustia. Bien. Antes de actuar piensa bien lo que quieres hacer. Ser impulsivo es no pensar en las consecuencias de nuestros actos. Porque cualquier cosa que hagas, tarde o temprano va repercutir en ti o en tu familia. No creo que quieras eso para ti y para nosotros. ¿O sí? No quiero que el odio te ciegue, porque el resultado de una mala acción es desastroso. Pero finalmente tú decides que hacer, yo no puedo impedírtelo. Ojalá elijas bien y no te arrepientas de hacer algo que nunca debiste hacer. ¿Te queda claro hijo? Por eso les decía que debemos de actuar con mucha prudencia.

—Está bien, ya nada puede perjudicar más a nuestra familia que lo que nos hizo ese hijo de la chingada, madre. Pero ese imbécil se va arrepentir de haber puesto sus ojos y sus asquerosas manos sobre mi hermana. Lo único que siento es que esa criatura se va a quedar igual que yo. —Dijo Justo.

—Nada más piensen esa criatura. Y tú no sé por qué piensas en asesinar a su padre ¡reflexiona, carajo! Dime, ¿Crees que este problema se soluciona quitándole la vida de esa persona? ¡Verdad que no! Él no mató a nadie de nuestra familia, tampoco obligó a tu hermana a acostarse con él. Ella se entregó por su propia voluntad. Con esa acción nada va a cambiar lo que ya está hecho. Por otra parte, nunca debes fincar nada sobre el cuerpo inerte de una persona, porque todo se derrumba. Si lo haces de esa forma tú también te derrumbas. No construyas en tu conciencia culpas que después no vas a poder eliminar. Eres muy joven para amargarte la vida.

¿Crees que después de hacer eso podrías acariciar con tus manos a tu sobrino? Te conozco tanto que estoy segura que te arrepentirías instantes después de cometer ese delito.

—La decisión ya la tomé, mamá. Sus palabras no me hacen cambiar de idea —Justo ya no dijo más.

—¡Pues jódete la vida, pendejo! —Dijo Elena, con el ceño desencajado

Justo salió de la sala y se quedó parado a mitad del patio. La oscuridad era tan profunda que todo lo que lo rodeaba era invisible, no alcanzaba a ver los árboles más cercanos. Se acordó que cuando era niño le horrorizaba ese estado de la naturaleza, siempre evitó la oscuridad aunque lo insultaran sus hermanos. En este momento, otra vez sintió ese sentimiento que él creía superado, pero no, se dio cuenta que aún le afectaba, aunque con la edad aprendió a disimularlo. Sabiendo que su familia estaba muy cerca de él, lo invadía un temor inexplicable. De pie, mirando esa oscura inmensidad que tenía sobre su cabeza, lo hacía sentir más vulnerable, solo. Su vista hurgó en esa bóveda y la focalizó en La Osa mayor, como si en esa constelación buscara la luz que iluminara el laberinto por el que comenzaban a transitar sus desordenados pensamientos. Su idea era demostrarse ser hombre y fajar su cinturón como lo tenía la constelación de Orión. Sí, ahí estaban en la lejanía esos hermosos puntos luminosos que le disipaban un poco su temor, pero esas lejanas estrellas no le ayudarían en nada. Entonces, sus ojos navegaron lentamente por la polvareda de La Vía láctea. Cuando era niño creía que una estampida de caballos había levantado esa enorme polvareda que atravesaba el cielo, que iban a un punto del lejano horizonte en busca de una solución a sus problemas de sobrevivencia o huía, como él lo hacía en este momento, del peligro de ser absorbido por un hoyo negro. ¿O también ellos huían porque tenían miedo a lo desconocido? ¿Acaso los perseguía un jinete que los quería someter? ¿Así como él salió huyendo de las advertencias de su madre? La estampida de ideas que se había salido de su cabeza se asemejaba a lo que veía allá arriba en su Galaxia. También él se creía parte de ese polvo cósmico, pero en ese momento, él, con su miedo, parpadeaba como un humano. Sus manos y su conciencia estaban limpias, aún no había segado con ellas ni la vida de una tórtola. Si salió huyendo de la sala fue porque los argumentos de su madre ya lo estaban convenciendo. Eso no lo podía aceptar. Él ya estaba dispuesto a tomar sus propias decisiones, correr sus propios riesgos. Ahora veía las estrellas tal como cuando era un niño, que le daba la sensación de que podía tocarlas con sus dedos. Alargó el brazo y extendió la palma de su mano como esperando que una de ellas se posara sobre sus dedos como una mariposa. Así como lo había hecho algunos años atrás con las luciérnagas, que al agarrarlas y oprimirlas se quedaba con su luz untada en las yemas de los dedos. Suspiró y se talló los ojos. En ese momento le pareció ver pulular, frente a él, las pequeñas luces y parpadeó. Con esas diminutas luces hizo acto de presencia la imagen de su padre, él también miraba al cielo por las noches. ¡Cuánta falta le hacía su padre! Suspiró largo, muy profundo y exhaló. En momentos como estos, deseaba tenerlo a su lado; sentir su apoyo o escuchar sus reprimenda, sentir su mano tibia sobre su frágil hombro, esa cercanía a su padre la guardaba en lo

más profundo de su ser. Ese calor estaría por siempre, como las estrellas en el cielo, en su santuario interno.

En el horizonte, atrás de las montañas, vislumbró un constante relampagueo, más noche habrá tormenta, pensó. Después de haber soñado con las estrellas y visto los relampagueos se encaminó a su habitación, al entrar encendió un cerillo, levantó la bombilla y lo acercó a la mecha del quinqué, sopló el cerillo, luego regresó la bombilla a su sitio y la luz brilló más. Se recostó en la cama sobre su costado derecho, miraba el vacío blanco de la pared, luego empezó a jugar con las sombras de su mano, movía sus dedos haciendo figuras con ellos. Accionaba sus dedos como si estuviera disparando con un arma. En este momento surgió el niño travieso, el niño mimado de su padre. Súbitamente se puso de pie y se dirigió a un armario, jaló un cajón y sacó un pequeño estuche de madera oscura, se lo llevó y lo colocó sobre la cama, luego lo abrió. Adentro estaba un revólver Smith & Wesson. Se le quedó viendo, lo sacó y le pasó la mano como una caricia sobre un cuerpo frío, inerte; oprimió el seguro y votó el cilindro, se percató que la carga estuviera completa: sí, seis tiros dispuestos en la recámara. Pensó que dos o tres le eran suficientes e imito los sonidos de los disparos. Bang, bang, bang.. No necesitaba más para despanzurrarlo, le haría igual que como lo hacía con las luciérnagas. En este caso, ese pendejo quedaría untado en el piso y su sangre no brillaría en la oscuridad como la de las candelillas. Enseguida, con habilidad, sacudió la pistola, el cilindro cargado volvió a su sitio, oprimió el seguro y la colocó debajo de la almohada. Cerró el estuche vacío y lo devolvió a su lugar. Al regresar a la cama apagó la luz, se acostó en posición fetal, colocó el cobertor sobre su cuerpo y quedó embalado como una crisálida, ya no se movió. El silencio de la habitación blanca lo arrulló. Afuera, con violencia, el viento balanceaba las ramas de los árboles, la tormenta se oía muy cercana, sus nubes cargadas de agua estaban a unos momentos de hacer su descarga sobre el valle y sobre el techo de la casa..

En los intervalos de los truenos se oía el llanto de un perro quejumbroso. Otro pequeño lo secundaba con insistencia, lloraban como si en el día que hacía unas horas se había ido no los hubiera tratado bien. ¿O quizá se había muerto la madre del pequeño? Algún gallo emitió un quejido premonitorio o de alerta, como si por su cabeza hubiera pasado aleteando el peligro. ¿O presentían la desgracia que se cernía sobre el cielo que los cobijaba? ¿Esos animales lo intuían? Quizá era el efecto del miedo que provoca una tormenta..

En la sala de la casa, Elena no ocultaba su preocupación, entrelazó sus dedos, pidió a sus dos hijos que al día siguiente platicaran con su hermano y que trataran de convencerlo de que cambiara de actitud. Para tranquilizarla, los dos muchachos se lo prometieron, pero ellos sabían que les sería imposible disuadir a su hermano. Lo conocían muy bien. Era el peor de los hermanos. En él se aglutinaba todo lo que caracterizaba a esa orgullosa y obstinada familia. Después de las bendiciones, los dos hermanos se despidieron de su madre. La tormenta ya estaba muy cerca. Justo aún no dormía cuando sus hermanos pasaron frente a su dormitorio y, en el silencio de la noche, alcanzó a escuchar estas palabras en la voz de Alfredo.

—Si este cabrón no recapacita lo que le dijo mamá, no sé cómo lo vamos a convencer de que deje de pensar en necedades

Para entonces, las nubes de la tormenta ya cubrían toda la bóveda, y la luz de sus constantes relámpagos se le escapaban con mayor frecuencia e iluminaban, como un parpadeo, el paisaje. La borrasca ya estaba muy cerca del pueblo, se escuchaba el fuerte ruido de la lluvia. De repente un fuerte tronido cimbró la casa, parecía que el suelo se iba a desmoronar, su eco se fue alejando poco a poco como si el viento le diera un soplo, o, ¿huía en el espacio como un temeroso viajero? Luego, todo quedó en silencio en espera de los siguientes estallidos. Cuando las nubes comenzaron a soltar su carga, los relámpagos se fueron alternando con más frecuencia.

La mente de Elena caviló muchas cosas en la soledad de su pequeña habitación, y aunque su cerebro era el de una mujer asustada, su instinto seguía siendo el de una madre muy preocupada. Apagó la luz del quinqué y, como nunca lo había hecho, se recostó sin cambiarse de ropa.

Serían las doce de la noche cuando la oscuridad y las nubes habían convertido al cielo en una enorme caverna, sólo algunas luciérnagas atrevidas navegaban sin dificultad por el espacio de ese mundo impenetrable. La tormenta amenazaba al pueblo con sus constantes relámpagos y sus estruendosos truenos. Cobijadas por esa negrura, y habituadas a ella, dos figuras se movían cautelosamente por la calle, se untaban en las paredes para que la luz momentánea de los relámpagos no las delatara. Se movían como si estuvieran huyendo de su incierto destino. Parecían dos almas escapadas del purgatorio en busca de su redención. Pero esto no era así, lo que ellas buscaban era lo contrario. Cuando llegaron a la puerta de una casa con paredes de adobes carcomidos por el tiempo, una de ellas golpeó tres veces con la culata contra una vieja y apolillada puerta de madera, esperó un momento, nadie contestó, golpeó otra vez con más fuerza. Ahora, adentro se escuchó una voz adormilada y escanciada de alcohol, que preguntó:

—¿Quién llama a esta hora, carajo? ¿Qué se les ofrece? —preguntó pausadamente la voz ronca.

En la calle nadie contestó. Al escuchar la voz en el interior, la figura bajita se acercó apresuradamente y se paró justo enfrente al marco de la puerta, en donde debía de aparecer el de la voz áspera. En el momento en que la hoja se abrió, se escuchó una fuerte detonación. La persona que la hizo se tambaleó por el impacto del culatazo. El flamazo del disparo deslumbró y dejó atónito a Eduardo. El joven alcanzó a balbucir unas palabras:

—¿Quién eres? ¿Por qué me haces esto? —antes de que el dolor del primer disparo invadiera su cuerpo, escuchó otro ¡pum!, y su cuerpo, por segunda ocasión, sintió la quemante penetración de las postas.

En la entrada de la casa, con la luz parpadeante del relampagueo, se miró al de la voz que se aferraba con la mano derecha al borde de la puerta. Se negaba a caer, pero la merma de sus facultades lo fue derrumbando lentamente. Finalmente cayó al piso sin entender por qué lo habían baleado.

En ese momento, como si su cabeza fuera un manantial, comenzaron a fluir de su memoria las imágenes más importantes de su vida. Su madre tendida en la cama, y él, de rodillas a su lado, se abrazaba al delgado cuerpo. Su pequeña y ensortijada cabeza se hundía en su tibio pecho. Don

Lorenzo, su padre, estaba sentado en un extremo de la habitación, con las palmas de sus manos se cubría la cara, sus balbuceantes palabras eran incomprensibles, quizá rezaba, o pedía perdón por su conducta. Lo único que les hacía compañía, eran las dos luces parpadeantes: la del quinqué y la de una veladora, que con sus guiños silenciosos hacían más triste la escena. Las tenues luces parpadeaban con discreción. Luego sintió el tibio cuerpo de Juana junto al suyo, bailaban callados mirándose a los ojos; en ese baile, ellos eran los únicos que se deslizaban en la pista de nubes blancas en el cielo del naciente verano. Él le miraba, con ternura, los ojos azules como si hubiera querido eternizarse en ellos, luego, con dulzura, le rozó los labios con los suyos. Su tosca mano le oprimió la estrecha cintura y la fue arrimando suavemente hacia su cuerpo desnudo hasta fundirse, como dos gotas de mercurio, como queriendo esconderse de su destino. Ella le deslizaba sus dedos por la espalda, y con las piernas lo jalaba hacía su centro, después, los dos se sumergieron, tomados de la mano, en un sueño infinito, sin retorno. Los ojos se le anegaron y los párpados se fueron cerrando lenta, muy lentamente, como si en ese último momento hubieran querido atrapar, para su eternidad, esas imágenes que acababa de vivir. Las aletas de su nariz se le dilataron en la última inhalación, y su cuerpo se sacudió, quedando inerte.

El aroma de la pólvora quemada invadió el pasillo de la vieja casa.

Las dos personas que hicieron los disparos desanduvieron su camino, tropezándose en la oscuridad. Lo único que se les atravesaba en su carrera, eran las diminutas luces de las luciérnagas, como si el sol hubiera olvidado esas diminutas luces en el transcurso de su viaje hacia el ocaso. Un momento después, se escuchó el galope de caballos atropellando con sus cascos las piedras y salpicando agua y pequeños terrones de tierra que ya era comprimida por la lluvia. Mientras eso sucedía en la calle, en interior de la casa se escucharon los gritos desesperados de Lorenzo, el viejo pedía auxilio, pero sus gritos eran opacados por la lluvia, los truenos y por los ladridos de los perros que perseguían a los jinetes. Cuando los ladridos se fueron perdiendo en la distancia, los gritos de don Lorenzo se hicieron más perceptibles y desgarradores; como si en ese momento le hubieran estado sacando el corazón con el filo de una obsidiana. La sangre que escurría del cuerpo tendido, ya había hecho un pequeño charco espeso en uno de sus costados, y el abdomen perforado por las postas ya tenía una gran mácula púrpura a causa de los múltiples vasos rotos. La puerta aún permanecía abierta, ella también estaba malherida; con algunas astillas desprendidas de su estructura, estaban fuera de su lugar. Parecía que por esas heridas se había escapado el alma del joven de veinticinco años.

El agua ya caía con si fuera el diluvio, escurría por las cornisas, parecía que el cielo y el tejado lloraban la desgracia en la que estaba sumergida esa casa. A su vez, los relámpagos y los truenos se sucedían.

Atrás de los jinetes en fuga había quedado esa imagen de la muerte, y las huellas sobre la tierra pisoteada en la estampida, ya habían sido borradas por la lluvia que corría formando un arroyo..

A unos metros del lugar se vislumbró a un hombre que corría bajo la lluvia, el viento le movía las faldas de la camisa, como si fueran las velas de una pequeña embarcación en una tormenta en

altamar; con el brazo derecho, como una visera, se protegía los ojos de las múltiples gotas. Al llegar a la casa se paró frente al frontispicio y gritó.

—¡Don Lorenzo! ¿Qué le pasa? ¿Está bien? ¿Está usted herido? Responda — el hombre preguntaba con insistencia y desesperación.

—Mi hijo, Toño, mi hijo, creo que me lo han matado, me lo mataron Toño, ¡Malditos! ¡Míralo! Está aquí tirado, ¡me lo mataron ¿Por qué? ¿Por qué? Rápido, ayúdame a levantarlo, a lo mejor aún podemos hacer algo por él. ¡Apresúrate!

Antonio, incrédulo, se quedó parado, como si hubiera estado enraizado. El agua le escurría por el cuerpo, aunque no hacía frío, su cuerpo temblaba. Luego reaccionó, cuando sus ojos se acostumbraron a esa oscuridad, cruzó el umbral. Tiritando, agarró del brazo a don Lorenzo e intentó alejarlo del cuerpo, pero él se negó y siguió ahí, lamentándose. El muchacho se arrodilló, puso sus dedos en el cuello de su amigo y se dio cuenta que no había nada que hacer por él. Entonces echó su brazo sobre el hombro del viejo y le empezó a hablar. Así, en esa posición estuvieron un buen rato. Finalmente se incorporaron. El joven agarró a Eduardo de los brazos y don Lorenzo de las rodillas; se lo llevaron en vilo y lo colocaron en el piso de la sala, ya retirados de las lágrimas de las nubes, Antonio pidió un cerillo, lo encendió y buscó un quinqué. Lo encontró, ya encendido lo colocó en un lugar estratégico. Su sombra se movían sobre las paredes de la estancia. Después le dijo a don Lorenzo que iba ir cambiarse y a pedir ayuda, que pronto regresaría.

—No te vayas hijo, no seas cabrón, no me dejes solo —el viejo agarró al muchacho de los hombros y lo sacudió con desesperación.

—Tranquilo, voy a avisar a mi casa para que venga mi mamá—. Antonio intentó zafarse de las grandes manos que lo sacudían— También voy a avisarle a don Fortunato, él como autoridad debe conocer esta desgracia; aguante tantito, le prometo que regreso pronto. Usted y yo no podemos estar solos aquí —le dijo con aplomo.

—Está bien, pero no tardes, hijo —Después que lo soltó, el viejo se sentó en una silla y se agachó, sus ojos se inundaron de lágrimas silenciosas. La cantidad de años, que él se resistía a aceptar, se le vinieron encima. Sacó el paliacate rojo de la bolsa trasera del pantalón, se exprimió la nariz con gran estrépito y volvió a la posición anterior. Antonio se quedó parado junto a él viéndolo como cambiaba su figura, estaba seguro que nunca lo había visto de esa forma, ni cuando falleció Ximena, su esposa; luego le dio una palmada en el hombro. El susto le había ahuyentado las ideas, no encontraba las palabras ni cómo decirlas en estos casos, no sabía cómo darle ánimos a ese hombre que tanto le había ayudado. Ese señor lo quería como a su hijo, y él siempre vio a Eduardo no como un amigo, los dos siempre habían estado muy cerca, se habían visto como hermanos, así se habían tratado desde que eran niños. Aunque esa amistad, a doña Ximena no le agradaba por la conducta de Eduardo. Afuera, el agua seguía cayendo, Antonio salió de la casa sin cubrirse. Conocía tan bien el piso de esa calle que en su carrera, a oscuras, nada le obstaculizaba.

Un rato después regresó con Fortunato Arcos, un viejo amigo de Lorenzo, él era la autoridad del pueblo, los acompañaba Emma, la mamá de Antonio. En el pueblo se mencionó durante mucho tiempo que ella era la causa de los hematomas de Ximena, la mamá de Eduardo. En este pueblo, como en muchos otros, todo se sabe, no existe vida privada. Atrás de ellos venían Erasto Alcocer y Adolfo Hernández. Cuando llegaron, don Lorenzo aún permanecía sentado en la silla. Ellos, sin saludarlo, comenzaron a mover los muebles para colocar ahí la mesa del comedor y sobre de ella tender a Eduardo. Emma fue a preparar café, Fortunato se acercó a José, su trabajador, para pedirle que fuera por el ataúd y que avisara a doña Petra Riquelme de lo acontecido. Después llegó doña Tulitas con su hija Remedios, traían sobre sus cabezas un viejo cobertor. Luego llegaron otras personas más. Las dos mujeres se arrodillaron y empezaron a rezar, los demás hicieron lo mismo, menos don Lorenzo que seguía sentado. Durante el rezo, doña Tulitas lo veía de reojo, en cada Ave María levantaba la voz, se le notaba muy molesta, creía que el señor estaba borracho. Después de que terminó su rosario se levantó, muy apresurada lo movió, don Lorenzo se ladeó y cayó al piso sin meter las manos, la señora dio un salto y gritó muy fuerte.

—¡Jesús María, creo que está muerto! —la rezandera se puso histérica. Don Fortunato le dio una bofetada. Ella se le quedó viendo sorprendida, ya no gritó, luego se acomodó el rebozo sobre su cabeza y se retiró a un rincón. Antonio no creyó lo que había oído, se agachó para levantar a don Lorenzo, Fortunato intentó ayudar, pero no pudieron ponerlo de pie, estaba muy pesado. Antonio comprobó lo que había dicho la rezandera, levantó la mirada y asintió. Emma empezó a gritar. Las otras dos mujeres se le quedaron viendo, no comprendían esa reacción, ella, con vergüenza, se tranquilizó. Las señoras se arrodillaron y otra vez empezaron a rezar.

Con la ayuda de otras manos, ahora fue más fácil trasladar al otro cuerpo a una recámara. Emma y Fortunato hicieron la tarea que los demás no quisieron, amortajar los cuerpos y vestirlos. Ya vestido lo tendieron en el piso, al lado de su hijo. Las caras de los vecinos se notaban pálidas, demacradas, como si ellos fueran los dolientes. La muerte los tenía ahí atrapados bajo su sombra. La estancia daba la impresión de ser un gran ataúd en el que estaban atrapados los cuerpos sin poder salir de él. Aunque la puerta estaba abierta, el aire que ahí se respiraba, era muy pesado, difícil de inhalar, parecía que todos los objetos que estaban ahí tenían mucho tiempo encerrados, sin airearse. El petricor no se percibía en el interior de la casa, parecía que tenía miedo de entrar y ser atrapado por los olores de la cera quemada o por los aromas de los cuerpos tendidos. Cuando las personas se movían se les veía agotadas, parecía que cargaban las penas que habían dejado los difuntos.

Al terminar la tormenta, lo único que se escuchaba en el interior de la casa eran los padres nuestros y aves marías de Tulitas, y en el exterior comenzó el concierto de los grillos; esos sonidos desafinados tocaban una sinfonía en honor de los cuerpos inertes. Los jarros de café eran servidos cada media hora, así como se repetían los rosarios. Entre rezos monótonos, cantos, sorbos tibios de esa aromática infusión y bostezos prolongados, trascurrió, lenta, muy lenta, lo que restaba de esa noche.

Aún no aclaraba la mañana y la neblina parecía un enorme manto blanco que había caído sobre el pueblo. Una miríada de partículas blancas envolvían todo en un solo conjunto, muchas de ellas se quedaban atrapadas en las casas, o en las copas de los árboles; las demás seguían su curso sin inmutarse de los acontecimientos en el pueblo, se movían como jaladas por hilos invisibles, igual que la colmena que sigue a su reina. No se alcanzaba a mirar más allá de cien metros. El conjunto de las casas parecía que estaban fincadas en una minúscula isla de niebla suspendida en el espacio. José, el trabajador de Fortunato, una figura difusa en la niebla, montó el caballo de Eduardo, el que siempre lo traía a casa después de la parranda, cuando el muchacho ya no podía sostenerse en pie. José jaló a otro animal para no caminar de regreso en la jornada. Se fue trotando, su silueta, como un fantasma, se desvaneció en la niebla. Este propio hizo dos horas de ida y vuelta. De regreso, las cabalgaduras se veían jabonosas por el esfuerzo hecho. Parecía que en su pecho habían atrapado un cúmulo de partículas de niebla. En bajar las dos cajas del caballo la ayuda de manos se multiplicó.

Unos minutos más tarde llegó doña Petra, y entró sola a la casa, su hijo no quiso pasar porque los muertos le asustaban. Caminó sola por el pasillo, su aroma le seguía como la estela de un cometa; su atuendo era de un verde chillante, parecía que se sumaba a la comparsa del carnaval de su pueblo. Con los presentes se ahorró el saludo y hasta su mirada. Se encaminó directo hacia los féretros, ubicó el de su hermano y luego, sin preámbulos, lo empezó a regañar:

—Varias veces te lo dije que ustedes iban a terminarían mal, pero ignoraste esa advertencia. Me decías que estaba loca y ya ves, que yo tenía razón. Ustedes vivían una vida apresurada, desordenada y aquí están las consecuencias. Nunca fuiste un buen ejemplo para mi sobrino, le enseñaste a despilfarrar hasta lo que les prestaban. Siempre te dije que hacías mal y tú me respondías con palabras taberneras. Ahora quiero que me digas tus majaderías. Quiero escuchar tus gritos como cuando te emborrachabas, pero eso ya se acabó. Como tú nunca tomaste buen vino, estoy segura que te moriste tragando cualquier “marranilla”. Esto buscaron, esto encontraron. Después de terminar el monólogo contra su hermano, al cuerpo de su sobrino ni se tomó la molestia de mirarlo, Luego se dirigió a la recámara principal, don Fortunato la siguió y se quedó parado en el vacío de la puerta, ella, parada en el centro de ese espacio, veía todo lo que la rodeaba. Abrió su bolso y sacó un pomito, mojó la yema de su dedo y lo untó en la punta de su nariz, el aroma picante invadió con más fuerza la habitación; enseguida comenzó a hurgar en los cajones del hermoso ropero, en los de la cómoda y en la mesita de noche.

—Le voy a pedir un favor, señora Riquelme —de improviso habló Fortunato, con su voz de bajo. La señora dio un fuerte grito— ¡salga inmediatamente de este lugar, usted no tiene nada que buscar aquí!

—¡No me asuste de esa manera! ¡Viejo entrometido! ¿Y quién diablos es usted para decirme lo que tengo que hacer en una casa que ya es mía? Vaya a dar órdenes a la suya. ¡Aquí no lo haga, eh! Esta casa, a partir de este momento me pertenece, óigalo bien, ¡Mía! Sepa usted que yo soy la única heredera que tienen estos muertos, ¡Ya no queda nadie más que yo y mi hijo! Hay una niña

por ahí, que dicen que es de mi sobrino, pero ya no vive en México. A lo mejor también ya se murió. Así que, yo soy la dueña. —dijo, sonriendo la señora, separando la sílabas.

—Se equivoca, señora. Aún no es tiempo de que se apropie de cosas que no sabe si le pertenecerán, hay un documento que dice todo lo contrario. Cuando usted lo conozca, ya no se reirá, estoy seguro que no le va a agradar y será otra su reacción. —Las regordetas mejillas de la señora se pusieron más rojas.

—Pues de una vez dígame de qué se trata, no puedo esperar más tiempo y tampoco quiero regresar a este inmundo pueblo a escuchar estupideces de borrachos. ¡Vamos, dígame de que se trata pero ya! —El sonido de las voces se escuchaba hasta donde estaban los cuerpos tendido, las personas que rezaban guardaron silencio, sus miradas se fijaron en dirección de la recámara. Luego aparecieron en la puerta los protagonistas de la discusión. Don Fortunato salió de la casa a zancadas, la señora se quedó parada a buena distancia de los difuntos. Todos la veían como una vela más que se apagaba. Ella se dio cuenta y los enfrentó.

—¿Qué me miran, indios andrajosos? ¿Ya se les olvidó quién soy? —dijo la señora muy molesta. Los acompañantes la vieron con sus ojos adormilados y la ignoraron, como si sus palabras no hubieran tenido sonido, y continuaron con el rezo.

Doña Tulitas estaba en la letanía cundo suspendió el rosario al ver aparecer en la puerta de la sala a don Fortunato, el señor se encaminó hacia donde estaba parada doña Petra, se puso a su lado y pidió atención a los presente en voz alta:

—Voy a leer una carta que me dio hace tiempo mi amigo Lorenzo. La carta está fechada aquí, en el pueblo. Dice así: Yo, Lorenzo Riquelme, por voluntad propia, dejo como heredero de la mitad de todo lo que tengo a mi hijo Eduardo Riquelme Rejón. La otra mitad queda a nombre de Antonio Rendón. —Cuando los presentes escucharon ese nombre sus ojos se hicieron grandes y agudizaron el oído— Si alguno de los dos llegara a fallecer antes de tener una familia, esas dos partes se integrarán en una sola, y quedaría en manos del que viva en ese momento. Aclaro: Dejo como heredero a Antonio porque también es mi hijo. No le di mi apellido por intrigas de mi hermana Petra, ella lo supo desde que el niño nació. —Esas palabras golpearon las mejillas de la señora y sus facciones se endureció como una cáscara—, Fortunato siguió hablando:

—El documento tiene la firma de Lorenzo, mírenla, usted la conoce. Como testigos firmaron sus amigos: Remigio Rosas y Miguel Cantoran. Remigio, como todos saben, falleció, pero Miguel, aquí presente, puede atestiguar esa voluntad. Bien, mi amable señora, usted está enterada de la decisión de su hermano, si tiene algo que objetar, hágalo con la autoridad correspondiente, con nosotros no tiene nada que discutir. Amigos, muchas gracias por atender a esta lectura.

—Después de escuchar las palabras escritas por Lorenzo, los presentes giraron la cabeza para ver a Emma, ella permaneció mirando el piso. Para huir de las miradas indiscretas, se dirigió hacia la cocina, luego salió de ahí. Antonio, mientras escuchaba lo que decía don Fortunato, no movió ningún músculo de su cara, su semblante parecía la sábana mortuoria de su padre; incrédulo

permaneció silencioso en su lugar, su pensamiento no estaba en su cabeza. Ahora entendía el porqué de las atenciones de don Lorenzo. Sintió que las cosas giraba alrededor suyo y que él era su eje, se recargó en la pared y parpadeó varias veces, no quería desvanecerse.

La señora, luego de pararse frente a la concurrencia, sacó su ira con gritos, como si los acompañantes tuvieran la culpa de lo que, momentos antes, había escuchado. Los presentes estaban cabizbajos, silenciosos, subrepticamente la veían de reojo y algunos esbozaban sonrisas burlonas.

—Para empezar, lo que dejó escrito el borracho de mi hermano no es cierto, yo nunca supe de la existencia de algún hijo fuera de su matrimonio, y si así fuera, no creo que este harapiento sea mi sobrino, además, no se parece nada a mi familia —dijo muy enojada señalando a Toño con su dedo— También dudo que Lorenzo se haya enredado con ¡india como ella! Estoy cierta y segura que ni “esa señora” sepa quién se lo hizo. Y ese papel, es probable que lo haya firmado cuando estaba ahogado de borracho. Pero este robo, porque eso es, un robo, no lo voy a permitir. Todo esto, aunque ya está en “ruinas”, será mío, se los juro. ¡Mío! Ahora, me largo, ahí los dejo con estos muertos de hambre. Y a estos muertos que el heredero los entierre.

—¡Tenga la seguridad de que así lo hará con la ayuda de nosotros! Vaya usted sin pendiente, señora —contestó uno de los señores mayores.

En su camino a la calle, la señora pasó cerca de Antonio, él se le emparejó, pero Fortunato lo agarró de la manga de la camisa. Ella los miró con desprecio y escupió al piso y siguió su camino.

—Déjeme desquitar mi coraje, don Fortunato. Voy a partirle la madre a esa pinche piñata o al mandilón de su hijo. Me purga no más de verlos.

—Tranquilo muchacho, tranquilo, no seas arrebatado, hombre. Ya se largó la cabrona. Esa pretenciosa mujer siempre fue una piedra en el zapato de tu mamá, y en la de Eduardo, pero la vida nos las cobra a todos, ten calma. Estoy seguro que nunca la volveremos a ver.

La señora salió de la casa arrastrando su orgullo, jamás se imaginó que su hermano, aún muerto, la humillara a través de esos indios, como ella los llamaba. . Un momento después se escuchó el tropel de los caballos que se alejaban, dejando atrás la estela de su nada agradable perfume.

En ese momento, bañado en sudor, José apareció en la puerta, les avisó que los sepulcros ya estaban listos para recibir a los amigos.

—Pues, antes de que se haga más tarde, vamos a ver cómo nos vamos a llevar a esta gente —dijo Fortunato.

Se iniciaron los preparativos para trasladarlos. Como no contaban con nada práctico para hacerlo, amarraron tres palos y les atravesaron otros tantos, sobre esa armazón, a guisa de camilla, colocaron los dos féretros amarrados con reatas; una briosa mula arrastraba la improvisada camilla. Tulitas y su hija, rezando, la seguía a corta distancia. Con la poca comitiva que acompañó

durante la noche, formaron una procesión. En una pequeña pendiente, algo, que nadie supo a bien qué fue, asustó al animal y se desbocó en una loca carrera. Los palos, con los féretros amarrados, rebotaban en las piedras, luego, tanto los palos de la camilla como los féretros se desataron y cayeron y rodaron. Un ataúd se partió y el pesado cuerpo de don Lorenzo quedó a la intemperie. Al otro se le rompió un extremo, por ahí se salió la cabeza de Eduardo y se golpeó en una piedra. Los señores, muy apresurados, recogieron los residuos de madera, colocaron los cuerpos en lo que quedaba de los cajones y los amarraron con cuerdas. Ahora, los pesados cuerpos se los llevaron en hombros. Algunos de los acompañantes se santiguaron, las mujeres creían que eso era un castigo divino por el mal comportamiento de los difuntos. Apresurados, llegaron al panteón. La ceremonia de sepultura fue muy breve, ya que no había doliente alguno que lloraran a los cuerpos, ni un sacerdote que los despidiera con una plegaria. Después de ser sepultados, los acompañantes comenzaron a retirarse. Antonio, que en un día perdió a su su padre y a su hermano, se quedó solo, encendió dos velas, las colocó sobre los montículos de tierra y se sentó en una piedra.

Para evitar suspicacias o para no ser cuestionada en el panteón por alguna señora indiscreta, Emma no quiso ser parte de la procesión; como no le temía a los espíritus se quedó en la casa. Además, quería sacarse de la cabeza, un problema que desde hacía tiempo la tenía crucificada. El problema que le atormentaba tenía que aniquilarlo y sepultarlo ahí, en donde de forma salvaje habían acabado con lo único que de valor tenía: su dignidad. No le daban miedo los muertos. Al mismo tiempo que el padre de su hijo fuera sepultado, ella sepultaría en las rendijas de esas paredes aquel mal recuerdo. Creía que ese era el momento preciso para borrar de su memoria los repugnantes manoseos que tanto le habían hecho daño. La animadversión que sentía por Lorenzo no tenía límites, siempre lo maldijo. Ahora, aunque ya estaba muerto no tenía la intención de perdonarlo. Entonces recordó verse en esa misma casa, haciendo aseo en la recámara del matrimonio. Lorenzo entró como lo había hecho en otras ocasiones pero ahora cerró la puerta tras de sí y la aseguró con la aldaba. Luego se le acercó, la abrazó y le tapó la boca, pero un fuerte dolor en sus dedos lo obligaron a retirar su mano. Forcejearon, ella gritaba, se defendía, pero todo fue inútil; finalmente recibió un fuerte puñetazo en la mandíbula que la hizo caer al piso. No recibió ayuda de nadie, estaba sola en la casa, como siempre lo había estado en su vida desde los trece años, cuando fue abandonada por su mamá en casa de una vecina. Al volver en sí, se sintió desnuda bajo un enorme peso. Lorenzo la oprimía contra el colchón, sus acometidas le dolían en el alma. El peso y el aroma ácido la asfixiaban. Sentía que la cama giraba como un rehilete y que en cualquier momento iba a ser expulsada de su centro. Cerró sus ojos e intentó controlar los dos fuertes dolores que le aquejaban. Sentía que su mapa corporal era manoseado de polo a polo a polo. Todo era inútil, el malestar le era insoportable. Mientras él jadeaba y respiraba agitadamente sobre su cuerpo, mordisqueándole los óvulos, ella intentaba anular el sentimiento de asco y de repugnancia que le ocasionaba esa masa grasosa que la asfixiaba, pero todo sucedía tan rápido que su cuerpo se estremecía y su mente no podía concentrarse en ello. Quería vomitar. Su piel estaba sudorosa y se corría en ella como una bestia, esto le repugnaba aún más, así como su desgracia. Un momento después, él dejó de manosear su cuerpo. Se quedó quieto, pero su respiración seguía siendo agitada, después, ya calmado, bajó de ella, se vistió y se calzó. Antes de

salir le ordenó que quitara las sábanas y que las lavara. Ella se quedó así como había sido usada, mirando el techo color de rosa, sus ojos y su cuerpo estaban inundados; aún sentía la asquerosa respiración en sus oídos y los regordetes dedos invadiendo su intimidad. Sentía que esos asquerosos efluvios aún flotaban por todo el aire de la recámara, ella se dio asco y se arqueó, no expulsó nada. Adolorida y llorosa, como pudo se sentó en el borde de la cama. Se quedó un rato cabizbaja, lloró. Después de limpiarse los ojos y la entrepierna con la sábana manchada, la arrojó con asco al piso, enseguida se vistió, luego salió al patio trasero e hizo una fogata. Regresó a cambiar las sábanas blancas por otras de color amarillo, se veía impecable, sin ninguna huella delatora. Estaba segura que su patrona no se enteraría que su privacidad había sido salvajemente violada. Cuando terminó de arreglar todo, se bañó con jabón de pasta, se talló así como tallaba los pisos de la casa, pero el aroma de su patrón persistía en su piel. Ahora, en ese momento, tenía la sensación de que su cuerpo sentía el calor de aquellas exploradoras manos, y en sus fosas nasales anidaba el repugnante aliento del padre de su hijo. En una de esas habitaciones, no quería recordar cual era, su dignidad de adolescente había sido mancillada de manera salvaje. Emma, parada a mitad de la cocina se limpió los ojos y la nariz con una servilleta de las tortillas y la arrojó al cesto de la basura. Luego agarró una botella y se sirvió en el jarro un generoso trago de mezcal, lo tomó de un sorbo y se quedó inmóvil, viendo el fondo vacío del jarro comparándolo con el vacío de la casa. La finca, en la que en otros tiempos el ruido de los enseres de la cocina y el vocerío de los trabajadores eran incesantes, ahora tenía el silencio de la muerte. Todo eso estaba muerto, hasta ella se sentía muerta; lo único que aún no había fenecido era ese recuerdo que le torturaba sus emociones. Este, como el cuerpo invasor, también tenía que ser sepultado ahora. Pero eso, así consideraba, le iba a ser imposible, porque tenía a su hijo, y él, siempre le recordaría lo que ella quería olvidar. Se sirvió otro mezcal y se lo tomó de un sorbo, luego levantó la mano, el jarro maromeó en el aire y al caer, los pedazos se dispersaron por el piso. Cuando vio los tepalcates, pensó que así tenía que quedar esa mala jugarreta de su destino. Romper todos los jarros le sería fácil, pero romper con su pasado era imposible. En ocasiones, el tiempo es uno de los mejores aliados, pero este no era el caso. Lo que más deseaba olvidar era lo sucedido en la recámara, pensaba en eso cuando se exprimió la nariz con los dedos y untó los mocos sobre la pared, luego tiró al piso un escupitajo. Esto siempre había querido hacerlo nomás por joder. Ahora no había qué se lo impidiera ni una forma que guardar..

—Para qué llorar, si del pasado sólo quedamos mi hijo y yo, todo lo demás que me encadenaba a ésta pinche casa, ya se lo cargó la chingada. —En voz alta, parecía un grito, se lo dijo a ese recuerdo que hasta entonces no dejaba de atormentarla. Entonces se dio cuenta que los mezcales que se había tomado comenzaban a extinguir aquel rescoldo y le sonrió al futuro con tristeza. Tomó a pico de botella un largo sorbo de mezcal, la colocó en su sitio nuevamente y se alejó de esa tentación. Se dijo que si tenía que llorar tenía que estar sobria, no enmezcalada.

Después se supo en el pueblo que Petra Riquelme consultó al notario para impugnar la carta firmada por su hermano, pero el abogado le pidió varios documentos que la señora no pudo conseguir. Mientras tanto, Antonio, en contra de la voluntad de su mamá, tomó posesión de la vieja finca. Cuando pasó el tiempo, habitantes del pueblo se olvidaron de Petra.

Mientras tanto, en la casa de Elena, así como en los demás hogares, la tormenta había causado gran mortandad en los corrales. Muchos pequeños animales amanecieron sin vida. Todo por su obstinación de no dormir en donde les correspondía. Alfredo, Justo y dos trabajadores levantaron el campo muerto. Transportaban los pequeños cuerpos en una improvisada camilla de madera y los aventaban en una pira bañada de petróleo. El aroma de la carne quemada era insoportable. El campo era invadido por el humo y esa pestilencia de carne y plumas quemadas. Hasta los animales se alborotaron por el hedor, los que podían volar se fueron, los que se quedaron se movían muy inquietos.

El bullicio de los animales siempre había sido la música matutina que daba vida a los corrales, y los ponía en activo, pero ahora, las aves que no murieron estaban en silencio, ni siquiera se acicalaban como la hacían en tiempos normales. Se les veía como si hubieran estado de duelo por los suyos. Cuando el campo quedó despejado y las necesidades de los animales sobrevivientes fueron satisfechas, los pájaros regresaron, como si también ellos reclamaran a los dueños de la casa su pequeña ración. ¿Sus gritos eran porque ya extrañaban a sus congéneres o porque tenían hambre? Ahí, todos los que se arrimaban a los comederos saciaban su apetito y su sed. Ellos no conocían las redes ni las jaulas, entraban y salían de los comederos a la hora que su buche requería de alimento. La libertad y la casa, por costumbre, ya las habían hecho suyas.

Las malas noticias son como las tormentas del verano que azotan al pueblo, llegan en cualquier momento, sin ser invitadas. Así apareció Nicanor en ese lugar. Su presencia ahí ocasionaría más daño en la familia que el que les ocasionaban las tormentas a la casa y sus animales. Desde el momento en que el joven hombre saludó a Nicolasa, la monotonía matutina de la familia quedó en jaque. En el instante en que las palabras de Nicanor salieron de su boca, las piezas del juego quedarían al acecho de los nuevos acontecimientos, las piezas del tablero serían movidas al arbitrio del destino.

Nicolasa lo hizo pasar a la cocina y le ofreció un café: él se sentó y, como si hubiera sido testigo, comenzó a narrarle los últimos hechos acaecidos en el pueblo. Ella, que lo veía con sus ojos negros sin parpadear, ni se inmutó con el relato. Luego que Nicanor terminó su narración, Nicolasa le dijo que la esperara un momento y se fue para la recámara de Elena. Nicanor se estaba sirviendo más café cuando entraron a la cocina Alfredo y Justo.

—Quihubo, Nicanor, ¿también a ti te trajeron los fuertes vientos de anoche? —preguntó Justo.

—Pues ya ves, me pasó a dejar aquí la tormenta —respondió el joven.

—¿Y se puede saber qué asuntos te traen por aquí a esta hora? ¿Buscas a mi mamá o a nosotros? —tercio Alfredo.

—No, pues a ustedes. Les vengo a decir que mataron a Eduardo Riquelme, y de la impresión también se murió su papá.

—¿Quéééé?¿Los dos? Eso es increíble ¿no puede ser? —cuando Alfredo dijo esto, volteó a ver a su hermano, como interrogándolo. Justo, discretamente, movió la cabeza negando la pregunta. También él estaba sorprendido.

—Y claro, ya se lo contaste a Nicolasa ¿verdad? preguntó Alfredo.

—Sí, ya se lo dije —respondió afirmativamente.

—¿Pues no qué venías a vernos a nosotros? No te pudiste aguantar un momentito, ¿verdad cabrón? Estoy seguro que Nicolasa ya se lo fue a contar a mi madre, ella está enferma. ¡Cómo eres pendejo, carajo!—. Justo se molestó con Nicanor. Se le quedó viendo como si con su mirada lo hubiera querido fulminar, y movió la cabeza..

—Disculpenme, pues, no sabía que la señora estuviera enferma. Es que Nicolasa me comenzó a preguntar y pues yo... no me aguanté.

—Ya, chingá, ya. Está bien, ya abriste tu pinche bocota, ¡Ya qué! Vente Alfredo, vamos a ver a mamá —los muchacho salieron y siguiendo los pasos de la confidente, Nicolasa, se dirigieron a la recámara de su madre. Nicanor se quedó cabizbajo, apenado, y el café se enfriaba sobre la mesa, pero luego dijo:

—Esperen, hay algo más que no le dije a Nico.

—¿Y qué chingados no le dijiste? ¿Otro chisme? —preguntó Justo ya impaciente.

—Te diré: en el pueblo se rumora que fueron dos mujeres las que hicieron los disparos, yo no lo creo —comentó despacio Nicanor.

—¿Y cómo pueden inventar eso, quién chingados las vio? ¿Tú crees ese rumor? ¿Tú crees eso, hermano? Para hacer esas cosas, se requiere más que una arma, Nicanor, y las mujeres de por aquí no creo que lo tengan. No es por menospreciarlas, pero ninguna mujer se atrevería a dispararle a un ser vivo.

Lo que acababa de oír hizo pensar a Justo en los tres perros que amanecieron amarrados, dos caballos, el de su mamá y otro que no estaban en el lugar que él los había dejado la noche anterior. Luego le dijo a su hermano:

—Espérame aquí. Voy a ver si les puse agua a los animales —Justo se encaminó a la caballeriza. Soltó los perros y sacó las monturas para que se asolearan. Aún no estaba seguro de su sospecha. Luego regresó a la cocina por su hermano y preguntó a Nicanor.

—¡Oye, Nicanor! Tú que estás enterado de muchas cosas ¿Sabes a qué hora los van a sepultar? —pregunto Justo.

—Cuando me vine, ya habían salido con los cuerpos. Decidieron sepultarlos antes de que el sol caliente, por aquello de la descomposición, ustedes saben cómo es eso. —respondió Nicanor.

—Gracias. Espéranos aquí, cabrón, no te vayas. Regresamos en un momento para que almorcemos. Nosotros vamos a ver a mi mamá. Mientras sírvete otro café.

Cuando Nicolasa escuchó los golpes en la puerta, abrió muy presurosa y regreso al lado de la señora a continuar lo que estaba haciendo. Los muchachos entraron y se les quedaron viendo. Esperaban algún comentario de Elena. Pero las dos permanecieron calladas. Nicolasa peinaba, con la mano izquierda, a su patrona. Elena tenía la vista fija en su Santo Niño. Movía sus labios como si estuviera rezando.

—Buenos días, mamá. ¿Interrumpimos? ¿Qué les pasa? ¿Por qué tan calladas? ¿Les preocupa algo? preguntó y habló Alfredo.

—Nicanor le contó a Nicolasa que mataron a los Riquelme, suponemos que ya se lo dijo a usted. Eso de las muertes de esos señores ¿verdad?

—Buenos días, hijos —respondió Elena—. Nico, por favor, vete a la cocina y prepárame un té. Y si Juana llega antes que yo, evita que ese muchacho hable con ella. En un momento vamos para allá.

—Sí, señora. —dijo Nicolasa y se fue. Luego que salió y cerró la puerta, Justo preguntó otra vez a su mamá:

—¿Quién amarró los perros anoche, mamá?

—Yo. Es que han agarrado la costumbre de irse y descuidan la casa. ¿Por qué es la pregunta? ¿Hice algo indebido?

—Es que nunca los había visto amarrados. Ah, también las monturas estaban mojadas. ¿Quién las usó? Ya las puse al sol.

—¿Y yo que tengo que ver con eso? Me estás haciendo muchas preguntas que no tienen sentido. Si las monturas se mojaron, alguien las abandonó por ahí y las alcanzó el aguaviento, estuvo tan fuerte que...las mojó. ¿O no? Bien, ahora me voy a vestir.

—¿Le pasa algo, mamá? —preguntó Justo, con insistencia.

—No, no me pasa nada. ¿No entiendo por qué me hacen esa pregunta, ¿pasa algo? ¡Váyanse ya, déjenme vestir —contestó Elena, ya irritada y se puso de pie. Justo no dijo más y los dos salieron de la recámara. Ya en el corredor, los hermanos hablaron.

—¿Me quieres explicar que carajos te traes con eso de que los perros estaban amarrados y las monturas mojadas? ¿Por qué se lo dijiste a mamá si ella no sabe de esos enseres? —cuestionó Alfredo muy molesto.

—Tú, hermanito, no eres nada perceptivo ni observador, no ves lo que sucede más allá del gallinero. Mira: Nicolasa no trae vendaje en su brazo derecho pero no usa esa mano, además, su

comportamiento es muy extraño; y mamá está irritada hasta con ella misma. Ahora bien, explícame ¿por qué chingados crees que ella tiene los ojos hinchados, se nota que lloró mucho. ¿O no? ¿No me digas que derramó sus lágrimas por esos pendejos muertos? Ni que los hubiera querido tanto. No pudo haber llorado por ellos porque ese chisme lo acaba de conocer, cabrón. ¿Ahora te das cuenta? ¿Verdad que sí? Algo no camina como debe de ser. La situación cojea muy feo, —Alfredo se quedó pensativo, luego habló.

—Con todo esto ¿Qué me dices? ¿Qué crees que esté pasando y que nosotros ignoramos?

Justo no contestó, siguió caminando en silencio, en su cara se notaba que, entretejía más hilos de esa historia.

Nicanor ya había almorzado, se estaba despidiendo de Nicolasa cuando los hermanos entraron al comedor. Ella no le dio la mano cuando lo despidió, lo palmeó con la izquierda. Alfredo le agradeció la noticia y observó la conducta de su nana; el brazo derecho lo tenía untado a su cuerpo, evitaba moverlo.

Cuando Elena se les unió en el comedor, le dijo a Nicolasa que fuera por Juana a su recámara, que le dijera que la estaban esperando para almorzar. Mientras tanto, ella atendió a sus hijos, luego se sentó en su silla con una taza de té en la mano. Sus hijos no le despegaban la vista, ella se dio cuenta e iba a hablar, pero en ese momento entraron Juana y Nicolasa. Cada una de ellas se sirvió de lo mismo que tomaba Elena. El almuerzo no fue como el de todos los días: sobre la mesa había una atmósfera de tristeza, de arrepentimiento y de cuestionamientos silenciosos. Cuando terminó el almuerzo y los muchachos se disponían a irse, Elena les dijo que se esperaran un momento. Ella fijó su mirada en la cara de su hija y le dijo:

—Juana, hija, hay algo que tienes que saber. Corre el rumor de que anoche, dos mujeres mataron de dos balazos a Eduardo, y su padre murió de la impresión. Juana se quedó quieta, parecía no importarle lo que había escuchado, no parpadeó, pero sus ojos le brillaron más. Se levantó de la silla y se fue del comedor, caminaba despacio. Nicolasa, muy atenta de lo que acontecía, dejó sus actividades y la siguió. Alfredo, incrédulo de lo que acababa de escuchar, se le quedó viendo a su hermano, Justo. Ahora entendía sus palabras. Sintió que la silla se despedazaba debajo de su cuerpo, y se paró, pero todo giró a su alrededor que se vio obligado a acomodarse nuevamente en la silla. Estaba pálido. No daba crédito a lo que acababa de escuchar, se negaba a creer que eso fuera verdad. Su estado anímico no pasó desapercibido para Elena.

—¿Te sientes mal, hijo? —le preguntó alarmada.

—No le pasa nada, mamá —intervino Justo— me dijo que no durmió bien porque el ruido en la caballeriza lo hizo levantarse dos veces. De seguro los caballos estaban inquietos por la tormenta —cuando Justo dijo eso, Elena se paró y se encaminó a la puerta.

—Voy a ver a esas mujeres, me preocupa la reacción de Juana.

Los hermanos la siguieron. En el pasillo vieron a Nicolasa que corría a su encuentro, les dijo con vos agitada que Juana se había ido a la casa de Eduardo. Alfredo y Justo se fueron a la caballeriza, montaron sus caballos y la persiguieron a todo galope. Elena los vio perderse en bajo los árboles. Nicolasa se le acercó, y le agarró el codo a Elena, le dijo que no se preocupara tanto, que eso a ella podría traerle otras consecuencias aún más graves. Ahí se quedaron paradas las dos mujeres viendo hacia el camino.

—Este problema lo tengo que arreglar ya, Nicolasa. Mis hijos sospechan o ya tienen la certeza de lo que sucedió anoche. Cometimos muchos errores, muchos: dejamos los peros amarrados, las sillas de los caballos están mojadas y para acabarla de joder, le dije a Juana que dos mujeres habían sido las causantes de ese asesinato. ¡Dios, cuántas pendejadas he hecho! Eso de las dos mujeres no te lo dijo Nicanor ¿verdad?

—No, señora, pero estoy segura que se los dijo a los muchachos.

—Entonces ¿cómo carajos pude delatarme de esa manera? Se supone que nosotras no sabíamos nada, nada. Con razón Alfredo me miró muy sorprendido, no pudo o no quiso disimular su asombro. Ve tú a saber que les dijo ese pendejo muchacho, él vino a jodernos. Como si el diablo lo hubiera mandado a remover nuestra conciencia. Juana no sabe nada de esto, por el amor de Dios, no se te vaya a ocurrir comentárselo, Nicolasa. Este problema es entre mis hijos y yo. Estoy muy angustiada y triste, no sé qué pasó por mí cabeza, no sé qué voy a hacer. Estoy arrepentida, muy arrepentida.

—Esas preocupaciones le van a hacer más daño señora, tranquila. Lo que ya está hecho, imposible deshacerlo. Yo siento que mi alma se marchitó desde que agarré el arma, la siento como si ya se hubiera secado. ¡Mire señora! ya regresan con ella, Justo la trae en la montura, ¡pobrecita de mi niña!

—¡Cállate ya, tú eres la menos indicada para compadecerla! Por culpa de ella, hasta tú estás metida en problemas que no son tuyos, ¿no te das cuenta, mujer? Pero esto ya se acabó —dijo Elena muy decidida—. Cuando los dos jóvenes se le acercaron abrazando a su hermana, Elena les ordenó con mucha energía.

—¡Llévenla para su cuarto! Ahora conocerá el verdadero carácter de su madre. —Juana lloraba y con sus pies se detenía en el piso, se agarraba de donde podía, pero finalmente la metieron a su habitación, La señora siguió a sus hijos. Nicolasa lloraba y trataba de hacer entrar en razón a su patrona.

—¡Señora, no la vaya a golpear, la va a lastimar, acuerde el estado en que se encuentra. Y usted se va a poner peor. Muchachos, controlen a su mamá que se nos va a poner muy mal.

—Este es asunto es mío, Nicolasa, y ya deja de estar jodiendo. —Elena entró al cuarto, los muchachos se salieron cerrando la puerta detrás de ellos, luego se ausentaron de la casa. Nicolasa, detrás de la puerta del cuarto, escuchó los gritos apagados. Unos minutos después salió Elena y cerró la puerta con llave. Nicolasa se las ingenió para salir a su encuentro y le dijo.

—Señora, disculpe, ya sé que es asunto suyo, pero ¿no considera que es muy estricta con su hija? Ella todavía es una criatura.

—¿Criatura? ¡No me digas pendejadas, Nicolasa! Ella ya es una mujer, y tú lo sabes. ¡Y por favor, ya deja de llorar, pareces una vela! Ten la llave, aquí, a su cuarto, le vas a traer sus alimentos. Saldrá hasta mañana. Y óyeme bien, Nicolasa, óyeme bien, te lo pido por tu madre, no me vayas a hacer una de tus malas jugadas porque contigo me desquito, cabrona.

—Ni lo piense señora ¿me creé capaz de hacer una burrada de ese tamaño? Pero... no, nada. Oiga. ¿No vamos a ir al sepelio? La gente ya debe estar saliendo de la casa con los cuerpos.

—Al sepelio no, vamos a ir a la casa. Arréglate y trae dos velas. Nos vamos en un momento, no tardes. —Elena se fue para su habitación, Nicolasa hizo lo mismo, se puso su vestido negro muy aprisa. Al terminar, fue y quitó la llave a la puerta del cuarto de Juana. Luego, temblando, le dijo muy quedito:

—Juanita, mi niña, la puerta está abierta, en un rato la casa se va a quedar sola. Dile a Romualdo que te acompañe, y yo me arreglo con él cuando regrese. —Los gritos de Elena la pusieron más nerviosa—. Que Dios te ayude, mi niña

—Gracias, Nico, adiós mí nana. —fue lo único que alcanzó a decir Juana.

—¿Ya estás lista, Nicolasa? —le gritó doña Elena.

—Si señora, ya vooooy —el tono de voz fue muy alto pero nervioso.

—¿Nos vamos a ir en los caballos, verdad, señora? —pregunto Nicolasa muy nerviosa.

—¿En qué diablos estás pensando mujer? De seguro en nada bueno ¿verdad? Claro que nos vamos en los animales ¿O tenemos otra forma de ir? Si tú quieres caminar, ¡hazlo!

—No me pasa nada, señora, nada, no me pasa nada.

—Tú siempre metida en tu mundo, a veces, parece que lo que te rodea no existe. Vámonos rápido, apresúrate.

Juana entreabrió la puerta para escuchar que los ruidos de las herraduras se alejaban. Esperó el tiempo prudente, luego salió con dos bolsas en la mano rumbo a la caballeriza, Después de cerrar la puerta de madera salió galopando seguida de Romualdo.

Cuando las dos mujeres llegaron a la puerta astillada, Elena se detuvo cerca del gran marco de madera, titubeó un momento, se quería regresar. Ahí sobre una mancha oscura, en el piso, había una veladora encendida, a ella le pareció ver un cuerpo tendido, se tambaleó, Nicolasa le ayudó a mantener el equilibrio, al contacto con la madera ella, dejó escapar un apagado grito. Respiró profundo y se calmó, luego, de prisa cruzó el umbral y se fue por el pasillo. Emma las estaba esperando en la puerta de la sala. Ambas extendieron sus manos y se las estrecharon. Mientras su

patrona hacia esto y comentaba sobre el incidente, Nicolasa, con dificultad, prendió las velas y las colocó junto a las que ya estaban sobre una madera que servía de base, al pie de una cruz de flores. Después, Elena y Nicolasa se arrodillaron ante esa cruz y rezaron unas breves oraciones. En seguida, como si huyeran de algo o de alguien, se despidieron de Emma dándose un abrazo. Esquivando la mancha de sangre, que aún estaba en el piso de la entrada, salieron a prisa de la casa antes de que la rezandera Tulitas y sus acompañantes retornaran.

Ya en la casa, Elena no se dio cuenta que el caballo de su hija no estaba en su lugar. Nicolasa, temerosa de que su patrona lo notara, aunque no podía impedirlo, le dijo que ella iba a quitar las monturas a los animales que acababan de desmontar, Elena no la dejó, le dijo que hacer eso, en su estado, le era imposible, y ella hizo esa tarea. Luego las dos se encaminaron a la casa y se dedicaron a sus actividades. Los hermanos llegaron a la hora de la comida. Los dos se sentaron a la mesa, la señora veía el lugar de su hija y sentía remordimiento. Cuando terminó de comer, puso los platos con comida en una bandeja y le pidió la llave a Nicolasa. Esta, controlando su nerviosismo, se las entregó y se quedó de una pieza, sabía que la tormenta estaba a punto de iniciarse, miraba cómo Elena se encaminaba a la recámara de su hija. Inmediatamente escuchó dos gritos como fuertes truenos. Nicolasa ya tenía la tormenta encima.

—¡Nicolasa! ¡Nicolasa! ¡Ven inmediatamente! —La nana parecía que estaba esperando que la llamaran para salir corriendo del comedor,. —Alfredo y Justo la siguieron con la mirada, ambos sonrieron. Con calma se pusieron de pie. Ellos sospecharon lo que la nana había hecho y se miraron en complicidad aún con la sonrisa en los labios.

—¡Cabronsísima! gritó Elena con toda la ira que pudo sacar de su garganta. ¿por qué me hiciste esto? ¿Por queeeeé?, habla, no te me quedes mirando, carajo. ¿No te das cuenta que te estás metiendo en cosas que no te importan? ¿Me quieres decir para donde la mandaste? ¡Dímelo ya! —Nicolasa estrechaba sus manos, llorosa y titubeante, con la cabeza inclinada, no podía ni hablar; finalmente lo logró.

—Usted sabe que mi niña no tiene otro lugar a donde ir. Le dije que se fuera a la casa de su tía, la señora Catalina, la hermana de usted.

—¿Catalina? Me carga la rechingada. Toda mi familia se va a enterar en qué estado va esa pendeja. No debiste haber hecho eso, mujer, nunca lo debiste haber hecho. No cabe duda, entre más vieja te haces más pendeja. Pensaste en ella pero no en nosotros. ¿Por qué, ¿Por qué? ¿Y a quién diablos le dijiste que la acompañara? ¿O la mandaste sola?

—La acompaña Romualdo, el que nos trae la leña, señora —le respondió Nicolasa.

—¿Quiere que vayamos tras ella, mamá? intervino Justo.

—No hijo, tu hermana ya debe de estar en casa de la chingada. Pero en cinco días las tendremos con nosotros. Conozco muy bien a mi hermana. Tu tía va a venir a hacernos un buen sainete, para hacer eso nadie le gana, si la conozco yo. Ya lo verán. ¡Preparémonos para capotearla!

—Perdóneme señora, pero sentí re'feo cuando vi encerrada a mi niña, si no es una delincuente para que estuviera ahí. Y más ahora que se enteró de esas muertes.

—¿Re feo? ¿Y lo que hizo ella, te parece muy bonito, cabrona? Mejor ya cállate y deja de llorar, mereces que te corra por entrometida. Tu actitud, en vez de ayudar, nos dificulta más las cosas. ¿No te das cuenta de eso? Ten, llévate esto para la cocina, ¡Aléjate de mí, pero ya! —Elena le dio la charola con la comida, pero Nicolasa no pudo levantar una mano y los platos se hicieron añicos en el piso.

—Y ahora ¿qué es lo que te ocurre, nana?

—Es que anoche me golpeé el hombro con la cuu...beta —cuando Nicolasa cortó la palabra se puso nerviosa, vio alternativamente a los muchachos e hizo un gesto de dolor. Ellos también se vieron entre sí.

—¿Cubeta? ¿Cómo fue eso? No digas tonterías, Nicolasa —intervino Elena—. Parece que pisas otras tierras, caminas como sonámbula, ¿Qué te sucede, no dormiste bien? Te voy a llevar al doctor. Vente, vamos, te voy a revisar eso. —Las cómplices mujeres se fueron hacia la cocina. Parecía que el coraje de la patrona ya había quedado en la recámara de su hija. Los hermanos las vieron que se alejaban como dos cómplices.

—A ver, muéstrame tu hombro. —Nico se descubrió su hombro— ¡Jesús, mujer! ¡Mira cómo estás! Tienes un gran hematoma. No entiendo cómo te sucedió eso. Voy a poner agua a hervir con algunas hierbas y te pondré unos fomentos, aguarda un momento. —Elena preparó todo eso y la curó, luego colocó el brazo en un cabestrillo y la mandó a descansar.

Cuando Nicolasa se retiraba, Elena se le quedó mirando y se dijo en palabras musitadas: Le debo tanto a esta mujer que nunca le podré pagar lo que hace por mis hijos y por mí. A veces creo que a ellos los quiere y los consiente más que yo. Aunque hay veces que esa condescendencia exagerada me molesta, o será que me pongo celosa, pero ese gesto se lo agradezco infinitamente porque yo no puedo hacerlo. Toda una vida junto a ellos, como diablos no los va a querer, si ella me ayudó a criarlos. El cariño de mis hijos nos une, y existen muchas cosas entre ella y yo que nos hacen muy parecidas. A ella ya no le queda nadie de su familia. Yo, estoy igual, tengo a mi hermana, pero como si no existiera; Catalina vive en un mundo tan frívolo que me asusta. Nosotros rancheros, hacemos vida de campo. Sin embargo ella... Ambas tenemos una manera muy diferente de vivir, quizá por eso se ha dado ese distanciamiento entre nosotras. Y para los demás parientes como si no existiéramos, Desde que murió mi padre ya no hay ninguna palabra o mensaje que nos una. Creo que nosotros vamos a terminar solos aquí, en este mundo olvidado. Sin Nicolasa, mi familia estuviera incompleta. Ella es mi verdadera hermana, mi amiga, mi cómplice. Nosotros para ella somos lo mismo. El grito de alguno de sus hijos la sacó de su ensimismamiento, recogió sus cosas de curación y salió de la cocina, cerrando la puerta tras ella.

Cinco días después, cuando la luz del sol, como un reloj, les comunicaba a las aves que se aproximaba la hora de dormir, tal como Elena lo había pronosticado, Catalina y Juana se apeaban

de las monturas. Los muchachos recibieron a su tía como lo que era. La rica, la orgullosa y soberbia tía Catalina. Ella se dejaba querer, sabía que los tenía en sus manos. Le gustaba que la consintieran, que la adularan, y precisamente eso era lo que hacían los jóvenes. Los elogios eran mutuos, aunque los de la tía nunca fueron tomados tan en serio. Elena de lejos veía al grupo y sonreía. La actitud de sus hijos para con su hermana no le molestaba porque los conocía muy bien. Le agradaba que fueran atentos con ella aunque Catalina no fuera sincera.

De las dos, su hermana era la que más bienes tenía, en ese sentido la vida recompensó a la pobrecita, ya que carecía de otros atributos. Esta era la menos agraciada, tenía una nariz aguileña que era causa de críticas o burlas; se decía que no era hija del padre de Elena, sus ojos eran tan chiquitos que parecía que se le perdían entre las mejillas. Pero aun así, también se casó con un rico ranchero; salió vestida de blanco, ella sí salió del brazo de su papá, y él, orgulloso, fue el que la entregó al novio en la parroquia. Por esas dos cosas, era el ejemplo y el orgullo de la familia. Tuvo un hijo, y a los dos años enviudó. Se volvió a casar, tuvo otro hijo y volvió a enviudar. Los dos maridos la heredaron con una considerable fortuna. Ya no hubo tercer matrimonio, no lo hizo porque desconfió de los muchos pretendientes interesados; temía que alguno de ellos la llevara a la ruina. Ella estaba consciente que no la buscaban por su belleza y por eso los rehuía. Cuando sus hijos crecieron, los mandó a estudiar al extranjero. Uno vivió en Madrid, el otro en Londres. No tiene comunicación con ninguno de los dos. Sus compañeros son Jovita, que le cocina y la auxilia en la limpieza de la casa que tres perros se encargan de ensuciar

Cuando tiene tiempo y quiere, reza dos rosarios al día por el eterno descanso de las almas de sus dos difuntos maridos. Cuando no le da la gana, que es la mayoría de las veces, paga para que lo hagan. Ella, arrodillada junto a la rezandera, escucha. En el aniversario de la muerte de uno de sus esposos, como eso debe ser justo, manda hacer una misa para los dos. Dice que Dios atestigua que las plegarias por los difuntos son equitativas, y las almas no puedes entablar una disputa en presencia del Señor. En lo demás es muy generosa, pero tiene un pequeño defectito, a todo mundo cuenta lo que regala y a quién se lo da. La discreción no va con ella. Dice que las buenas acciones deben ser divulgadas.

Elena ríe porque sus hijos la conocen muy bien, tanto que le dan por su lado para tenerla contenta, ya que ellos, y no sus hijos, heredarán parte de los bienes de su hermana. Pero aún con todos esos defectos, siempre era bienvenida a la casa.

Después del recibimiento entró a la sala y le dijo a Elena que ella no merecía su saludo, que lo hacía porque le había dado esos hermosos sobrinos. Mientras decía esas palabras, veía con desagrado los objetos de la sala, abrazó a su hermana y le dio un beso en la mejilla derecha. Luego le dijo que ya era tiempo de que cambiara todo el mobiliario de la casa, que ya todo estaba muy viejo, pasado de moda. Elena, incrédula, se le quedó viendo, pero no hizo ningún comentario. "Tirar sus muebles antiguos, se dijo Elena, ¡nunca!" Después, Catalina, pidió un vaso con agua e inmediatamente comenzó con su perorata.

—Me doy cuenta que no tienes ni una pizca de consideración con tu hija, te pareces a mamá. No la dejaste casar y luego la golpeas como si no fueras su madre. Si fuera mi hija no la trataría como tú

lo haces, Dios mío, qué lástima que no me diste una niña. Ese muchacho, con el que se quería casar, aunque pobre, era de buena familia, a ti te consta. ¿O, no? Ahora, ¿qué va a ser de ella? No le tienes conmiseración, hermana. Después de que nazca el niño, para la gente de este lugar, Juana será una mujer fracasada. Los muchachos no van a querer casarse con ella por ese motivo, sólo algún vividor se interesará en ella, eso ya lo verás. Los viudos, con un montón de chamacos, andarán como buitres detrás de ella y de su herencia. Todos esos pretendientes serán peor que Eduardo. ¿Eso quieres para tu hija, verdad, hermana? Por otra parte, supe que no fuiste a la boda de Pablo, nada más porque no te simpatiza esa muchacha por ser india. Oye, hermana, ¿qué, de verdad es muy india? No cabe duda hermana, somos igualitas. Igualitas, igualitas.

Entonces Elena, que no se había alterado por los regaños de Catalina, muy tranquila, tomó la palabra:

—No te des baños de pureza en mi casa que te vas a dar un resbalón, hermana. Yo conozco muy bien todo lo que tú has hecho. Ya se te olvidó lo que les hiciste a tus hijos. ¿Verdad? También a ti, ninguna de sus novias te agradó Siempre las reprobaste como si tú fueras a ser el marido. Querías casarlos con las que tú considerabas que les convenía. Pero tú no buscabas que nada más fueran bonitas, no, buscabas a las que convenían a tus mezquinos intereses, no a los sentimientos de ellos. Hasta que finalmente los hartaste y te dejaron. Si los hubieras entendido como dices, tendrías a tus nietos en tu casa, pero mira, ¿Dónde viven? Por eso, no me vengas con tus tontas moralejas porque no te las creo. Sí, pensamos igual, como tú dices hermana, no más que tú tienes otras cosas que te hacen ser peor que yo. En cuanto a Juana, si es estúpida, que se deje embaucar otra vez. Si quiere tener su retahíla de chamacos moquientos que lo haga así como tú dices. Ella lo decidirá. Finalmente cada quién tiene lo que quiere.

—No sigamos discutiendo, Elena, eso no nos conduce a nada. Ya decidí que me voy llevar a Juana y eso lo haré, —dijo Catalina— ya hablé al respecto con mi sobrina y ella está de acuerdo. ¿O no es así, hija?

—¡Claro, antes de llegar ya se habían puesto de acuerdo!

—Mi tía dice la verdad, pero también me voy por otras razones, mamá. Una de ellas es que no quiero ser la vergüenza de ustedes. Aunque, como usted sabe, el honor de nuestra familia no es tan limpio como lo hemos presumido, hay secretos en ella que no nos dejan bien parados. ¿Verdad que sí? Siempre nos hemos jactado de algo que no existe, que nunca hemos tenido. A la familia le heredaron dinero, pero también le dejaron deshonor, orgullo y soberbia. Yo no soy quién para juzgar eso, pero tenemos muchas cosas que deberían avergonzarnos en vez de enorgullecernos. Es probable que nuestra familia sea peor que mucha de la gente que despreciamos. Y todo porque ellos son pobres, o, como ustedes lo dicen, indios, prietos y feos. A ellos les colgamos todos los defectos que no queremos tener nosotros. ¿Realmente la familia de ustedes y la de mi papá eran ejemplares, así como para que sentirnos por encima de los demás? Ustedes dos saben que eso no es cierto. ¿Acaso sabes cómo obtuvo todas estas tierras mi abuelo José Gabriel? Las arrebató a sus verdaderos dueños, a los indios. Por favor, ya no nos engañemos.

¿Y qué me dicen de mi abuelo Jesús? ¿Quién era y cómo era? ¡Pero si somos unas verdaderas joyitas! Mejor ni hablar de ese tema, alguien se puede infartar.

El discurso de Juana hizo feliz a Catalina, pero irritó mucho a Elena. Esta se preguntó si su hermana tenía que ver en lo que había dicho su hija Juana, ella siempre había sido discreta, nunca se había expresado así de su familia, esta actitud le extrañó. Se preguntaba ¿qué otros secretos conocía? ¿Qué le había contado Catalina Para no seguir escuchando más palabras hirientes, o ¿verdades? cortó el monólogo de su hija.

—Ya cállate, mal agradecida, no hables así de tu familia. Recuerda esto que te voy a decir: Todos los seres humanos tenemos un pasado turbio, todos, absolutamente todos, y nosotros no podíamos ser la excepción. —Juana guardó silencio e inclinó la cabeza.

—Mañana muy temprano nos vamos, —dijo Catalina—. Espero que nos volvamos a ver otro día, si no es así, esta será nuestra despedida. —Tía y sobrina se encaminaron a la recámara, ya no se presentaron ni a cenar, pero las manos de Nicolasa les entregaron una charola con la cena.

Al día siguiente, los muchachos les prepararon todo para el viaje, sobrina y tía se fueron muy temprano de la casa.

Sólo una carta para Elena quedó sobre la cama de Juana. Cuyas manos de Nicolasa se encargaron de hacerla llegar a su destinataria.

Elena querida.

Perdóname. Reconozco que a veces soy insoportable. ¿Alguna vez te has preguntado por qué somos así? Nuestros padres eran analfabetas, pero eso sí, orgullosos y soberbios. Ellos también nos casaron con quienes quisieron, contigo parece que no fue así, pero cuando tú te viniste al rancho, ya todo estaba acordado. Mamá nos eligió el marido y papá la apoyó en sus decisiones. Aunque no contábamos con muchas riquezas, nos educaron para que fuéramos orgullosas, altivas y soberbias ¿De dónde podríamos tomar otros ejemplos para ser mejores, si toda nuestra familia era igual? Es probable que nosotras seamos peores que ellos, pero aunque nos demos cuenta de eso, yo ya no puedo cambiar, lo intento, pero me es imposible. No sé tú como veas esto que te digo, es probable que también ya te hayas dado cuenta de nuestros defectos. Quizá estés en la misma situación que yo, pero eres tan necia que no lo aceptas. Eres igualita que yo, igualita.

Esto no es una despedida, eso lo dije en un arrebato. Siempre que nos vemos peleamos por tonterías, no debería de ser así, pero creo que esta es la forma de manifestarnos nuestro cariño, es probable que no conozcamos otra.

Tú hija te llora, pero es igual o peor de orgullosa que tú y que yo. Las dos te queremos mucho, hermana. Nos vamos a ir del pueblo, ahora tengo compañía, ya me hace falta cambiar de vientos. Quiero ver otras personas, conocer otras costumbres y saborear otras comidas, ahora que aún puedo comer y caminar. Regresaremos en un año, entonces conocerás a tu nieto o nieta. Yo seré muy feliz con ellos, y los disfrutaré, aunque sea por corto tiempo.

Catalina Quiroga.

Cuando Elena estaba terminando de leer la carta, sus ojos se esforzaban, veía borrosas las letras. Así como las lágrimas se apoderaron de sus ojos, la soledad invadió, como un ejército, su mapa corporal. Ahora, su alma ya no pertenecía a su físico, ya pertenecía a esos dos invasores. En ese mundo de ruidos naturales y de hombres rudos, ella se sentía frágil, como una mariposa ante sus depredadores. Juana y Nicolasa habían sido su única compañía. Desde que murió su esposo no había podido superar el sentimiento de rencor hacia la injusticia de la vida. Le arrebató y ahora se repetía, lo que más quería. Pensaba que tenía que cambiar de actitud, con respecto a sus hijos, de otra manera le iba a pasar igual que a su hermana. Sus hijos eran lo más valioso que la vida le había dado, perderlos significaba morir de soledad. Ahora empezaba a sentir eso que aquejaba a Catalina. La ausencia de su hija la estremecía, la nostalgia comenzaba a germinar en ella. Ya la extrañaba y por eso lloraba. Sentía que se estaba metiendo en el centro de un remolino del que no le iba a ser fácil salir. Se arrepentía por no haberse vuelto a casar como lo hizo su hermana. Siguió llorando. Después, con coraje se limpió los ojos, salió del cuarto de su hija y lo cerró con llave. Se fue para su recámara y, en una cajita de madera, guardó la carta. Luego llamó a Nicolasa para revisarle el hombro, el hematoma ya había mejorado. Después se quedó sola un momento. Enseguida entraron sus hijos y se sentaron frente a ella y la cuestionaron.

—Creo que usted tiene algo muy importante que contarnos, algo que le duele y lastima su alma, y no se atreve a decírnoslo. ¿Qué es? cuente, no se atormente sola, mamá. —dijo Justo. —El silencio se hizo largo, muy largo. Este ya comenzaba a apoderarse de la vida de la recámara. Sólo el ruido monótono de los animales en los corrales se percibía en ella. Finalmente habló.

—Bien. Como su madre que soy, considero que ninguno de ustedes me puede obligar hablar, pero lo haré porque quiero sosegar un poco este remordimiento que ya está acabando con mi aparente tranquilidad. Aunque sé que eso es imposible, lo intentaré. Voy a decírselos porque si no lo hago creo que enloqueceré, y me niego a entrar es ese estado. Esas dos mujeres de las que ahora se habla en el pueblo, fuimos Nicolasa y yo —al escuchar esas palabras, los muchachos se quedaron atónitos, incrédulos se miraron, pero no interrumpieron la confesión—. Por eso ella no puede mover el hombro, Al disparar, la culata de la escopeta, le dio un fuerte golpe en el hombro. Por eso la pobre no lo puede mover. En su vida había disparado un arma, mucho menos una escopeta. Para hacer eso que hicimos, ustedes lo saben, se requiere algo que nosotras no tenemos. Todo esto yo lo decidí, porque quería protegerte, no quería que tú, Justo, siendo tan joven, cargaras con la culpa de un asesinato. Ella, Nicolasa, como siempre lo ha hecho, me siguió la muy insensata. Aunque la regañé muy feo, ella necia decidió acompañarme. Y le estoy muy agradecida. Juramos mantenerlo en secreto aunque nos cargara la chingada. Pero tú, Justo, ataste cabos: los perros, las sillas de montar que estaban húmedas y el ruido de los caballos, en fin. Mi salud comenzó a deteriorarse desde que vivía con mis padres, un poco antes de que llegara aquí; después, el accidente de mi esposo, el problema de Juana, y para acabarla de joder cometí esta estupidez que está acabando conmigo. Sé que cometí muchos errores, ojalá y esto ya no se repita. Luego vino

ese muchacho a descubrir nuestro secreto y todo se vino abajo. Después de que regresamos ya no pude dormir. Ya dejé de ser la misma de antes. Es como si esa acción me hubiera transformado en un animal, en un chacal. Estoy segura que el padre de ustedes, esté donde esté, reprueba severamente mi proceder. Aunque él ya no está aquí para que me lo reclame, eso me remuerde la conciencia. Físicamente me siento muy mal, siento como si mi estabilidad se desmoronara al sonido de esos dos balazos. Desgraciadamente ya no puedo deshacer lo que hicimos. Ahora tengo que enfrentarme a mi yo. Aunque sé que el hecho es deleznable, no me arrepiento, eh. No me arrepiento. Me imagino que lo que les digo les causa terror, pero eso es cierto. Todo sea por resguardar el orden de mis ideas. De mis cosas. De mi vida.

No me siento nada bien, mi conciencia ya nunca estará como era antes, limpia. Me siento morir. Me quiero morir. Debí dejarlos que se casaran, actué como lo hizo mi padre conmigo, que me importaba lo que él y su padre hacían. Pero ya me es imposible enmendar mis errores. Todo esto que hice es inútil. Yo, como una estúpida egoísta, arruiné mi vida y la de los muchachos. Si yo me siento muy mal, Dios sabe cómo se siente Nicolasa. No he hablado de eso con ella, no tengo valor para hacerlo, me da vergüenza tocarle ese tema. Fue un grave error haber permitido que me acompañara ¡Mi pobre Nicolasa! Y luego Juana, es tan orgullosa que no dice nada de ese muchacho, sólo Dios sabe lo que está sufriendo. Y para rematarla con mi mala acción, no la dejé asistir al panteón. ¡Dios, que pena, que torpeza la mía! Pero de nada sirve hablar de esas cosas, ya están hechas y no hay forma de enmendarlas ni pidiendo perdón arrodillada. Creo que ni el Santo Niño de Atocha puede perdonarme. Sola, muy sola intentaré ahogar mis penas.

—Usted se precipitó, mamá, no debió de haber hecho nada. Yo tenía que encargarme de liquidar ese asunto. Si así hubiera sido, yo ya no estuviera aquí y ustedes no tendrían este problema. Finalmente, ellos no tenían más familia de los que yo tuviera que esconderme. Únicamente la gorda esa, la tía de Eduardo, que no sé cómo se llama, ella grita, pero ella no es de cuidado. Usted estaría preocupada únicamente por mí, pero nada más— dijo Justo. Elena le clavó la mirada en los ojos, guardó silencio un momento, y luego le habló.

—Eres muy joven para entender los misterios de la vida. Tú podrías huir de los dolientes, de la justicia, pero de ti, nunca, óyelo bien, nunca podrías hacerlo; no tienes ni la menor idea de lo que significa quitarle la vida a un ser humano, espero que jamás tengas esa reprochable experiencia. Pero ya no hablemos más de esto, perdónenme.

—Está bien, mamá. Temprano nos vamos a ver al doctor. Creo que ahora sí necesita ser atendida. Que duerma bien. —dijo Alfredo.

Después de que se fueron sus hijos, se sentó en el bordo de la cama, de repente, con las manos se comenzó a oprimir el pecho. La lucha que comenzaba a librar por seguir respirando era desesperante, ella sospechaba que su corazón se estaba lesionado. En el momento que más necesitó de sus manos, esas manos de dedos largos, que ayudaron a muchas mujeres a dar vida, a ella, en estas circunstancias no la podían auxiliar, por más que se oprimía el pecho, sus dedos no podían unir esa grave rotura. El santo Niño de Atocha, la veía fijamente desde su pequeño altar; mientras la mortecina luz de una veladora, con parpadeos, le iluminaba su pequeño rostro.

Esa noche, el santo de su devoción atestiguó la forma en que Elena luchó arduamente por no perder esa, quizá su última batalla. Mientras tanto, afuera de la habitación, ajenos al acontecimiento en el interior de la casa, los insectos seguían con sus desafinados conciertos, secundados por el suave viento que movía y despegaba algunas hojas secas de los árboles y las hacía caer lenta, muy lentamente, así como el destino ya había hecho caer dulcemente al piso a esa gran hoja del árbol de la vida.

Las casas del pequeño pueblo aún exhalaban por sus puertas los vapores humanos. Sus habitantes dormían como si ya hubieran resuelto su existencia. Los perros de la casa ladraban tratando de ahuyentar los peligros de su entorno, y las gallinas emitían ruidos extraños como si sobre sus cabezas volara una amenaza, ¿las asustaban los ruidos de los caninos o presentían cercana una desgracia? La neblina estaba ausente, todavía no extendía su manto sobre las hondonadas. El cielo se encontraba despejado, las estrellas parecían diamantes esparcidos en el firmamento por manos infantiles y generosas, ellas permanecían bellas, parpadeantes, visibles en ese gran espacio suyo.

Aún no despertaban los ruidos que provoca el amanecer cuando Justo ya preparaba todo para el viaje. No había podido dormir, el problema de salud de su madre le ausentó el sueño. Tal vez pensó que si se apresuraba a preparar el viaje amanecería más pronto y su madre estaría en menor peligro. En la visita al pueblo la llevaría a consultar al doctor, aunque a ella no le agradaba esa idea. Quería tanto a su madre que temía un desastre, pero también pensaba en él. Perderla le sería más doloroso que cuando falleció su padre. En ese tiempo él era un niño y no midió la dimensión de la gran pérdida, pero ahora esa posible ausencia le quebraría su estabilidad. Para dejar esos pensamientos que lo atormentaban, entonó una melodía en náhuatl que le cantaba Nicolasa cuando él, siendo niño, recordaba a su papá. Le decía que ella la cantaba cuando sus recuerdos la llevaban junto a su familia, y para hacer a un lado esas cosas que oprimen el alma, entonaba para ellos esa melodía como si fuera una oración; le decía que esa práctica siempre le daba buenos resultados. Que esa melodía era como un remo mágico que ayuda a salir del pantano, en el que a veces uno se queda inmóvil sin saber cómo salir de él, le dijo que cuando estuviera en ese estado hiciera lo mismo. Siguiendo esa recomendación, se dispuso a cantarla. Un rato después, sin darse cuenta, se sintió mejor y se preguntó:

—¿De qué se valdrá Nicolasa para que algunas cosas que dice sean ciertas? ¿Será que realmente tiene poderes, o es la fe que le tengo la que me hace verlo de esa manera? —sonrió.

Mientras Justo susurraba la melodía de los ancestros de su nana, Virginio Alfredo aún permanecía en la cama. Su cuerpo desnudo, sudoroso, estaba empalmado al de su novia Lucía. Los dedos de la mano derecha surcaban su negra cabellera y, como un gato consentido, untaba su cuerpo en el de ella. Por un momento se quedó quieto y aspiró profundamente el aroma de su pareja. Sus labios se juntaron, se oprimieron, le besó el cuello, con la lengua buscó el hueco del oído, le mordisqueaba el lóbulo, llevó su boca un poco más abajo y succionó los erectos pezones de los redondos y duros pechos. Ella se contorsionaba, Las yemas de sus dedos viajaron cosquilleándole la piel hasta el sur del mapa y se posaron sobre la parte más íntima, oprimió con

suavidad como si sus dedos tocaran una delicada fruta. Las piernas ansiosas se buscaron con ahínco para que la parte central de los cuerpos se acercaran, se besaran, se besaron. Los pezones erectos se oprimían en el pecho de Alfredo, ella los movía delicadamente de un extremo a otro. Él se acomodó en el punto más adecuado para poder tener un mejor acceso y así culminar su cometido. La jaló suave, muy suave hacia su desnudez; estaban en la justa posición, dispuestos a iniciar la tibieza del embate cuando la mano de Alfredo golpeó contra la esquina de la mesa de noche. El agudo dolor lo ubicó en su realidad, aún con el fuerte malestar buscó a la joven con la otra mano, creyó que la había atrapado, no la dejaba ir, pero el bordo del colchón le confirmó que él estaba solo en la cama. Incrédulo se colocó la sábana en las fosas buscando los efluvios desaparecidos, él estaba seguro que ahí la tenía, que estaba sobre ella, buscó; pero en la tela azul no había aromas ajenos a él; únicamente encontró la frustración y le afloró la nostalgia. Su erecta emoción se apagó, y el erótico sueño se salió asustado de sus ojos, así como sus sentidos abiertos a esas emociones nocturnas se habían desvanecido con la realidad del golpe

Muy molesto aventó al piso el delgado trapo azul que lo envolvía y se puso de pie. Resignado, estiró sus brazos hacia arriba y exhaló un bostezó muy largo. Para él, después de ese frustrado sueño, no había prisa por salir de la habitación. Si acompañaba a su madre al pueblo, no iba a tener tiempo de pasar a visitar a la soñada. Esto lo dejaría para otra ocasión.

Cuando ya todo estaba preparado para el viaje, Victor entró a la casa, dio golpes en la puerta de la habitación de su hermano y le dijo que ya era hora de que se despertara. Muy molesto consigo mismo, por el sueño interrumpido, Alfredo ya se vestía cuando escuchó el llamado.

—En un momento salgo —dijo el hermano, él, aún poseído por su sueño, siguió olfateaba el aire.

Después, Víctor se encaminó a la habitación de su mamá, con los nudillos tocó suavemente la puerta y esperó un momento, no hubo respuesta. Volvió a tocar. Entonces empujó la puerta, no cedió. Le habló a su madre, el silencio fue la respuesta. Ese silencio le aterró. Entonces le gritó a Alfredo. Por el ruido de su voz apareció Nicolasa iluminándose con una vela. Justo, desesperado movía la puerta, entonces llegó su hermano, y las cuatro manos empujaron las dos hojas de madera. Cuando la vela iluminó el cuarto, vieron que Elena estaba tirada en el piso con el rosario en una mano. Los tres se arrodillaron junto al cuerpo. La nana acercó su mejilla a las fosas nasales, los pulmones ya no exhalaban. Pidió un espejo y lo acercó a la cara, tenía la esperanza de que su patrona estuviera desmayada.. Entonces confirmó la sospecha. Cuando Nicolasa los miró con los ojos anegados, los muchachos se arrodillaron y se hicieron muy pequeños; los tres se quedaron inmóviles. Sintieron que el techo de la casa caía sobre ellos, los oprimió sobre el piso, luego la tierra se abrió y cayeron en un abismo oscuro y flotaron sin tocar fondo. La nana se persignó, colocó el cuerpo bocarriba y entrelazó las manos de Elena y las colocó en su pecho. Luego comenzó a cantar en su lengua, el canto era tan triste que obligaba al llanto. Los hermanos la escuchaban y miraban al cuerpo de su madre tendido en el piso. La tonada del canto melancólico siguió flotando por el espacio de la habitación, los dos hermanos se sintieron atrapados por esas palabras que no entendían, pero que los obligaba a permanecer ahí. Se ignora cuanto tiempo se

quedaron en esa posición. El canto de los pájaros entró a la recámara y se sumó al doloroso canto que invitaba a duelo.

Superada la crisis, los tres se pusieron de pie, levantaron el cuerpo y lo colocaron sobre la cama; que aún estaba como la había dejado Nico la mañana anterior. Mientras tanto, la nana salió llorando de la recámara a buscar a un propio para que llamara a Pablo, cuando regresó buscó la ropa con que la vestiría. Justo no aguantó más y salió corriendo rumbo a la caballeriza, Alfredo fue tras su hermano. Los dos se sentaron bajo el cobijo de la bóveda celeste, cuyos brillos ya se extinguían. Sin decir una palabra, aquí se les unió. Pablo. Después de un rato, Nicolasa los buscó y se sentó junto a los hermanos. El cuerpo de Elena se había quedado solo, su única compañía era el Santo Niño de Atocha y la luz parpadeante de la veladora, así como sería por siempre, después del día siguiente de su sepelio. Los tres hermanos y Nicolasa permanecieron sentados sobre una canoa de madera en la que comían algunos animales, tal como si fueran a navegar en el río del inframundo en busca de ayuda de sus ancestros. Su silencio era roto sólo cuando algún gallo cantaba o alguno de los cuatro se limpiaba los mocos con estrépito, usando su ropa.

Por tercera vez me he quedado huérfana, ahora se ha ido mi segunda madre, pensó Nicolasa, ¿Mañana, qué otra cosa me quitará la vida? Como si Justo hubiera adivinado lo que estaba pensando, le palpó su hombro, luego le acarició la trenza. Alfredo permanecía cabizbajo, callado. Cuando los animales empezaron a pedir atención, hicieron caso omiso, los dejaron hasta que la mayoría se unió al pedimento. Enseguida los cuatro se pusieron de acuerdo para organizar lo que correspondía al hecho.

Justo fue a casa de Remigio Salitrero para que fuera al panteón de Copala y abriera la fosa de su padre, Cándido, en cuyo lugar sería sepultada su madre, tal como fue su deseo. Luego, junto con Pablo fueron a casa de Filogonio. Delgado, a este lo enviaron en su caballo a Tecolotla con un recado para su tía Catalina. Después regresaron a la casa. Mientras tanto, Nicolasa pidió ayuda a doña Casimira y a doña Francisca. Las dos señoras llegaron presurosas. La noticia de la muerte de la señora se extendió por la comarca como el sonido de los truenos. Algunos la tomaron con indiferencia, otros se alegraron. Los más, lamentaron el deceso. Sobre todo, las mujeres que habían sido auxiliadas por ella en sus partos y a cuyos hijos habían sido curados, de diferentes enfermedades, con sus hierbas.

Antes de que el sol se fuera, el patio de la casa ya era insuficiente para albergar a las mujeres con sus hijos. La mayoría se acomodó en las dos galeras, otros hicieron carpas con costales de ixtle para protegerse del sereno. Las velas eran colocadas y encendidas sobre el piso, donde las mujeres y los hombres se arrodillaban o se sentaban a rezar. Esa área parecía que se estaba incendiando, era como si este paisaje imitara al cielo o como si el cielo se viera reflejado en un lago quieto, en una noche estrellada.

Cuatro personas se apresuraron a preparar la camilla para transportar el cuerpo. En la cocina las señoras ayudaban en la preparación de los alimentos. La sala de la casa fue improvisada como velatorio. Tulitas era acompañada por las señoras en sus rezos. El humo del copal y de las velas encendidas envolvía al cuerpo con su mezcla de aromas. Entre rezos y cantos mortuorios, la noche

transcurrió muy lenta, interminable. Parecía que hasta el sol se había desvelado y se negaba a iluminar la casa o a dar luz a los ojos de los desvelados. La lluvia no llegó esa noche, respetó el duelo.

Al amanecer, la neblina comenzó a elevarse y la bóveda azul comenzó a colorearse de gris. Al ponerse el cielo de ese color, se iniciaron los preparativos para el traslado del cadáver. La salida tenía que hacerse antes de que las nubes dejaran caer sobre la casa su torrencial. Al camino lo atraviesa un arroyo seco que se tenía que franquear, si llovía sería imposible hacerlo. Colocaron el cuerpo sobre la camilla y cuatro voluntarios la cargaron. Así se inició el cortejo. Las señoras montadas en sus animales, y los señores caminando, hacían una larga y desordenada procesión. Iban a medio camino cuando las nubes comenzaron a soltar sus primeras gotas, nadie de los acompañantes se regresó, continuaron el camino como si la lluvia no les humedeciera la ropa. Los que cargaban el cuerpo eran relevados de cuando en cuando. Los jóvenes relevaban a los de mayor edad. Dos de los hermanos Zuzúnaga, a caballo, encabezaban el cortejo. Justo, el menor, caminaba en la retaguardia. Ellos, por costumbre, no debían cargar el cuerpo de su madre, se decía que si lo hacían, corrían el riesgo de ser los siguientes en morir, era por eso que los viejos no lo permitían.

El agua se dejó caer, todos caminaban sin hacer caso de la lluvia. Algunas personas sorteaban los charcos, otras resbalaban y caían, se levantaban y continuaban su marcha. Nada de eso se los impidió. Al cuerpo no lo cubrieron porque decían que eso era una última bendición de Dios. Las mujeres mayores se santiguaban, decían que el Señor la estaba despidiendo dándole el último baño con agua del cielo. Comentaban que eso era una purificación del cuerpo para cruzar la línea entre la vida y la muerte. El arroyo aún no tenía mucha agua cuando lo cruzaron, lo hicieron sin dificultad. Por fin, cuatro horas de lluvia y de camino fangoso habían terminado; a la mayoría de los acompañantes que habían transportado el cuerpo sobre sus hombros, ya se les veía muy fatigados.

Cuando la comitiva empezó a entrar al cementerio, una campana de la iglesia tañía melancólica, mientras el sol intentaba abrirse paso en el cielo aún cargado de nubes.

Al entrar con el cuerpo en andas al campo santo, se hizo un tumulto de mujeres a su alrededor, los hombres les cedían el paso. El sacerdote los esperaba a un lado de la fosa para celebrarle la última misa. Cuatro de estas mujeres, las más jóvenes se abrieron paso para introducir el cuerpo húmedo al ataúd hecho de tablas. En seguida, tres señoras de avanzada edad se acercaron a la caja, una de ellas le colocó en la mano un pequeño bule lleno de agua; la segunda le colocó en la mano izquierda doce granos de maíz, y la última le colocó sobre su pecho una porción de sal envuelta en un paño blanco; una niña, quizá alguien que Elena ayudó a nacer, muy morena, hermosa, le calzó los pies con huaraches tejidos de palma verde. En seguida las manos femeninas se multiplicaron al lado del ataúd, muchas lograron tocar el cuerpo o su ropa, la mayoría se quedó sin lograr su objetivo. El golpe del martillo sobre los clavos de la tapa del ataúd, marcó el fin del trabajo de unas manos que dieron nalgadas a muchos niños recién nacidos.

Posteriormente dio inicio la inhumación, los sollozos de las mujeres mayores se multiplicaron así como las paladas de tierra lodosa que caían sobre el féretro. Al echar la última porción, los hermanos Zuzúnaga dirigieron palabras de agradecimiento a los acompañantes y los invitaron al novenario y a la levantada de la cruz en su casa. Después empezó la lenta diáspora de los cuerpos húmedos. Ellos, los hijos de Elena, como si quisieran huir, salieron del cementerio; se dirigieron a la plaza del pueblo, los tres entraron a una tienda, les dieron lo que querían comprar y salieron galopando del pueblo. Huían como si no hubieran querido que la orfandad los persiguiera.

Nicolasa se había quedado a cargo de la casa junto con doña Tulitas. Cuando calculó que la ceremonia del sepelio se estaba llevando a cabo, pidió a Tulitas que no le molestara. Se dio a la tarea de colocar una cruz de arena en el piso de la sala, donde se había expuesto el cuerpo de Elena, y la adornó con algunas flores blancas y encendió una vela de cera de abeja. Después se arrodilló ante la cruz y comenzó a cantar en náhuatl, acompañada del sonido, a guisa de sonaja, que producían las doce pequeñas semillas de ayoyote en una jícara de cuatecomate.

La lluvia otra vez amenazaba cuando los tres hermanos regresaron al rancho. Quitaron las monturas a los caballos. Nicolasa, que ya los esperaba, los llamó a comer. Entraron al sombrío comedor, mientras Alfredo y Pablo se sentaban en su lugar, Justo cerró la puerta tras de sí y también se sentó, los cuatro en silencio intentaron comer. En seguida, Justo se puso de pie, destapó una de las botellas que habían comprado en el pueblo y sirvió en cuatro vasos. Después, colocó en la Vitrola el disco con El Mesías de George Federic Handel, el Oratorio favorito de su madre.

Entre trago y trago el tiempo transcurría lentamente, al ritmo del sonido de la música. En el patio ya se oía sobre las hojas de las plantas el suave golpeteo de la lluvia, los geranios del corredor eran sacudidos por el viento. Cuando terminó el disco, por enésima vez, tres botellas vacías estaban en el piso y dos de los muchachos les hacían compañía. Justo se tambaleaba con un vaso en la mano, a punto de caer, finalmente cayó con medio cuerpo sobre la mesa. Nicolasa ya estaba sentada en un rincón, sus ojos, como los de los demás, estaban con esas huellas que deja el llanto. El misterio del amor materno, de la melancolía, de la soledad, del miedo y de la muerte los había emborrachado.

Afuera, las nubes descargaban el agua sobre la casa con toda su furia. Muchos objetos se caían y rodaban sin rumbo, su sonido se alejaba, arrastrado por las ráfagas del viento. En el corral, algunos animales gritaban desesperados. Esa noche, los dueños de la casa no escucharon más que los acordes del Oratorio, se olvidaron de todo lo que los rodeaba, hasta de ellos mismos.

Desde un día anterior, la tristeza ya se había apoderado de la finca y de sus habitantes. El terrible vacío se había apoderado de todo; desde ese trágico momento, ya no había poder que ahuyentara de la casa a esas dos desgracias. Ellos, como muchos que no han vivido este tipo de experiencia, nunca se imaginaron como era este tipo de pesar. Cuando falleció su padre, los cuatro aún eran chicos, en ese tiempo no tenían consciencia de lo que habían perdido, este tipo de sentimientos les era desconocido; únicamente su madre, sola, se enfrentó a ese dolor de vivir sola. Ahora ellos, juntos, podrían sobrellevar la soledad, pero eso dependía de sus estrategias ¿Podrían acorralarla y

darle una estocada mortal? ¿O era su destino quien iba a decidir cómo exterminarla? Lo más probable era que jamás se sobrepondrían a ese dolor, a esa pérdida.

Según Nicolasa, los que mueren descansan cuando se les deja ir, de otra forma se les obliga a que sus almas deambulen por los espacios que habitaron. Recomendó que todos los objetos personales sean regalados, con lo único que sus hijos podían quedarse era con los recuerdos. La gran ausencia se tenía que superar con amor entre la familia. Esto no permitirá que el alma de la que se fue navegue por la oscuridad del más allá. Esa acción le dará luz en su camino.

Al día siguiente, otra vez hubo daño, de menor cuantía, en el corral. El movimiento de los habitantes de la casa comenzó fuera de lo usual, con desgano, eso se palpaba y flotaba en el aire. Ellos caminaban con las terribles resacas, la de la ausencia y la del alcohol, y como si sobre su cuerpo estuvieran todos los cadáveres que les había dejado el mal tiempo. Parecía que hasta el humo del fogón se resistía a salir de la cocina, como si temiera que el viento le separa sus partículas. Nicolasa, con el brazo en el cabestrillo, no podía hacer que la leña flameara; sin fuego no habría calor ni almuerzo. En ese estado se sentía inútil, sospechaba que los años y la nostalgia le comenzaban a pesar. Ayer corría diligente al llamado de doña Elena. Hoy, a sus cuarenta y siete años arrastraba los pies sin ganas de llegar al punto que se proponía. Ya nada importaba, se dijo. Esos pequeños trayectos que recorrió en segundos, ahora se le hacían eternos, pero no había prisa. ¿Para qué o para quién? En prender la leña su mano no la obedecía, hacía lo que ella con su patrona, siempre hacía lo contrario. Qué difícil es navegar por la vida con una sola mano, pensó. Era como navegar con un solo remo, y más aún, estar sin una patrona como doña Elena, que la auxilie o que la regañe a uno, pensó. Exhaló un suspiro de tristeza, que le estremeció el cuerpo, cuando agarró la taza del té de doña Elena. Los recuerdos se le salían por los ojos, Nicolasa los dejó que escurrieran libremente. Se sentó en la silla que habitualmente ocupaba su patrona, quería sentir su presencia, ya no quiso hacer nada más. Ahí se quedó quieta, mirando al vacío. ¿Dónde estaban los regaños y los gritos que le profería? Se habían ido, de eso no quedaba ni el eco. Ya los extrañaba como a ella, también extrañaba sus bondades, sus palabras de consuelo. Sin su patrona en la casa, hasta los objetos de la cocina estaban silenciosos, tristes, todos los objetos estaban quietos, muy quietos. Ella también se sentía sin ganas de encender un cerillo. Recorrió con la mirada los espacios por donde caminaba, miró el pretil en el que estaba sentada cuando la vio por primera vez. En esa ocasión, la señora estaba embarazada de Alfredo, su hijo mayor. Tenía seis meses, según le había dicho. Y Nicolasa tenía 13 años. Desde entonces ahí se quedó, esa casa la hizo su hogar, y a sus habitantes, su familia. El trasplante no la entristeció, le funcionó muy bien desde un principio, y empezó a enraizar en ese espacio

Recordó que Elena costó los gastos del sepelio de sus padres, y al año siguiente el de sus dos hermanos. Estos últimos fueron baleados por el ejército, los confundieron con dos delincuentes que eran perseguidos. Esos crímenes quedaron impunes, así como quedan los de esa gente. Por haber sido indígenas, aunque la denuncia la hicieron, a las autoridades no les importó hacer justicia. Doña Elena nunca le cobró los gastos hechos por sus muertos, ni se lo descontó de su sueldo. También recordó que la regañaba feo cuando no hacía las cosas como a ella le gustaba, pero eso sí, ahí aprendió todo lo que ahora sabe. El conocimiento fue recíproco.

Nicolasa transmitió sus conocimientos a su patrona, le enseñó a curar, usando los secretos de la de hierbas, buenas y malas. El uso de las semillas, que fue herencia de su padre, también se lo enseñó. Ese conocimiento fue lo más complicado de transmitirle. El padre de Nicolasa fue el penúltimo chamán de esa familia.

Nicolasa fue la nana de los niños de esa casa. Se acodró que el profesor Liborio les enseñó, incluyendo a ella, a leer y a escribir. Se sentía en su casa, así la hizo sentir su patrona. Nunca le preguntó por qué esa preferencia de su persona. Si ella, como los demás, era una indígena. Eso nunca lo entendió. Pero en estos momentos inciertos creía que su futuro dependía de la voluntad de los muchachos. Temía que, al no estar Elena, la fueran a echar de la casa. Si eso sucedía, se quedaría sola, pensar en eso la entristeció más. Todo se acabaría para ella. Contaba con sus ahorros, pero el dinero, para ella, no le servía de nada, en esa casa tenía todo, ya no tenía con quién compartirlo.

Los recuerdos fluían de su memoria cuando fue interrumpida. Justo entró a la cocina acompañado de Doña Francisca. Nicolasa, nerviosa, se puso de pie, creyó que había llegado el momento que tanto temió. El muchacho se dio cuenta de su estado y se le acercó, puso el brazo sobre su hombro, y le dijo:

—Quiero que dirijas a la señora, en todo el trabajo de la casa. A partir de este momento, Doña Francisca se encargará de lo que tú hacías; no te desesperes, enséñale con paciencia. Así como tú sabes hacerlo, las cosas no se aprenden de un día para otro. Pues bien, ahora te toca a ti dirigir la casa y te encargarás de las cosas de nosotros, tal como lo hacía mi mamá. Nicolasa se quedó quieta, incrédula, luego lo abrazó, él se pegó a su pecho como cuando era niño, esa actitud no sabía a quién agradecérsela y, ahora sí, soltó el llanto. Justo la estrechó con cuidado para no lastimarle el brazo.

—Gracias, señora, por no olvidarte de mí. ¿Dónde está tu cuerpo? no lo sé, pero tu corazón sé que está junto al mío. Espero no desempeñar mal tu papel, señora. Gracias, mijo, gracias.

Después de un agotador viaje, Filogonio traía malas noticias en su morral, enseguida las entregó a Justo. Su viaje había sido de balde. La tía Catalina y Juana no estaban en Tecolotla. Nadie de la familia sabía en qué parte estaban, ni les importaba saberlo. Las noticias de su estancia en Londres eran viejas. Filogonio había enterado de la muerte de Elena a pocas personas de su familia. A los que les comentó no se sorprendieron, ni enviaron condolencias, únicamente agradecieron la noticia. La distancia, más aún, si no hay frecuencia, también teje olvido. Justo escuchó las palabras del mensajero sin sorprenderse, él había cumplido con una obligación, el resultado no importaba.

Todas las tardes, la casa recibía a mucha visitas, cuando menos por dos horas recobraba su pasado movimiento. Así fue durante todo el novenario. Pero cuando terminaron con el rito, las risas y los gritos de los niños que acompañaban a sus madres también dejaron de sonar, entonces el silencio se instaló en la casa. El único ruido que se escuchaba era el andar de Nicolasa y el de los pájaros que se posaban en los árboles reclamando su alimento.

El hombro de Nicolasa mejoró y los tres, ella, Alfredo y Justo trataron de llevar su vida como si nadie les faltara. Pero eso les era imposible disimular. La presencia de Elena estaba como eco en las paredes, hasta creían, en ocasiones, escuchar su voz por algunos rincones de la casa.

Al cumplir un año Elena de haber sido sepultada, Juana, su hijo Jesús y su tía Catalina regresaron a la casa. El niño tenía el pelo rubio como el de su mamá y rizado igual al de Eduardo. Al enterarse de los acontecimientos, Juana se paralizó, no lo podía creer, lamentó mucho su arrebató, lloró, dijo que su conducta había originado esa desgracia; sentía remordimientos y lloraba más fuerte al decir esas palabras. Jesús la secundó y se removía inquieto en sus brazos. Nicolasa no sabía qué hacer, ni a quién atender. Optó por abrazar al niño que estaba inconsolable.

Catalina lloró en silencio, los remordimientos la hicieron suya, la torturaban. Ella se decía que se arrepentía de no haberla tratado bien, como a su única hermana. Se mareó y se puso pálida, buscó una silla y se sentó. Nicolasa con el niño en brazos buscó alcohol, Juana se lo untó en la nuca y se lo dio a oler. Cuando se recuperaron, las dos mujeres se abrazaron, lloraron. Después comenzaron los reclamos. Justo y Alfredo guardaron silencio mientras su tía hablaba y hablaba. Luego Alfredo le explicó cuál fue el problema.

—Mire, tía, mandamos a una persona a buscarlas, pero nadie le dio razón de ustedes. Nuestra parentela, tan “gentiles como siempre”, no quisieron informar o en verdad no sabían dónde se encontraban ustedes. Y en su casa no había nadie para darle el mensaje. ¿Sabe a quién le fueron a dejar el mensaje? A su sobrinito, al engreído de Bulmaro,

—El muy olvidadizo no me dijo nada, pero ya me oírás este pendejo cuando yo regrese, eso te lo juro —aseguró Catalina muy enojada.

Al día siguiente la familia fue de visita al panteón, ahí, arrodillada, Catalina pidió perdón por lo que hizo o lo que dejó de hacer, pero sobre todo, el haberse llevado a Juana. También se lamentó por ser la única sobreviviente de ese tronco familiar. Le lloraba a su hermana, pero también lloraba por ella misma, por la soledad en que se quedó. Los cuatro hermanos escuchaban en silencio los lamentos de su tía.

De regreso en la casa, a la tía se le notaba como si en esas horas de viaje hubiera dejado en el camino muchos años de su vida. Los jóvenes no la habían visto tan decaída como ahora. Eso era muy raro en ella.

Ya más tranquila entregó a sus sobrinos un paquete, les dijo que en él estaban los documentos que les daba la legítima propiedad de lo que les regalaba. Pablo le dijo que lo ideal hubiera sido que ella nombrara a uno de los hermanos como administrador de ese capital, así tendría mayor posibilidad de crecimiento.

—La división de una fortuna es como la poda de un árbol, existe la posibilidad de que haya nuevos brotes y florezca, o de que se seque y desaparezca —intervino Justo..

Ella se le quedó viendo a su sobrino y le respondió tajante.

—En eso tienes razón, pero yo me tomé esta libertad de dividir. Si ustedes aprendieron a administrar, como lo hizo su madre, entonces multiplicarán mi generosidad, y su familia vivirá protegida por muchos años; si no prevén eso, su familia sufrirá las consecuencias y no tendrá nada que le proteja del frío y del calor. Ustedes sabrán lo que hacen, esa es su decisión. Ahora, permítanme ir a recostarme, quiero descansar un rato, el trote del caballo magulló mis nalgas..

Después de cinco días de visita, Catalina se despidió. Juana le agradeció todo lo que le había dado, luego se dieron un abrazo muy prolongado, el pequeño Jesús le dio un beso. Cuando vio que las dos mujeres lloraban, el niño también hizo lo mismo. Ricardo, un trabajador de la casa la ayudó a acomodarse en la montura y los dos emprendieron el viaje. La única sobreviviente de esa generación se alejaba de la vida de los jóvenes, probablemente para siempre. Galoparon hacia las lejanas montañas. Con su tía se iban muchos recuerdos de su madre. Recuerdos que morirían en la distancia y en el tiempo.

Ninguno de los tres hermanos se explicó el por qué Juana había regresado al rancho. La herencia, para ella, nunca fue un motivo de codicia. Si ya había conocido ciudades y personas con otra forma de vida, ¿qué la trajo de regreso? ¿Por qué volver a un mundo marginado, perdido entre la montaña? ¿Vino a poner su vida en manos insensibles de una persona distinta a ella? Eso bien lo pudo haber hecho por aquellos lugares ¿Por qué no adoptó la forma de vivir de su tía y se quedó a vivirla con ella? La vida junto a Catalina le podía haber dado mejores posibilidades, especialmente para su niño, pero eso ella, tal vez no lo pensó. O ¿quizá quería pagar culpas que no eran suyas?

Los Zuzúnaga Quiroga, ya nunca volvieron a ver a su generosa tía. Un amigo de la familia les informó que en el pueblo se rumoraba que ella se había reconciliado con sus hijos, y que vivía con ellos en España o en Londres. Otro les dijo que se había vuelta a casar en uno de esos países. La verdad es que la comunicación con ella se perdió, como suele suceder con infinidad de familias.

Unos años después, Juana comenzó a tener citas clandestinas con Adelmiro, un viudo mujeriego e inestable; este resultó ser peor que el padre de Jesús. Los rumores sobre la citas de la pareja fueron conocidos por los hermanos. Esos rumores hirientes lastimaban el orgullo de los hermanos, pero ahora ya no quisieron inmiscuirse en los asuntos de su hermana, aunque les molestara su conducta, la dejaron que construyera su vida. Poco tiempo después, para acallar los rumores, Juana se fue a vivir con él. Jesús, ya adolescente, se quedó a vivir en la casa de los tíos. Él jamás aceptó ver a ese hombre cerca de su madre. Nicolasa, siguiendo los patrones de doña Elena, lo malcrió.

Adelmiro tenía dos hijas, cada una de ellas de diferente mamá. En el pueblo se decía que la primera de sus mujeres había fallecido a consecuencias de una de sus golpizas, pero las autoridades del municipio no investigaron, así como lo hacían con otros incidentes. Argumentaron

que no hubo quien denunciara el hecho y mucho menos quién atestiguara. La segunda lo abandonó porque no le aguantó su alcoholismo y el abandono en que la tenía. Nicolasa, enterada de esas nada recomendables características del pretendiente de Juana, la alertó y trató de disuadirla.

—No hagas caso a ese hombre, mi niña, te está envolviendo en su telaraña. Dicen que es un demonio, que él mató a una de sus mujeres. ¿Eso no te da miedo? Deberías ser más precavida. ¿No te da desconfianza unirse a un desconocido? Nadie sabe quién es su familia; solo Judas sabe de dónde lo sacó.

—Son puros chismes, nana, no hagas caso de eso. La gente siempre habla de lo que escucha, sin saber si es cierto o no. Ya te pareces a mi madre. Ningún hombre les agrada para que sea mi pareja. ¿Por qué? Si les sigo obedeciendo me voy a quedar parada viendo pasar las estaciones del año. ¿Acaso quieres que me quede como nana de los hijos de mis hermanos? ¿No te has dado cuenta que no existen los hombres perfectos, nana? Pero tú que vas a saber de hombres, si tú nunca.... Oh, perdóname nana, perdóname, ¿sí? Es que con tus comentarios me haces decir pura tonterías.

—¿Ves?, ni lo conoces y ya lo estás defendiendo, ¿verdad? Te repito, nadie sabe de dónde salió ese indio feo, igual que yo. ¡Entiéndelo! Ese hombre no te merece, tú eres para otro tipo de hombre. ¿Qué, ya no hay más? Presiento que te va a hacer mucho daño, pero allá tú. Ojalá y no te arrepientas de lo que haces. A mi me va a dar mucha pena verte sufrir, te quiero mucho, mi niña.

—Te faltó decir como decía mi mamá: escoge bien, la vida es como estar en una tienda. Y no hay devoluciones, o algo así.

—Si tu madre estuviera aquí, otras ideas se arremolinarían sobre tu cabezota y sobre esta casa, pero eso ya no puede ser, a su alma se la llevó ese viento fresco que algún día me levantará también a mí. Ojalá y sea pronto para no seguir preocupándome por ustedes. —la nana recargó la cara sobre su mano extendida y siguió insistiendo en el tema. La veía con sus ojos tristes, suplicantes, pero no pudo persuadirla. Hizo lo imposible por convencer a la joven de que ese desconocido no le convenía como marido, pero ella se montó en su capricho y finalmente se fue con él.

—Nana, agradezco que te preocupes por mí, pero hay muchas cosas de las que tú no debes de preocuparte, esta es una de ellas. Tú sabes que yo intenté construir mi destino, pero no pudo ser, tú, más que nadie, sabe por qué. Perdóname por ser obstinada.

Su pareja le empezó a construir una casa de madera, cerca de sus cuñados. Esto a ellos les molestó, lo corrieron varias veces pero él no puso atención a esa inconformidad y siguió con su proyecto.

A ellos les pasó el tiempo por encima de sus cabezas, sin que lo notaran. Adelmiro no era nada productivo, decía que el trabajo debía ser dosificado, porque el exceso le hacía daño, y él quería ser un hombre sano. Los temporales de siembra pasaban sin que él escuchara los truenos

de mayo, no se preocupaba por aprovechar la lluvias para sembrar. Las parcelas de Juana se iban copando de maleza sin que las manos de Adelmiro detuvieran ese crecimiento. Su tiempo lo malgastaba jugando a los naipes en parrandas muy prolongadas.

Comenzaron a nacer los hijos. No cumplía el año uno, cuando ya estaba por nacer el otro. Él hacía crecer a la familia, sin ninguna responsabilidad, ni control, no respetaba ni la cuarentena. Al registro civil no acudía, esta responsabilidad la delegaba a cualquier persona que, por casualidad, acudía al ayuntamiento. Sus hijos tenían nombre pero no habían sido registrados por él. Este desinterés ocasionaría graves problemas en la documentación de sus hijos.

Sus reclamos de pareja ocasionaban, en un principio, maltrato verbal y algunas bofetadas. Después, por causas del alcohol y su afición a los naipes, comenzaron los golpes con objetos que estuvieran al alcance de sus obedientes manos: una tabla, un pedazo de reata charra o un buen garrote, eso era lo adecuado. Ese ruido de maltrato hacía eco, y era escuchado por sus vecinos, pero nadie, incluyendo sus cuñados, lo querían oír

En el momento en que Juana decidió unirse al hombre de origen desconocido, la vida y su cuerpo dejaron de ser suyos; desde ese instante, él se apropió de su persona y de su voluntad.

El jefe de la casa y sus excesos deterioraban paulatinamente la economía y la vida familiar. Los naipes, y las señoras de fiestas públicas fueron la causa. Él era fanático de esta vida de dispendio. En esas debilidades dejó ir el contenido del baúl heredado. Cuando terminó con el último metro de las parcelas, comenzó a vender lo que tuviera valor. Si su suegra hubiera visto como este hombre malgastaba el producto de un trabajo ajeno, sin importarle su familia, también a él le hubiera dejado ir unas cuantas municiones. Muchas veces, la mala hierba que se odia, aparece en nuestro jardín como si se le sembrara. Adelmiro apareció como el fantasma de una maldición para acabar con la vida de una mujer resignada, y con la de sus hijos a causa de sus malos hábitos. Él les quitó la luz, el calor materno y la libertad; sin esos elementos necesarios para vivir, sus vástagos no pudieron desarrollarse. Prefería satisfacer sus despreciables hábitos que las necesidades que se generaban en un núcleo que debería de ser su prioridad. Por estos hábitos, el maltrato en casa era otra de sus detestables costumbres. Una honda de reata charra era el instrumento de castigo.

De la consentida Juana, lo único que iba quedando eran sus blancos y morenos hijos que deambulaban casi desnudos, y con un apetito nunca satisfecho. La mimada del rancho Zuzúnaga, ahora era la estructura principal de una casa sin terminar de construir y de una numerosa familia. También era el sol que cobijaba con su mirada a su desaliñada prole.

Mujeres que conocían a esa familia se preguntaban, molestas, si los hermanos de Juana le temían al azotador o no querían dejar huérfanos a sus sobrinos. Ninguna se atrevió a preguntarles. Únicamente hacían corajes entripados, tanto en contra de los altivos hermanos, como en contra del marido irresponsable. Pero eso no contribuía en nada para mejorar la vida de esa familia.

Por otro lado estaba Jesús Valle, el hijo mayor de Juana. Que había heredado otra parte la de fortuna de Catalina, también había heredado el carácter duro y orgulloso de su abuela. Era alto,

delgado, muy blanco, de pelo rubio y rizado. Su rostro era afilado, con algunas pecas. En el pueblo era odiado por su conducta irrespetuosa y altanera. A todos humillaba, sus hermanos no eran la excepción. Cuando alguno de estos se le cruzaba en su camino, Jesús se quedaba parado, lo miraba con sus ojos de lince como si lo fuera a atacar; no caminaba hasta que el infortunado hermano se hacía a un lado. Los veía con desprecio por llevar la sangre del hombre que más odiaba. A pesar de la cercanía de sus casas, la distancia entre ellos era abismal. Nunca se visitaban. Nadie de sus tíos lo reprendió por su conducta. Cuando Nicolasa le llamaba la atención por su reprochable conducta, él, sin decir nada, le miraba con odio a los ojos sin parpadear, ella no le aguantaba la mirada y lo dejaba.

Un día en que sus tíos no estaban en la casa habló con su nana Nicolasa. Le contó de lo que había pensado hacer.

—Nicolasa: te aviso que la semana que viene me largo de este polvoriento pueblo, ya estoy harto de tanto ruido en la casa de los vecinos. Ya no aguanto más. No sé por qué mi madre no mata, cuando está borracho, a ese pinche pinto. Yo ya lo hubiera mandado al infierno, te lo juro, pero me detengo por ella y por sus mugrientos hijos. Así es que ya me oíste. Me pones dos cambios de ropa y mi gabán en un veliz y ya, no quiero cargar más.

—No hables así que me asustas, chamaco del demonio. Ya te he dicho muchas veces que tu mamá sabe lo que piensas, no le agrada tu conducta. Ella decidirá qué hacer con ese problema, mijo.

—Ya no sueñes. ¡Despierta nana! ¡Despierta, carajo! Así me lo has venido diciendo desde que se fue con ese hijo..., y tu predicción no se ha cumplido. Creo que ya te están fallando tus poderes, o, ¿será que no quieres ponerlos en práctica con él? ¿No te importa que se comporte como un hijo de la chingada con mi madre? ¡Tu consentida! A la que más has querido, nana, la has estado viendo sufrir y no haces nada ¿No te duele? Dime ¿Le tienes lástima a ese desgraciado o qué? ¡Claro! Por eso no le has preparado uno de tus brebajes, de otra manera, desde hace años ya fuera mierda de gusanos. Pero no, ¿verdad? te gusta ver sufrir a tu consentida, creo que hasta te agrada oír que la golpee. Tal parece que tú, o mi madre se sienten culpables de algo y están purgando una pena. ¿Qué pena es esa? ¡Dime! ¿Qué es? —el delgado cuerpo de Nicolasa se estremeció al escuchar las palabras de Jesús. Su mano temblorosa buscó una silla y se sentó. Las imágenes de aquella tormentosa noche, que quería dejar en el olvido, comenzaron a fluir en su memoria, y su cuerpo se estremeció otra vez; ella creía que todo aquello ya había quedado sepultado en el olvido, pero no era así. Con cualquier incidente lo asociaba. Sus pequeños ojos negros se deslucieron y entonces dijo balbuceando.

—¡Ya ponle un tapón a tu hocico, mocoso pendejo! Tú no eres nadie para decirme que haga esas barbaridades. Mis hierbas curan, no matan, eso deberías de saberlo. —El joven se le quedó mirando, Nicolasa nunca le había hablado así, aunque él le respondiera sin respeto; no comprendió el motivo de esa reacción. Luego le dijo con tono de burla:

—¿Ya vas a llorar? Qué llorona eres, Nicolasa, ¡Caramba! Ya te pareces a mi madre. Lloran pero no hacen nada por deshacerse del problema. Hasta parece que disfrutan sentir o ver el maltrato. Ya

reacciona y ¡ayúdala! ¿No, verdad? Claro, no quieres hacerlo; pues jódanse las dos. Por eso mejor me voy a largar muy lejos de aquí, así ya no veré ni oiré nada de esto que, a mí sí me molesta. Si me quedo, yo sí dejaré sin padre a esos mocosos.

—¡Ya cállate! No sigas diciendo tonterías. Ni tienes idea de lo que eso significa, no sabes nada de lo que hablas. Y, ¿para dónde te vas a ir, y con quién? Tú no conoces a nadie.

—Me voy lejos, muy lejos.

—¿Qué vas a hacer por allá? No quisiste estudiar, no tienes un oficio. No más conoces la vida del campo, Mijo. ¿De qué vas a trabajar para vivir? ¿De lo que tienes? Si no trabajas, el dinero se acaba, así como yo; como todo lo de la vida. ¿Eso es lo que quieres?

—No me importa lo que pase, por eso me voy a aprender otras cosas, a conocer a otras personas. Ya te dije, ya estoy harto de todo esto. Tengo que largarme, si no lo hago, voy a explotar, y no quiero que esa explosión perjudique a quienes están aquí, al lado de nosotros. Sobre todo a ella que la quiero tanto.

—Jesús vendito, mi mijito, ¿Ya vas a comenzar otra vez? —Nicolasa, al oír esas palabras, se persignó.

—Ya deja de santiguarte que ya me hartaste con esa costumbre. Me gustas más cuando haces tus brujerías. Verte hacer eso, hasta me dan ganas de aprender. Deberías enseñarme, así ya no te insistiría en que le des su estate quieto al mantenido ese. Entonces yo la haría y nadie se daría cuenta. Mejor trae tus semillas, dime que te dicen de mí. Quiero saber qué futuro me espera por allá ¡Ándale nana! ¿Sí?

—No son brujerías, ¡niño ignorante! Tú ya deberías saber qué es eso. Tu abuela, que Dios la tenga en su santa gloria, lo practicó mucho tiempo, y ni te imaginas la forma en que lo hacía. Ella resultó ser más chingona que yo, en poco tiempo lo dominó. Bueno, le costó su trabajito entenderlo. Mi papá me inició en estos menesteres desde que yo era niña y tardé mucho tiempo en adquirir su conocimiento. Pero ella, en poco tiempo lo dominó mejor que yo.

—¡Ándale, nana, apúrate! Después me platicas esas cosas. —dijo el altanero muchacho sin dar importancia a lo que Nicolasa le decía de ella y de su abuela.

La nana se limpió los ojos con el borde de su mandil y se fue por sus cosas. Cundo regresó se sentó en la silla con la pequeña jícara en la mano sobre la mesa con los ayoyotes, luego la colocó sobre la mesa, enseguida le pasó por encima tres veces la palma de su mano derecha, y con la mano izquierda la tapó y la agitó rítmicamente. Las semillas bailaban y emitían un sonido similar al de una sonaja a ritmo tribal. Al compás del movimiento de la jícara, Nicolasa comenzó a murmurar un canto en náhuatl y se movía hacia adelante y hacia atrás al ritmo de la tonada. Cuando dejó de agitarla suspendió su melodía, luego, con mucho cuidado, sin que las semillas se movieran, otra vez colocó la jícara sobre la mesa; se les quedó viendo y les murmuró algunas palabras en su

lengua. Después, como si acabara de despertar de un largo sueño, vio a Jesús con ojos tristes, con su mano derecha le acarició la mejilla y le dijo:

—Escúchame, Jesús. Hacer una vida propia no es nada fácil, uno tiene que escoger muy bien los materiales para construirla. Las columnas y los muros deben de ser fuertes, sólidos, para que las tormentas no la derrumben. Haz lo que te digo y constrúyela así. Constrúyela como fue construida esta casa, que ha resistido muchas tempestades y ni siquiera se ha cuarteado. Si ya decidiste cambiar tu vida de vagancia por una más productiva, más sólida, aunque me entristezca, eso me agrada mucho. Yo tenía la idea de que ibas a vivir sin hacer nada hasta que le dieras el fin a tu dinerito. Pero creo que me equivoqué, me alegro. Tu abuela odiaba a la gente que no hacía nada, así como tú. Decía que esos no se atrevían a buscar su destino porque eran unos cobardes. A ti, si te da miedo, no cejes, enfréntalo, recuerda que todos tenemos miedo a lo desconocido. Tener ese sentimiento es como el comer y dormir. Enfrentarse a la vida como tú piensas hacerlo, es muy difícil, más cuando no tienes a nadie que te dé la mano, que te guíe, como a ti te sucederá por allá. Mira, tu abuela se atravesó en mi camino o yo me atravesé en el de ella, no sé, y permitió aquí, a su casa. Ojalá tú te encuentres a alguien que sea buena persona y te ayude a cruzar la línea de tu nuevo destino, como lo hizo ella conmigo. Yo no hice fortuna, pero con lo que tengo en esta casa, no pido más. Cuando te sientas solo, no te acobardes, piensa en que yo desde aquí, te estaré ayudando con mis cantos. Mientras yo viva, así lo haré. Toma en cuenta que, por allá no tendrás un apellido, como aquí, que te respalde; por allá serás un grano de polvo más en aquel espacio, igual que todos los que se encuentran en ese ventarrón. Ni te imaginas a lo que te vas a enfrentar mi hijito, pero si ya lo decidiste así, tienes que irte. Aunque nunca me has dicho una palabra que me haya hecho sentir bien, aquí te extrañaré mucho. Nuestra despedida será definitiva. Yo sé que tú nunca regresarás a mirar estas montañas, y ni yo volveré a escuchar tus groserías. Pero así es el destino. Todos los seres que quiero, poco a poco se me han ido. Me estoy quedando sola, como una mariposa, eso me da mucho miedo. Me parezco a las ánimas que vagan por ahí en busca de consuelo. Cuando camino por esta casa, lo único que escucho es el eco de mis pasos. Creo que, llegado el momento, hasta eso voy a perder. En el momento en que te vayas no me avises, vete, no quiero ver cuando te alejes de esta solitaria alma; quiero quedarme con esta tu imagen que ahora miro. Algún día yo también dejaré esta casa, dejaré de ver y respirar el aire de estas montañas, y me iré como tú, muy lejos. Entonces recordarás el sonido de mi voz y el de estas semillas que te han leído tu porvenir. Ellas te cantarán al oído cuando estés dormido, así como yo lo hacía cuando eras niño, pero yo, para entonces, no seré más para ti que eso, un recuerdo de una vieja sonaja.

—¡Ya cállate, nana! Ya no sigas hablando que se me están llenando los ojos de llanto. ¡Carajo contigo! Creo que ya me están haciendo efecto tus pinches hechizos. No cabe duda, cuando te lo propones, tus palabras causan tristeza.

—Pero si tú eres igual de llorón que yo, nomás que siempre te has hecho el muy fuerte. Si te conozco re que te bien. Eres igualito que tus tíos. Si nos hubieras visto como nos pusimos cuando se murió tu abuela. Ese día el mundo se nos acabó. Se nos derrumbó todo. ¡Que tristeza, mi hijito, que tristeza! Tú te hubieras puesto peor, te lo aseguro. —Después de decir esto, Nicolasa guardó

silencio. El muchacho se le acercó y la estrechó a su cuerpo. Era la primera vez, desde que comenzó a crecer, que hacía esto.

Jesús se fue una madrugada, del día en que tenía planeado, no se despidió de nadie, sólo le entregó a Francisca una nota para su madre. Juana después leyó las breves líneas:

Ha llegado el momento de que ve vaya, quiero estar muy lejos de aquí, más no de ti. Si no tuvieras compromisos te llevaría conmigo, te cuidaría toda la vida. A mi lado tendrías la vida que te mereces, nadie te golpearía y no te verías en la necesidad de hacer lo que haces; y yo estaría feliz de tener una mamá conmigo. Pero qué lástima, eso es imposible, tú no puedes, y sé que no aceptarías hacerlo. Aunque nunca te lo dije, te quiero mucho.

Tu hijo.

A Juana no le sorprendió la decisión de su hijo, ya la esperaba, saberlo le dolió, pero en el fondo se alegró. Era mejor tenerlo lejos. Confirmó que, a pesar de ser mal educado e introspectivo, él la quería, de otra forma no le hubiera avisado que se iba de la casa de la abuela. “Bien por el que tiene el valor de irse y dejar toda esta basura, sin embargo, yo creo que nunca podré tomar esa decisión”. — pensó la madre.

Sus tíos supieron de su ausencia una semana después, por voz de la nana. Ninguno de los tres hizo comentario alguno.

Por el silencio y la soledad que prevalecía en la casa, el estado anímico de Nicolasa decaía con el paso de los días; la ausencia de Jesús contribuyó al deterioro de su salud. Francisca, que ya la conocía, se daba cuenta que sufría, ella le platicaba de sus cosas personales para distraerla en las tardes de nostalgia.

Jesús vivió en Cuernavaca donde lo emplearon de velador en el mercado, ahí conoció a un policía, nada honesto, que lo colocó, a cambio de dinero, en su corporación. Con lo que le quedaba de su herencia se compró una pequeña casa. Luego se casó con Sofía Espinoza, una mujer que, como él, estaba alejada de su familia. Cuando ya tenían tres hijos, por problemas en su trabajo, lo trasladaron a Tijuana, allá instaló a su familia. Tiempo después, por los mismos problemas, se tuvo que ir a trabajar a Los ángeles, California.

La comunicación con su mamá y con sus tíos fue de ausencia total. Después de muchos años de silencio, su mamá ofrendaba en su memoria. Nicolasa lamentaba y lloraba esa falta de atención de Jesús para quienes solo le habían dispensado cuidados. Antes de que la nana emprendiera su único viaje, dejó en manos de Juana la jícara con las semillas, y una vela para que eso fuera entregado a Jesús si es que regresaba. Con la jícara y las semillas Jesús tenía que preguntarle al porvenir, cómo sería su futuro en la oscuridad; la vela tenía que ser encendida en su tumba por las

manos del muchacho. Pero estos deseos de Nicolasa, Jesús nunca los conoció, ya que jamás se supo nada de él. La jícara, la vela y las semillas aún están guardadas en un estuche especial.

Así como Jesús dejó la casa de la abuela para nunca regresar, muchas de las personas que se quedaron con el terreno de su familia, fueron migrando poco a poco hasta que La Providencia se quedó sin ninguno de sus fundadores. Los nuevos habitantes fueron llegando de distintos pueblos, desconocían la historia de la comunidad y nadie de ellos se preocupó por conocerla, eso era lo menos que les importó. El tiempo huía silencioso, sin que nadie se diera cuenta de su fuga. No hay ningún poder que lo detenga

Después de haber tenido problemas con Alfredo, por la posesión de una parcela, Juana y su hermano se retiraron el habla. Él no quería reconocerle la propiedad, aunque finalmente lo hizo por intervención de Justo.

Juana, para ganarse la vida, vendía cosas que ella y sus adolescentes hijas preparaban. Una tarde, al andar vendiendo sus productos: polvorones, “tortillitas” dulces de maíz y tamales, se encontró en la calle con Alfredo, su hermano, él, al mirarla, se comenzó a reír y le dijo:

—Oye tú, ya deja de vender porquerías; con las siete hijas que tienes, y una buena orquesta, podrías organizar tus propios bailes. Con las ganancias que te queden podrás seguir manteniendo al mantenido de tu marido y a tus mocosos. Bonita te verías cobrando en la puerta de una carpa, y ese desgraciado vendiendo los mezcales en la barra. Hazlo así, creo que te va a dejar mejores ganancias.

—¡Amarra tu lengua, maldito renegrido! Tus palabras no son de un hombre que predica el evangelio —le respondió su hermana, muy indignada—. Tú, como ministro que dices ser, deberías de tener una conducta ejemplar, como la que tienen muchos de tu congregación, y no vociferar. Se nota que, desde que tu suegro te convenció a ingresar a esa religión, no has aprendido nada de esas escrituras que tanto predicas. Pero dudo que la Biblia en tus manos haga ese milagro. Si así fuera, serías un gran ejemplo para la familia, y yo me sentiría orgullosa de ti. Pero eso es imposible, ¡Qué lástima que no seas un ejemplo de lo que predicas!

—¿Y qué tiene que ver la Biblia con lo que te dije? — le preguntó Alfredo, sin saber hilar una cosa con la otra.

—Nada, no tiene nada que ver, ¿o sí? Espero que tu mujer no te dé muchas hijas, porque entonces tú serás el que haga lo que me aconsejas. Sé que no te va a costar mucho trabajo organizarlos, ya que conoces a mucha gente. Te verías muy bien ahí en la carpa predicando la palabra, eso sí sería digno de verse. Por ello, ruégale a tu Dios que no te dé muchas mujeres, ruégaselo, pero con mucha fe. No lo olvides, hermano, con mucha fe. —Alfredo, que no tuvo palabras con qué contestar, se retiró caminando cabizbajo.

Cuando Alfredo se casó con Lucía Ramírez, la ceremonia fue muy sencilla. Elena nunca la hubiera aceptado en su familia; era muy morena, delgada y alta, el pelo lacio le brillaba de negro. El día en que habló con su hermana, ya tenía siete de familia, cinco mujeres y dos varones. Las criaturas nacían cada año. Él aplicaba la consigna de su religión: “Tendremos los hijos que Dios nos dé” Y como si las palabras de Juana hubieran sido de mal agüero, el número de mujeres en casa de su hermano iba creciendo cada año. Alfredo culpaba y reñía a su esposa por esa causa. Unas semanas después de haber nacido la sexta mujer, Juana tuvo otro encuentro con su hermano, en una pequeña tienda de abarrotes. En esta ocasión no le fue nada bien al ministro.

—Buenos días, Alfredo ¿Cómo estás? Ahora sí ya debes de estar muy contento, ¿verdad? Creo que ya es tiempo de que empieces a buscar una buena banda —Le dijo Juana en voz alta—. Al oír la voz conocida, los cinco clientes dejaron de platicar entre ellos y giraron la cabeza, veían a los hermanos y muy atentos al diálogo que comenzaba a darse.

—Yo siempre he estado contento —respondió Alfredo—, pero... eso de la banda ¿Para qué quiero una banda? ¿Acaso ya te volvieron loca los golpes que te da el borracho de tu marido? —Alfredo interrogó sorprendido, por su expresión se veía que no recordaba lo que había dicho, en algún momento, a su hermana— No entiendo por qué me dices eso, ya deja de decir tonterías.

—¿Tan mala memoria tienes que ya se te olvidó lo que me dijiste? La banda de música es para que hagas los bailes con tus hijas. Ahora ustedes ya tienen la sexta mujer, ¿no es cierto? Pero nada más te voy a decir una cosa, esta zona ya es mía, tú me la asignaste. Busca otra para tus fiestas. Ah, también te voy a dar un consejo: ten mucho cuidado con mis sobrinas, puede ser que en vez de predicadoras se conviertan en otra cosa; me entiendes, ¿verdad? Tú, por tu religión, hace tiempo que dejaste de ir a los bailes, Te advierto, ya son muy peligrosos. —No hubo respuesta, Alfredo nada más movió la cabeza y salió apresurado de la tienda, no esperó que le dieran lo que había pedido.

—No te vayas, espera, no me dejes con mis palabras, llévatelas, de algo te van a servir —alcanzó a decirle Juana.

En casa de Alfredo, las desmedidas pretensiones de su esposa Lucía los llevaron a la ruina, ella era muy dadivosa con la casa paterna. Su madre había muerto cuando ella era niña. Los paseos y las fiestas con buena ropa dejaron de ser parte de su vida cuando Alfredo se hizo Bautista, entonces su vida cambió radicalmente. A partir de entonces, gran parte del tiempo libre de Alfredo lo dedicaba, junto con su familia a leer la Biblia y a predicar el Evangelio. La vida de dispendio y de fiestas se acabó, como su dinero, a cambio del encierro. La sastrería era el oficio del pastor sin templo. De su oficio se ayudaba para la manutención de su numerosa familia. Por dedicar la mayor parte de su tiempo a estas dos actividades y por los malos temporales para la siembra, fue descuidando las labores del campo y sus parcelas se fueron enmontando.

A quien no le pudo cambiar el estilo de vida fue a José, un joven de dieciocho años, el mayor de sus tres varones. Este joven, rebelde, padecía cleptomanía, hurtaba de las casas toda clase de objetos, esto le costaban duros golpes por parte de su padre. Con su desarrollo, las transgresiones eran de mayor gravedad. En una ocasión, se llevó de la casa de su tío Pedro, un radio con la batería, cuyo peso era de cinco kilos; caminó cargando ese peso un trayecto de quince kilómetros. En ese entonces nadie tenía ni conocía uno de esos aparatos en su casa. En la cima del cerro cercano al pueblo, lo encendió dándole buen volumen, algunas mujeres que lo escucharon, se asustaron tanto que se pusieron a rezar, una de ellas dijo a gritos que era la música del cielo. El dueño del radio le siguió los pasos, llegó al pueblo y denunció el robo ante el comisario. La autoridad y el denunciante, guiados por el sonido del aparato, llegaron al delincuente y lo prendieron. Alfredo, avergonzado, no se presentó ante las autoridades locales el trámite para liberar de la cárcel al muchacho; lo hizo Fidel, el abuelo materno del ladrón de música.

Años más tarde, José, por problemas con su padre, emigró con un amigo para la ciudad de México. Allá, por una mujer, en un pleito de cantina mató a un parroquiano. Lo sentenciaron a diez años. Su padre nunca supo que su hijo estuvo preso. Todo ese tiempo lo dieron por desaparecido. Cuando José cumplió su sentencia se casó con la hija de otro preso que conoció cuando iba de visita. Buscó a sus padres en la casa donde los había dejado, pero ellos ya no vivían ahí. Un hermano de su religión le informó donde vivían y se fue en busca de ellos.

Las menores eran rubias, tenían los ojos grises. Los cuatro varones eran morenos pero tenían los ojos como los de su mamá. Estos nietos hubieran sido el orgullo de su abuela Elena. Pero lo que a ella no le hubiera agradado era el problema económico en que estaba enrolado su hijo. La crisis se agudizó por la pérdida de la cosecha del maíz y frijol por falta de lluvia. Este problema lo padecieron todos los campesinos de las localidades cercanas. Estos siniestros los dejaban endeudados y se veían obligándolos a vender lo que tenían. Por estas causas campesinos del pueblo se vieron obligados a enrolarse como braceros. Se iban contratados por ocho meses. Unos, los más necesitados, cumplían el contrato; otros por nostalgia, al poco tiempo se regresaban. Cuando le tocó marcharse a Justo, Teresa, una noche antes del viaje de su marido, no pudo pegar los párpados. Le angustiaba quedarse sola. Llegado el momento de la despedida, ella abrazó a su esposo y derramó sus lágrimas sobre la camisa.

—¿Y porque tienes que irte por allá? ¡Entiéndeme! Con el viaje quieres solucionar un problema pero por eso vas a descuidar a tu familia y vas a crear otro. No vayas, harás lo que hacen muchos, ya no regresarán. De los últimos que se fueron, más de la mitad se quedaron. Tú vas a hacer lo mismo. Si no regresas, los muchachos se me van a salir de control. Te lo ruego, no te vayas. ¡Entiéndeme!

—Entiende tú. Me tengo que ir antes que la sequía acabe conmigo. Se ha muerto parte del ganado y no hubo maíz, la mayor parte de la cosecha es rastrojo. Nosotros no comemos eso. Te lo juro, no permitiré que la vida haga polvo de nosotros y de nuestras esperanzas, como lo ha hecho con la tierra. Por eso me tengo que ir a trabajar.

—Justo, creo que la soledad me va a matar en cualquier tarde.

—¡No! ¡no! ¡no! No te va a pasar nada. No te quedas sola, nuestros hijos estarán contigo. Esto que haces en nada te va a ayudar. Ya está dicho todo, ya no hablemos más de este asunto que me estás haciendo enojar. —Justo se dio la vuelta y se alejó de su esposa. Teresa se quedó parada con la mirada perdida en el piso. Sentía que sus lágrimas resbalaban por sus mejillas, le frustró no haber convencido a Justo con ese recurso. La pareja nunca se habían separado por más de dos semanas, ella no quería ni pensar en cómo viviría ocho meses de ausencia.

La ropa sucia que Justo dejó, Teresa no la lavó, la guardó en un baúl. Cada noche que se acordaba de su esposo la sacaba, la olía y la abrazaba; al hacer esto sentía que abrazaba el cuerpo ausente, cerraba los ojos y sus labios susurraban palabras inaudibles, como si le dijera al oído palabras de amor o rezara una oración. Esa manía duró hasta que la ropa fue perdiendo el aroma de su hombre. Acariciaba sus zapatos, los calcetines los anudaba y los reacomodaba. A la hora de la comida colocaba plato y vaso en el lugar en que comía su esposo. En las tardes se sentaba en un lugar estratégico para poder releer las cartas que recibía, y de ahí poder ver el camino por el que se había ido y regresaría su esposo. Esa manía dejó de practicarla hasta que otro aroma sustituyó al de su amado Justo.

Después de año y medio de ser piscador de hortalizas, Justo regresó a casa. Teresa, como queja, le contó con detalle todo lo que sus hijos y ella habían sufrido. Él, para consolarla, o callarla, le dijo que le había traído un radio, entre otras cosas. Ese aparato le causó la mayor alegría que pudo haberle dado, y fue uno de los grandes acontecimientos en la comunidad. La casa de Teresa era el primer hogar que contaba con uno de esos aparatos. Todas las tardes lo encendían para escuchar el programa “Dedique su canción” a través de la estación XET de Monterrey. La música nortea rompía el silencio de las tardes monótonas del pueblo; al terminar ese programa escuchaban en la estación XEW, una radionovela llamada “Chucho, el roto”. El silencio del pueblo era tan grande, que muchos de los vecinos seguían la trama desde los patios de su casa. A pesar del regalo, Justo tuvo que jurarle a su esposa que jamás la dejaría otra vez.

En el transcurso de los días, Justo se fue enterando de los acontecimientos sucedidos en pueblo durante su ausencia. En la vida no todo lo que se hace se puede ocultar, más si son dos personas las que comparten el secreto. Creen que porque el campo es solitario existen pocas posibilidades de ser visto en él, grave error. Justo se enteró, por una voz indiscreta, de lo que había hecho su esposa mientras él pizcaba. El testigo le narró todo con detalle: el lugar en el que se veían, la ropa que ella se ponía en las entrevistas y en qué se acostaban: Le dijo que las dos veces que los vio se juntaron en una barranca a medio día, cuando los señores estaban trabajando y las señoras ya estaban ocupadas en la cocinaban; ella usó el mismo vestido gris de falda ancha, y se acostaban sobre un gabán. Justo ya no quiso escuchar los detalles. De lo que se enteró no hizo ningún reclamo a su esposa, pero la relación de pareja dejó de ser lo que era antes del viaje. Ella se lo reprochaba por las noches, pero el silencio era la respuesta.

Liquidadas sus deudas, se puso a comerciar con telas para vestidos y toda clase de accesorios femeninos. Sus clientes eran las mujeres de los pueblos indígenas de la región de la montaña. El trueque era una manera efectiva de comerciar. Durante algunos años, hasta que la industria del

vestido se hizo masiva, y las tempestades acabaron con la sequía, esta actividad fue el modo de Justo de ganarse la vida.

Pasados ocho meses, después de haber tomado las debidas precauciones, y estando seguro de que no había ningún testigo en su entorno, Justo, en un encuentro planeado, liquidó de tres tiros con una escuadra 45 a quién lo había sustituido durante su ausencia. Confiado, de que nadie había sido testigo de su venganza, retomó sus actividades. Para su desgracia, a él le sucedió lo que a su esposa.

En tanto que los deudos eran adolescentes, el secreto fue guardado por el testigo. Ese silencio daría tiempo a que la ropa del finado, puesta al sol, le desaparecieran las manchas de sangre para que su muerte fuera vengada. Siete años después, el testigo creyó prudente contar lo que había atestiguado. A la venganza, tan usual por estos lugares, ya se le estaba pasando el tiempo para ser cobrada.

Por estos caminos o por otros es difícil cambiar el destino, aún buscando un camino alternativo para transitar, el peligro siempre estará ahí; si alguien tenía cuentas pendientes y no tomaba las debidas precauciones, andar solo por estos lugares no le era recomendable, más aún cuando el quemante sol ya había desmanchado la ropa del occiso y el homicida daba por olvidado su delito.

La hondonada por la que transitaba era muy sombría y quieta, sólo los esporádicos aleteos de algunas aves asustadas por su perro provocaban ruido. Justo iba montado en su caballo, inmerso en sus pensamientos, cuando escuchó el disparo, al instante, sin cerrar los ojos, se zafó de la montura, y su cuerpo se golpeó en la tierra; un grueso hilo púrpura que salía de su boca, como una diminuta cascada, comenzó a formar un charco en ella. En el instante del sonido del disparo y la estampida de la parvada y del caballo, el perro venteó al agresor y corrió ladrando en dirección de su objetivo, pero una segunda detonación lo detuvo y lo obligó a emitir un fuerte chillido de dolor. Luego el silencio total se apoderó de la hondonada.

Después de los funerales, los hijos de Teresa, por instrucciones de ella, ya no pusieron a decolorar la ropa de su padre, el fuego se encargó de hacerlas ceniza. Ponerla al sol, como era costumbre, no les devolvería lo perdido; así, aunque sus hijos fueran tildados de cobardes, ya no seguirían con la nefasta costumbre. Años después, la familia migró para Por ese tiempo, Pablo y Eloísa ya tenían ocho hijos, cinco mujeres y tres varones. Entre ellos, destacaba el primogénito por su prepotencia y su rijosidad. Santiago, a sus dieciocho años, y su padre eran los nuevos caciques de la comunidad. Pablo decidía lo que se debía de hacer o no en el pueblo. Su hijo lo apoyaba. Los señores mayores, por evitarse problemas, acataban la decisión. Para el padre y el hijo la opinión de los demás no tenía validez. Nadie, que no fueran ellos, tenía la razón. Pablo humillaba a los viejos; el hijo se encargaba de los jóvenes y de los adolescentes. Esta actitud de prepotencia les creó enemistades entre esos grupos. Padre e hijo ya se habían ganado a pulso la enemistad de sus vecinos. El número de los amigos de Santiago, que lo secundaban, no pasaba de dos. Pablo, en esos días, ya no contaba ni con el apoyo de los hijos de su hermana: estos reprobaban las acciones represivas de su tío y el proceder de su primo, con ellos ya no había un puente que los uniera. Pablo y su primogénito los consideraban traidores. El odio y el temor hacia ellos, ya no era

disimulado por nadie. Este sentimiento de animadversión fue creciendo, y en pocos meses se convirtió en una gran turbulencia, cuya fuerza arrastraría a muchos de esos hombres que se verían envueltos en ella sin tener ninguna culpa.

Juana no se rezagó, tenía once hijos, otros tres habían fallecido. La casa en que vivía, no había mejorado en nada. De los bienes heredados sólo les quedaba un caballo flaco y viejo. Adelmiro había hecho del capital una gran fiesta, a sus hijos y a la dueña de la herencia sólo el recuerdo les quedaba. Cuando regresaba de la fiesta cargando la resaca, después de una prolongada ausencia, sin polvo en los bolsillos, los golpes a su mujer por cualquier desagradable comentario, eran las disculpas. Los hijos, si se encontraban en casa, defendían a la madre. Si él lograba agarrar a uno de ellos, también le daba su ración, pero ese era el riesgo al que se enfrentaban esos atrevidos defensores de la mamá; lo hacían sin importarles los golpes. Los muchachos sabían que la lucha era desigual, pero aún corrían el riesgo. En una ocasión, Juana tenía siete meses de embarazo, por una discusión de dinero mal gastado, Adelmiro le pegó en la barriga con la honda de reata charra, una de sus niñas de trece años se paró frente a él y lo retó con un machete en su mano. El agresor salió de la casa a grandes zancadas maldiciéndola. Fue hasta entonces que, al escuchar los gritos en casa de su hermana, sus cuñados lo persiguieron disparando al aire. Juana lo odiaba, pero le temía. Ese temor la esclavizó a un destino que pudo haber sido mejor para ella y para su numerosa familia si se hubiera liberado a tiempo del grillete. Pero nunca se atrevió a pedir ayuda ni intentó deshacerse de él. Parecía que le temía a la libertad. Se limitaba en decir que esta vida había elegido y ya no había otra para ella.

Por premura, trajeron a la casa a doña Ana, una partera sin experiencia que no supo conducir a la parturienta a un buen alumbramiento. No supo que hacer para que la paciente arrojara la placenta. Este descuido provocó que Juana se pusiera muy mal. En pocas horas, la fiebre se incrementó a su máximo nivel y en el pueblo no se contaba con nada para contrarrestarla. La pobreza en la que estaba la familia, y la indolencia del jefe de la casa, impidieron buscar una alternativa. Por otra parte, las manos médicas estaban, en bestia, a un día de camino y esos servicios era imposible pagarlos. Cada día, la fiebre minaba la salud de la parturienta, los desvaríos se agudizaban. Una semana duró la batalla contra la fiebre. Presintiendo lo peor, Juana hizo llamar a sus hijos. Unió sus dedos en señal de la cruz. Sus ojos anegados siguieron la ruta de la mano. Al terminar de persignar a los once, a él, a Renato le oprimió suavemente la mejilla; súbitamente su mano se cayó sobre los otates que le servían de cama. Una señora se dio cuenta de lo que había sucedido y comenzó a rezar, otra intentó sacar a los menores, que se resistieron, el penúltimo de sus hijos lloro imitando a los demás sin comprender lo que había perdido.

Sin consultar con la familia, Adelmiro decidió dar en adopción a la recién nacida. Daba la impresión de que le molestaba escuchar el llanto de la niña. Encontrar quién se la llevara era su prioridad. Toda la familia y los habitantes del pueblo reprobaron esa decisión tan abrupta. Por aquí nunca se había visto que un papá regalara a un hijo. Los hijos lloraron y protestaron por esa decisión, pero como esas voces no tenían ninguna autoridad en la casa, no podían impedirlo. Finalmente se impuso quien tenía la autoridad en la casa.

La niña fue regalada sin protocolo alguno. Sin que ninguna autoridad interviniera. Los ponentes llegaron de madrugada, a la entrada de la casa, recibieron el obsequio de manos del donante y desaparecieron. Al tropel de sus caballos solo los perros les ladraron. Los hermanos se enteraron al amanecer, cuando el regalo estaba en otros brazos.

La urgencia por deshacerse de su hija fue tan apresurada, que no aplicó un criterio selectivo. A la recién nacida la adoptó Antonieta y Delfino Gutiérrez, un matrimonio de edad madura que no contaba con medios que le aseguraran a la niña un mejor futuro. La familia de Delfino nunca estuvo de acuerdo con la adopción, y su vida no fue mejor que la de sus hermanos. Al morir Delfino, su padre adoptivo, ella contaba con dieciséis años, las tierras de siembra y otros bienes que él tenía el esposo de Antonieta, les fueron arrebatados por la familia del occiso. Ella, junto con su madre, para sobrevivir, se fueron a trabajar de sirvientas. Al año se casó con un hombre sin futuro

La disipación en Adelmiro empeoró. Los hijos mayores, uno de veintiuno y el otro de diecinueve años, se hicieron cargo de todos los hermanos menores. En el verano y en el otoño, las hermanas y los adolescentes, trabajaban para sembrar y levantar la cosecha. Pero cuando la cosecha estaba en la casa, las manos del jefe de familia la hacían suya y la iba entregando en pago de sus deudas contraídas con antelación. Sus acreedores parecían hormigas llevándose el maíz. El producto de un duro trabajo de hombres jóvenes y de mujeres adolescentes ya había sido despilfarrado. Por enésima vez, la despensa de la numerosa familia se quedaba vacía. Eso ya se le había hecho una detestable costumbre, cada año sucedía lo mismo, trabajaban dieciocho manos para que lo aprovecharan dos. Ese despilfarro de su padre cansó a los hermanos. Muchos años de vivir mal y comer peor, fastidia hasta al animal más resistente. Los jóvenes llegaron al borde de su límite.

El maltrato, el mal vestir y el hambre provocó la triste y lamentable diáspora familiar. Los mayores, sin avisar a su padre, dejaron la casa, se fueron para otros pueblos. Tomasita fue la última en huir de ese infierno. Renato, el penúltimo de la familia, se quedó por obstinado; amaba a su pueblo y a la libertad del campo. Él se negaba a ser trasplantado en una tierra que no era la suya, temía morir de tristeza en el traslado. Los demás, allá, en el lugar escogido para vivir, capotearían a su destino y reconstruirían su vida maltratada por el mal temporal en la casa familiar. Así ya nadie les arrebataría, aunque fuera poco, el producto de su trabajo.

Adelmiro, después de tener una casa llena de ruidos y de bocas silenciosas e insatisfechas, se quedó en compañía de un hijo, el más necio y menos querido por el viejo; y dos fieles perros que hacían compañía a Renato. El viejo cuando se emborrachaba, balbucía palabras entrecortada y lloraba la ausencia de sus otros vástagos. Renato lo rehuía cuando lo veía en ese estado. La comunicación entre los dos nunca fue fomentada por su padre, para Renato eso ya se había hecho costumbre. Aunque los dos vivían en la misma casa, Adelmiro ya no existía para él. Vivían como dos extraños en el mismo lugar.

Renato se preguntó, y con frecuencia lo hizo a otra persona de su confianza, ¿por qué mi padre siempre me ha rechazado? Por su temprana edad no encontró ni le dieron la respuesta. Veía que

en algunas ocasiones, a sus hermanos, en especial al más pequeño, le hacía alguna caricia, le palmeaba su hombro o le removía el pelo con la mano. Él, en ningún momento, sintió una caricia de su padre, nunca sintió en su cuerpo el calor paterno. Cuando se enteró que su madre había sido golpeada por su padre en el tiempo que él se encontraba en el vientre materno, jamás quiso sentir la caricia de esas manos. Sin embargo, con frecuencia, por cualquier insignificancia, se desbordaba en él la furia desmedida de su padre en contra de sus hijos. Estos violentos arrebatos les dibujaban mapas en sus cuerpos, y estas acciones violentas les provocaban malos sentimientos hacia su progenitor. En una ocasión, para castigarlo por una nimiedad, intentó agarrarlo de los cabellos, Renato se le escabulló, en su carrera, a gritos Renato le preguntó:

—¿Qué le he hecho, por qué me trata peor que a su caballo?

Como respuesta, un leño salió volando de las manos de su padre para herirle el antebrazo. El odio por esa mano que en alguna ocasión acarició a sus hermanos se acrecentó aún más. Él sospechaba que esa animadversión no era gratuita, tenía que haber otra razón que motivara ese rechazo. Pero nunca supo qué era eso, lo que él quería saber, y probablemente fue lo mejor para él. Hay secretos que al ser descubiertos dañan más que los golpes y que los desprecios.

Lo que nunca encontró en su padre lo encontró en el bosque; los rincones de follaje cerrado eran sus refugios predilectos. Solitario recorría los caminos o veredas buscando piedras de formas extrañas, tepalcates y pequeños objetos prehispánicos. Renato contaba con un escondite especial donde los atesoraba, ese era su refugio favorito. Los objetos en muy buen estado los colocaba sobre las piedras, los incompletos o fragmentos los ponía sobre la tierra. El vínculo con ellos era muy fuerte, quizá esa fue una de las razones por la que no quería abandonar su casa. Cortar con una vida construida en solitario, era como si estuviera mutilado.

Cuando vendieron la casa en la que habían crecido, se repartieron el producto de la venta entre los tres hermanos. A los hijos de Juana no les dieron ni los recuerdos personales de la abuela. Los muebles, que estaban en muy buen estado, se los repartieron entre las nueras, que nunca fueron apreciadas por ella, dijeron que los iban a guardar para que los usaran sus hijos. Pero el ropero de caoba, los tres baúles laqueados, con muchas historias en su interior, la loza, cucharas y tenedores empolvados, en poco tiempo fueron vendidos a un precio irrisorio a un anticuario ambulante que se llevó todo en una vieja carreta tirada por dos caballos famélicos. Los demás muebles que no les gustaron por creer que estaban pasados de moda, las polillas dieron cuenta de ellos. Entre estos estaba la vitrola, llena de música, dos biombos. Una desconocida vio las cuatro camas de latón con sus burós en la bodega y se las compró por una bagatela. Los discos de acetato, entre ellos El Mesías, oratorios y sinfonías, quedaron en un rincón como tortillas duras.

En el otoño, los nuevos dueños derrumbaron la finca, sus muros eran golpeados con marros y caían, así como las hojas de los árboles, eran tiradas por los vientos secos de esa estación. De las

soleras, las vigas y las puertas de madera hicieron leña, con ella calentarían el horno para cocer el pan y otras cosas más para su ofrenda. Los adobes se desmoronaban al caer al piso. Así como la madera de la casa se haría ceniza, los adobes se hacían polvo; el viento hacía el trabajo de expandir los fragmentos por los campos aledaños. De igual forma, parte de la memoria de sus anteriores moradores se la había llevado la gente que en su momento los visitó. Gente que ahí había solicitado ayuda y que nunca se había retirado con las manos vacías.

Durante la demolición de la finca, la mayoría de las parvadas que compartían su alimento con los animales domésticos sobrevolaban el lugar, los graneros estaban vacíos. Ya nadie se preocupaba por proporcionarles un puño de granos, el largo ciclo de vida de ellos en ese lugar, también había concluido.

En pocos meses, de lo que fue la casa, sólo un montón de escombros se veía. No quedó ni el eco del llanto de los tres muchachos por la muerte de su madre, mucho menos los sonidos de los pasos de Nicolasa, ya que para entonces, su andar se había vuelto muy silencioso. Ella caminaba tan despacio que se podría pensar que no quería sacar de su letargo a los objetos que aún adornaban la casa. Al pasar junto a los muebles les pasaba la mano por la cubierta como quién acaricia a un gato. La mayoría de los recuerdos se los había llevado el tiempo o el viento nocturno de los otoños. Lo único que se escuchaba, decían quienes pasaban de noche por ahí, eran los ruidos de un puñado de semillas bailando adentro de una jícara. Quienes los escuchaban decían que esos sonidos eran muy agradables al oído y que ejercían en ellos una atracción irresistible, pero la desconfianza y el temor los alejaba del lugar. Creían que era su imaginación o el eco de sus voces que regresaban con el viento. En otros tiempos, con el ritmo de este cascabeleo. Elena y Nicolasa, llamaban a los espíritus benefactores que, en ocasiones se negaban a dejar su ámbito, pero que, a su insistencia, acudían al llamado para auxiliarlas en sus tareas curativas. Esos ecos se habían ido o quizá permanezcan en la memoria del viajero que, en algún momento, pidió que le leyera su futuro en esa jícara.

En la danza de las semillas encontraban tranquilidad, esperanza y hacían que les renaciera la fe en la vida. Nicolasa, también les ofrecía comida y agua para el viaje, ya con ese itacate en su petaca miraban la vida con más optimismo; o el barillero ambulante que pasaba por la casa y se sentaba a la mesa y escuchaba con mucha fe, a través de la voz de Nicolasa, lo que le comunicaban la semillas, antes de embarcarse rumbo a España. En cuyo país se surtía de mantones, peinetas, espejos y toda clase de afeites para el consumo femenino por estos rumbos. También, indudablemente, Nicolasa estaba en la memoria de las parturientas, que angustiadas, a gritos pedían ayuda. Ella sabía que a la hora que fuera, contaban con esa mujer. Confiaban la vida de sus niños en sus manos. A Nicolasa, como a Elena nunca se les murió ninguna mujer, ni la

criatura; los niños siempre se movieron al nacer, y dieron el primer llanto sostenidos por sus dedos. Escuchar esos primeros llantos del recién nacido le daban placer y los ofrecía a la divinidad de la vida, esa era la mayor ofrenda que podía dar. Creo que este rito fue uno de los mayores motivos que la inducían a meter las manos para ayudar al buen parir.

Pero esas manos hábiles no pudieron hacer nada por el corazón que les irrigaba la vida cuando éste lo necesitó. Oprimiendo el pecho de Elena, con desesperación, querían salvarlo pero, eso ya no les era posible, fue entonces que, después de muchos años, demostraron su impotencia por salvar ese órgano. Las manos que le fallaron a Elena en el momento crucial, Habían ayudado, a muchas mujeres a dar vida. Pero ahora, en esos momentos críticos, en la blanca y pequeña habitación, sólo los quejidos angustiosos de una mujer solitaria se escuchaban. Su lucha por seguir respirando fue crucial, pero el esfuerzo fue inútil, su corazón ya estaba gravemente herido. El Niño De Atocha, imagen de su devoción, la observaba sin inmutarse desde el pequeño altar; la luz de una veladora le alumbraba su pequeño rostro, veía fijamente. Él fue el único testigo del brevísimo y doloroso final de Elena. Afuera todo era quietud, el suave viento despegaba las hojas de sus ramas y las hacía caer suavemente. Muchas de ellas se aglutinaban en los troncos como si no quisieran abandonar su raíz. Pero el suave viento las movía y las rodaba por el piso cambiándolas de lugar. En esa noche de otoño, al cintilar de los diamantes estelares que tanto le gustaba observar a su esposo y a su hijo Justo, su corazón se quedó quieto en la eterna noche de su soledad. Así como ella, también, a la luz del brillante sol del invierno, su casa, dejó de ser lo que fue en su gran momento, su feliz hogar. Todo lo que existió en ese amplio y luminoso espacio: desacuerdos, reproches y gritos, en muy poco tiempo entre muchas cosas: reproches, desacuerdos y el racismo, en muy poco tiempo quedó oculto bajo los escombros, junto con todos los secretos de familia que ahí quedaron en el olvido.

Sólo el eco del revote de los ayoyotes en el vacío de la jícara, ronda por las noches en busca de otras manos que les den vida a sus sonidos.